

A man in a dark tuxedo with a white shirt and a black bow tie. He is standing with his hands in his pockets, looking directly at the camera. The background is a dark, solid color.

Hermandad De Los Solteros, Libro #1

KING

KENDRA
LITTLE

King (La Hermandad de los Solteros, Libro 1)

Kendra Little

Traducido por Cinta

“King (La Hermandad de los Solteros, Libro 1)”

Escrito por Kendra Little

Copyright © 2017 Kendra Little

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Cinta

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[King](#)

[Kendra Little](#)

[La Trampa del Novio Billonario](#)

[Para más información](#)

King

hermandad de los solteros, libro #1

Kendra Little

Copyright 2017 Kendra Little
Traducido del original por Cinta García de la Rosa: <http://cintagarcia.com>
kendralittle1@gmail.com
Visita a Kendra en <http://kendralittle.com>

acerca de KING

Él gobierna un imperio de venta al por menor. Siempre consigue lo que quiere... hasta que la encuentra a ella.

Stephanie Prescott ha estado viviendo encima de la librería que heredó de su abuelo desde que se marchara de una relación abusiva con un hombre controlador. La librería siempre ha sido su refugio, y ahora más que nunca. Lo último que quiere es venderla y mudarse a otro lado.

Pero Matt King quiere la tienda, y el hombre conocido como King para sus amigos siempre consigue lo que quiere. Esta vez es más que un negocio. Es personal. Muy personal. Algo sucedió en el edificio de Stephanie hace años. Algo que hace que King quiera destruirlo para poder destruir los recuerdos. Algo tan asombroso que no puede encontrar las fuerzas para contárselo a ella, aún después de que él empiece a enamorarse de ella.

Y ahora King debe tomar una decisión: demoler el edificio y perder a Stephanie. O quedarse con la mujer que ama y vivir con los dolorosos recuerdos para siempre.

Esta corta novela es una historia completa sin final en suspense.

E

ra obvio que el hombre que se paseaba de un lado a otro fuera de mi puerta estaba desesperado. También era obvio, al menos para mí, que era el agente inmobiliario que me había estado acosando durante semanas para que le vendiera la tienda a su cliente. Para empezar, llevaba traje una cálida tarde de verano, completo con chaqueta y corbata. Por otro lado, no se quitó la chaqueta y la corbata, a pesar del sudor que hacía que su frente brillara y su cuello estuviera manchado. Considerando que yo había ignorado todas sus cartas y mensajes telefónicos, debería haber esperado esta reunión.

Quizás solo debería volver a meterme en el coche y esperar a que él se marchara. Demasiado tarde: se giró y me vio.

–¿Señorita Prescott?– Sacó un pañuelo doblado y se limpió la húmeda frente.
–Mi nombre es Peter Fiorenti, de Fiorenti y Clowes.

Me preguntaba si habría oído mi gruñido porque su sonrisa llena de dientes vaciló un poco. O quizás era simplemente demasiado difícil continuar con la farsa bajo este calor.

–Usted es la señorita Prescott, ¿verdad? ¿La señorita Stephanie Prescott? La he reconocido por su foto–. Extendió la mano y renovó su sonrisa aún con más fuerza.

–¿Mi foto?– ¿Cómo demonios había conseguido una foto mía? ¿Y por qué?

–Sí. Es algo que hacemos en Fiorenti y Clowes. Son solo negocios.

–¿Eh?– Debo haber sonado estúpida, pero me sentía estúpida en ese momento. No entendía lo que estaba diciendo.

Bajó la mano y se limpió la palma en sus pantalones. –Resulta más fácil hacer negocios con la gente si sabemos qué aspecto tienen. Ya sabe como es.

No tenía ni puta idea. Pero claro, yo era bibliotecaria, no empresaria. De repente desearía haber dado al menos un curso de empresariales en la universidad, entre mis clases de literatura e historia. Quizás habría sido útil para mantener alejados a agentes inmobiliarios aduladores.

–Mire, señor Fiorenti –dije, mirando la puerta de la tienda que había heredado de mi abuelo hacía un mes. Ojalá pudiera pasar junto a este imbécil y entrar, y entonces estaría bien. –No nos hagamos perder el tiempo. No quiero vender. No voy a vender. Ni siquiera estoy considerando vender. Ahora, si me disculpa...

–Vamos, Stephanie. ¿Puedo llamarla Stephanie?

Entrecerré los ojos cuando él bloqueó mi camino hacia la puerta. Gilipollas. Volvió a mostrar esa sonrisa falsa y mis entrañas se retorcieron.

–Mi cliente le ha ofrecido una suma muy generosa por la propiedad–. Sacudió la cabeza hacia el escaparate, todo cerrado. –Extremadamente generosa, si me pregunta. Muy por encima de lo que le aconsejé que ofreciera.

–Y como ya dije en mi primera respuesta, por favor dele las gracias por la oferta, pero no estoy interesada.

Él suspiró y sacudió la cabeza como si no pudiera creer que yo estuviera rechazando todo ese dinero. –Muy bien. Él me ha aconsejado añadir otro cincuenta por ciento, a pesar de mis...

–No, gracias. Ahora, si no le importa, tengo muy poco tiempo antes de tener que volver al trabajo.

Se pasó la lengua por sus labios secos y agrietados. –Vamos, Stephanie, ambos sabemos que es su tarde libre.

Di un paso atrás, chocándome contra una farola. Le miré con la boca abierta y deseé tener un arma más larga que mis llaves. –¿Qu... qué?

Él se rio y levantó las manos, rindiéndose. –Mi cliente investiga muy concienzudamente. Por eso es que tiene tanto éxito. Eso y que es tan despiadado como suena.

–No me importa lo despiadado que sea–. Pasé a su alrededor, manteniéndole en mi línea de visión, pero él vio lo que estaba intentando hacer y bloqueó la puerta. –No voy a vender –le dije con los dientes apretados. –Ahora, por favor, quítese de mi camino.

Él volvió a suspirar y murmuró algo por lo bajo que no pude oír bien. –Di tu precio.

–No tengo precio. No voy a vender.

–Vamos, Stephanie, trabajas en una biblioteca. Sé que tu sueldo no es muy...

–¿Su cliente también averiguó eso? –solté.

Él se rio. –Todo el mundo sabe que los bibliotecarios no ganan mucho. El dinero que mi cliente está ofreciendo por esta *pintoresca* tiendecita y el apartamento de arriba es más que generoso.

Sus labios se curvaron ligeramente hasta formar una mueca de desprecio cuando dijo “pintoresca”. Sospeché que era porque mi tienda, junto con las otras cuatro en la pequeña manzana de la parte más antigua de Roxburg, no era gran cosa. Una vez, cuando yo era niña y solía venir a la librería de mi abuelo después de clase, podría haberse llamado pintoresca, o bonita, o encantadora. Pero el negocio había sufrido durante los últimos veinte años, especialmente en las anticuadas calles comerciales. Los mega centros comerciales y los gigantes de las ventas online habían matado Old Town Libros, la tienda que había heredado de mi abuelo, así como las otras tiendas a cada lado. La puerta roja se había descolorido hasta ser de un naranja oxidado, y era difícil leer el letrero pintado

encima de ella. Los bordes deshilachados de los toldos de fuera de la Tetería de la señora Mopp ondeaban por la brisa, alejando a pájaros y clientes con el sonido, y el señor Jones no se podía permitir reparar el escaparate de su tienda de regalos después de que unos vándalos lo rompieran la semana anterior. De todos modos, al día siguiente él la había vendido. Fue después de que hablara con él sobre ello cuando supe que los otros cuatro edificios de la manzana habían sido vendidos. Yo era la única que había rechazado la oferta. Resultó que todos ellos se los habían vendido a un hombre conocido como Matthew King, y todos por generosas cantidades. Cantidades que nadie había podido rechazar, a pesar de sus deseos de quedarse. Con los negocios padeciendo una lenta y tortuosa muerte, ninguno sintió que podía rechazar la oferta de Matthew King.

Excepto yo.

Y ya me estaba cansando de tener que lidiar con las cartas y llamadas telefónicas del agente inmobiliario, y ahora con sus visitas. Solo quería entrar, tomarme una taza de café, y sentarme con los pies en alto y leer un libro. Desgraciadamente el señor Fiorenti estaba en mi camino.

Me cuadré delante de él y me coloqué mi propia sonrisa falsa. Pensando que había conseguido halagarme bien, Peter Fiorenti me devolvió una alegre sonrisa. –Peter... ¿puedo llamarle Peter? ¿Haría algo por mí, por favor?

–Por supuesto, Stephanie. Todo lo que quiera–. Él se llevó la mano al pecho, encima del corazón. *Canalla*. –Estoy a su disposición.

–Gracias. Está siendo muy dulce.

Su rostro se enrojeció, pero yo no estaba seguro de si estaba ruborizado o si el calor estaba siendo demasiado. Rompió la sonrisa para pasarse la lengua por los labios antes de volver a sonreír.

–Peter, por favor, dígame al señor King que puede coger su oferta y metérsela por donde la espalda pierde su nombre. Ahora me gustaría llegar a mi puerta. *¡Muévase!*

Todos los pliegues y la carne de su rostro colgó como un globo desinflado. Volvió a chuparse los labios. –Me... me temo que no puedo hacer eso.

–Puede o gritaré.

–Quiero decir que no puedo decirle al señor King lo que me ha dicho. Me despediría y contrataría a otro agente.

–No me importa–. Me acerqué más hacia la puerta, pero él también se movió para que yo no pudiera llegar a la cerradura.

–Usted me gusta, Stephanie–. Volvió a sonreír, pero no fue ni falsa ni lisonjera. Era nerviosa. Al hombre le preocupaba perder su comisión. –Usted tiene agallas.

–También tengo un espray de pimienta en el bolso y voy a usarlo si no me deja en paz–. Metí la mano en mi bolso y él levantó las manos.

Se alejó de la puerta y yo metí la llave en la cerradura, con cuidado de no darle la espalda.

–Tiene que vender–. Su gemido de pánico le salió con voz aguda.

–No.

–¿Va a quedarse este sitio para siempre?– Se rio con sorna. –Ni siquiera lo abre a los clientes. No le hace ganar dinero y nunca lo hará. Apuesto a que todos esos libros están cogiendo moho ahí, solo cogiendo polvo.

Algunas veces no se trataba de dinero. Pero no le dije eso. La gente como Fiorenti, y también como King, no lo entendían. Abrí la puerta de un empujón y me deslicé por el hueco. –Dígale a su cliente que es un cobarde por enviar a otra persona a hacer el trabajo sucio. Y dígame que no es el único que investiga a sus adversarios empresariales. Yo también lo hago. A conciencia. Y él no me gusta.

Cerré la puerta, agradecida porque las persianas estuvieran bajadas y no pudiera ver a Fiorenti, y que él no pudiera verme. Tras un momento de silencio, sus pasos se alejaron. Se había ido, gracias a Dios.

Encendí las luces y el aire acondicionado, dejé mi bolso sobre el mostrador, y me dirigí a la cocina de atrás. Mientras esperaba a que la cafetera se calentara, me pregunté por qué le había dicho esas últimas palabras a Fiorenti. Yo no investigaba a nadie. La señora Mopp había sido la primera en decirme que el nombre de Matthew King había estado en su contrato de venta, y los demás habían confirmado que también habían vendido a King. Todos nosotros éramos dueños de los edificios en posesión directa. O solíamos serlo. Ahora yo era la única que quedaba.

Me hice un café y volví a la parte principal de la tienda. El olor de los libros me aliviaba un poco. Terroso, así es como yo llamaba a ese aroma. La gente como Fiorenti, sin alma ni imaginación, lo llamaban mohoso y polvoriento, pero era más que eso. Era mágico. Es como la tienda había olido siempre, incluso cuando yo era una niña, y encajaba con el lugar.

Una mezcla de libros viejos y nuevos abarrotaba las estanterías, desde los ventanales delanteros hasta la parte trasera, donde pasillos estrechos significaban que dos personas mirando los libros tenían que escurrirse detrás del otro con disculpas. Los libros estaban abarrotados en las estanterías, algunos incluso tumbados horizontalmente encima de los otros. Había libros apilados en las esquinas en el suelo, sobre mesas en montones que amenazaban con desplomarse ante el más mínimo toque, y ocupando sillas, lo cual molestaba a mi gato, Harry.

Él eligió ese momento para entrar desde atrás. Debe haber bajado las escaleras desde mi apartamento, donde le gustaba dormir en mi cama cuando yo

estaba en el trabajo. Bostezó, se estiró, luego se dejó caer en el suelo y me observó mientras yo me sentaba en el sillón de cuero bajo la corriente de aire frío que salía del aire acondicionado. Normalmente cogía un libro para leer, pero hoy no. La visita de Fiorenti me había desquiciado. No podía dejar de pensar en ello.

¿Qué haría Matthew King cuando descubriera que yo había rechazado su última oferta? Después de todo, obviamente quería *todos* los cinco edificios en nuestra manzana por una razón, y al no venderle el mío probablemente estaba poniéndole trabas a sus planes. Old Town Libros estaba situada justo en medio de los cinco, así que si él quería derribar muros y crear un único gran espacio, estaba jodido.

Los maderos del suelo de arriba crujieron. Harry levantó la cabeza y levantó la mirada. Mi corazón latía como loco mientras me esforzaba por oír.

Pero no había más ruidos, ni pasos, ni voces. Quizás solo era el edificio quejándose del calor. Quizás no era mi ex colándose allí arriba, esperando a que yo subiera y...

Tragué saliva y alejé cualquier imagen de ese imbécil de mi cabeza. Me había librado de él. Hacía un mes yo había salido del apartamento que habíamos compartido y me vine a vivir aquí después de que me llegara mi herencia. Aunque él sabía que yo había heredado un edificio de mi abuelo, no sabía donde. Yo estaba a salvo.

Pero no podía relajarme. Dejé mi taza y cogí el bate de béisbol que guardaba detrás del mostrador. Con cuidado de no pisar en el cuarto escalón, que crujía, subí las escaleras con el bate levantado. Miré por la puerta dentro de mi diminuto salón, luego entré de puntillas cuando vi que todo estaba despejado. Comprobé debajo de la cama, en los armarios, y detrás de las puertas. Vacío.

Me senté en la cama y me pasé una mano sobre los ojos. Estaba temblando. Hace un mes, Kyle me había puesto un ojo morado. El moretón ya se había desvanecido, pero mis nervios estaban tan de punta como siempre. Estaba empezando a preocuparme que me hubiera dejado con un recordatorio permanente de su persona en forma de trauma mental.

Dios, como odiaba eso más que nada. Quería librarme de él. Total y completamente libre de ese cabrón y hasta del último rastro de él. Eso significaba sacarle de mi cabeza, sacudiéndome libre de las pesadillas y los recuerdos.

Ojalá supiera como hacerlo para poder continuar con mi vida. Estar aquí, rodeada de los familiares libros, era un comienzo. Un muy buen comienzo. De ninguna manera iba a vender.

Volví a bajar, donde Harry ni siquiera abrió un ojo para ver si yo estaba bien. Solo suspiró y metió la nariz en su pelaje, enroscando su cola sobre sus patas.

Volví a sentarme y cogí un libro. Media hora más tarde, estaba felizmente entre los brazos de mi amante ficticio, cuando una brusca llamada a la puerta me hizo dar un salto. Debía ser uno de los vecinos, o bien la señora Mopp para lamentar que no tenía clientes, o el señor Jones para decirme que ojalá no hubiera vendido. No sería un cliente para mí. El letrero de CERRADO en la puerta principal se encargaba de eso.

Abrí la mirilla y miré por el cristal. Solté una exclamación y mi corazón hizo un loco baile en mi pecho. Devolviéndome la mirada, como si supiera que había mirado, estaba el hombre más sexi que había visto fuera de las páginas de una revista. Llevaba una elegante camisa blanca y una corbata, pero la llevaba floja, con el botón de arriba desabrochado, como si no pudiera esperar a quitárselos en este cálido día. Había algo oscuro en él, y no eran solo sus ojos marrones, o su pelo negro y espesas pestañas. Era indefinible. Quizás era el ceño fruncido que llevaba, o la arruga que conectaba sus cejas, o la dureza de su mandíbula mientras esperaba con paciencia apenas escondida a que yo abriera la puerta.

Y lo hice. Tan pronto como el cálido flujo de aire golpeó mi rostro, lo lamenté. Sabía que este tipo debía ser Matthew King solo por la pura arrogancia de su postura. No necesitaba ver a Peter Fiorenti merodeando por detrás para saberlo con seguridad. Le echaba la culpa de la euforia a haber acabado de leer una escena donde el héroe de mi libro admitía que adoraba a la heroína, y que lo había hecho siempre. Él también llevaba una camisa blanca con el primer botón desabrochado, y era alto, moreno, y guapo.

Estúpidas hormonas y mis ficticias aventuras amorosas. Me hacían tener muchas esperanzas cada puta vez, enviándome corriendo de cabeza a meterme en problemas en lo que concernía a los hombres.

–¿Señorita Prescott? –preguntó con una rica voz masculina que era imposible ignorar.

Me aclaré la garganta. –Sí.

Su rápida mirada pasó por mi rostro, bajó por mi cuerpo, luego volvió a subir para mirarme a los ojos. Aunque la evaluación había sido breve, me alegraba seguir vistiendo mi ropa del trabajo que consistía en una falda negra y una blusa color limón pálido, y no un vestido veraniego o pantalones cortos. No podía imaginarme lo que pensaba de mí, y esperaba con todas mis fuerzas que no pudiera ver que yo pensaba que él era Sexi con S mayúscula. Yo no quería estar en desventaja para lo que viniera.

–Soy King –dijo simplemente.

–¿Rey de qué país?^[1]

Debe haber oído ese chiste malo antes porque ni siquiera sonrío. O es eso, o no tiene sentido del humor. –Matt King de King Hardware.

Oh. Ese Matthew King. Había oído hablar de King Hardware, pero no había conectado al hombre que estaba intentando comprar mi edificio con su jefe. La cadena al por menor se había convertido rápidamente en la mayor mega ferretería del estado, después de sus humildes comienzos hacía unos años. Esa era la suma total de mi conocimiento del hombre o su compañía. Las herramientas no eran lo mío. Lo mío solo eran los libros.

–Si está aquí para convencerme de que venda, entonces la respuesta es no – dije. –Ya se lo he dicho al señor Fiorenti hace media hora. No he cambiado de idea desde entonces–. Fui a cerrar la puerta, pero él metió un pie dentro. Pensé brevemente en empujar con más fuerza, pero tenía la sensación de que no le lastimaría con esos bonitos zapatos de cuero.

–Entonces permítame la cortesía de intentar hacerla cambiar de idea –dijo él.

Le miré parpadeando, en parte en respuesta a esa profunda voz que vibraba por todo mi cuerpo, y en parte porque no podía creer su arrogancia. –No voy a cambiar de idea.

–Dígame su precio.

–No tengo precio, señor King. No estoy interesada en vender.

Volvió a mirarme, esta vez tomándose su tiempo mientras me medía de pies a cabeza. Calor me recorrió el cuerpo, cosquilleando en mi cuero cabelludo, y no tenía nada que ver con el aire veraniego y más que ver con este hombre y su intensa mirada. –Todo el mundo tiene un precio, señorita Prescott–. Se inclinó, no demasiado cerca, pero lo suficiente como para estar en mi espacio. No me alejé, ni tampoco quería hacerlo, para mi horror y vergüenza. Yo tenía debilidad por las caras bonitas, y este hombre era uno de los más guapos que había visto nunca. –Y soy muy bueno descubriendo cuál es el precio –murmuró. –Muy bueno.

Un lado de su boca se elevó, no en una sonrisa, pero era arrogante de todos modos. Oh sí, este era un auténtico gilipollas, y yo *no* iba a verme abducida por esa cara y esos ojos. No esta vez.

–No todo el mundo, señor King. Yo no. Retire su pie.

Él vaciló y luego hizo lo que le pedí. Fui a cerrar la puerta, pero me detuvo con las palabras: –¿Cuál es su historia?– Había una curiosidad genuina en la pregunta, como si estuviera interesado en *mí*, no en mi edificio. Si le dedicara ese tipo de atención a una mujer en una cita, ella se metería en la cama con él para el final de la noche.

–¿Qué quiere decir? –pregunté cuidadosamente.

–No ha abierto la tienda desde que la heredó. No ha dimitido de su posición en la biblioteca, y no ha colocado ningún anuncio solicitando empleados para trabajar aquí. Así que no parece que vaya a volver a abrir. Pero tampoco ha vendido nada de su mercancía. ¿Entonces por qué conserva este lugar? ¿Qué sentido tiene?

Le miré fijamente, consciente de que mi mandíbula se había abierto. Tenía un nudo en la garganta. Traté de tragarlo. –¿Cómo sabe todo eso?

–Quiero este edificio –dijo con una voz preñada de callada honestidad. –Sabe que lo quiero, y usted me está retrasando. Quiero saber por qué. Eso significa que necesito averiguar todo sobre usted para sacarle su secreto.

¿Qué cojones? Este tipo estaba acercándose demasiado a la locura como para gustarme. Mi mano apretó el picaporte. Ojalá hubiera pensado en coger el bate. – Si vuelve a venir aquí –gruñí, –llamaré a la policía. Ahora váyase y llévese a su *hurón* con usted–. Con una indicación de mi barbilla hacia Fiorenti, cerré la puerta de un empujón.

Pero no antes de ver sus ojos destellar, no de rabia, sino de pánico. En ese breve instante, él no se veía como un hombre sin nada de lo que preocuparse. Parecía un hombre que se encontrara en el mar y el bote salvavidas se estuviera alejando de él.

Quizás eso era un poco melodramático, pero seguro que era raro verle cambiar en un segundo de arrogante a preocupado.

Quizás estaba equivocada. ¿De qué tenía que preocuparse un tipo como él? Así que yo no iba a vender y él no podía continuar con sus planes. Él perdería algo de dinero, ¿pero qué importaba eso? Por el aspecto del caro coche deportivo aparcado fuera en la acera, podía permitirse apostar y perder de vez en cuando.

No pude quitarme a Matt King y esa mirada en sus ojos de la mente durante el resto del día y la mitad de la noche. Ojalá no me sintiera tan molesta con él, pero lo estaba. No estaba disgustada ni preocupada, solo... curiosa. Él me había picado la curiosidad.

Eso probablemente debería preocuparme más que nada. Después de Kyle, necesitaba evitar a los hombres intensos, arrogantes, y guapos a toda costa. Eran malos para mí y yo estaba decidida a no volver a caer en las redes de esos tipos y sus mierdas.

—**No** jodas. ¿Le has *conocido*?— El fuerte susurro de Taylor le hizo ganarse una dura mirada de una de las personas en la biblioteca, sentado en un cubículo cercano. La ironía me hizo sonreír, pero Taylor no parecía encontrar divertido que hubieran efectivamente mandado a callar a una bibliotecaria. Ella le devolvió la misma mirada dura. No contaba con que ella no le mostrara el dedo, así que la arrastré más entre las estanterías.

—Él vino a mi puerta —le dije calladamente mientras devolvía los libros del carrito a las estanterías. —Él y su agente de la propiedad.

—Pero él es TAN sexi—. Se apoyó contra una estantería, haciendo que se tambalease. El mechón azul de pelo caía sobre sus ojos, pero no escondía el brillo soñador en sus ojos. —Me refiero a King, no a su agente de la propiedad, claro. ¿Él también es sexi?

—No. ¿Le has conocido tú?

—¿A King? Cielos, no. Solo le he visto en los periódicos y eso. Nunca sale mal en las fotos, Steph. Nunca.

—¿Por qué todo el mundo le llama King? Incluso se me presentó así.

Ella se rascó la barbilla como si fuera una dura pregunta. Quizás lo era. Nuestro jefe comparaba a Taylor con un libro infantil. Divertida y colorida, pero solo hay que tomársela al pie de la letra. No acudas a ella para encontrar respuestas a las preguntas complicadas de la vida.

—Le llaman el Rey de las Herramientas^[2] —dijo, como si eso lo explicara todo. —Entonces... ¿cómo es?

Me encogí de hombros. —Arrogante. No podía entender por qué yo no quería vender mi edificio.

—¿Por qué no quieres vender?

Volví a encogerme de hombros. No quería explicárselo a ella. Ella era dulce, pero no pensaba que lo entendería. Nadie lo hacía, ni siquiera los vecinos como la señora Mopp y el señor Jones. Ellos no entendían que el abuelo hubiera sido toda mi vida. Cuando mis padres se separaron y yo me veía enviada de un lado al otro según sus horarios, la tienda del abuelo era un paraíso en el que podía desaparecer. No eran solo los libros, sino también el oasis de calma que la tienda me ofrecía lejos de las discusiones de mis padres. Y por supuesto estaba la silenciosa compañía del abuelo. Cada vez que yo iba a Old Town Libros con manchas de lágrimas en mis mejillas, sus amables ojos me decían que sabía por lo que yo estaba pasando. Él fue más padre para mí que mi propio padre, un mejor padre que incluso mi madre, quien había seguido su carrera en Nueva

York tan pronto como yo me marché a la universidad. Ella todavía estaba allí, pisando las tablas e intentando ganarse la vida a duras penas en el teatro. No había sabido nada de ella desde el funeral del abuelo. Papá había muerto hacía unos años, y ahora el abuelo también se había ido.

Nunca me había sentido más sola. Quizás era por eso por lo que había permitido que mi relación con Kyle continuara tanto tiempo como lo había hecho. Me gustaba pensar que yo normalmente no me dejaba pisotear así, pero no podía soportar más alteraciones en un momento en el que todavía estaba de luto. Tenía que haber una razón lógica para explicar por qué me había quedado con él cuando nuestra relación se había deteriorado hasta el punto en que se había vuelto violento. Simplemente no era típico de mí.

O eso me gustaba pensar.

–Estás haciendo lo correcto –dijo Taylor con un serio gesto de cabeza.

–¿Qué quieres decir?

–Esperar a que ofrezcan más dinero.

–No es por el dinero.

Pero ella no pareció oírme. Estaba mirando fijamente por el pasillo, asintiendo firmemente. –Es una cosa de tíos. Cuanto más te resistes, más se sienten tentados de pagar.

La miré de reojo. –Todavía estamos hablando de propiedades, ¿verdad? Solo que suena a que te estás ofreciendo a ser mi chulo.

Ella sonrió de repente, recordándome lo joven que era. Con solo dieciocho años, Taylor era siete años más joven que yo. Había empezado a trabajar en la biblioteca a comienzos de verano y continuaría trabajando a tiempo parcial mientras estuviera en la universidad. Yo había estado trabajando aquí desde que terminara mis estudios universitarios hacía unos años. La gente era genial, conocía a todos los usuarios habituales, y estaba rodeado de libros. Era un trabajo increíble, a pesar del salario de mierda.

Taylor me pasó un brazo por los hombros. –Se aplican los mismos principios –dijo ella. –Elige algo que un hombre desee desesperadamente y él pagará una enorme cantidad de dinero por ello. Incluido el sexo.

–Eres muy cínica para ser tan joven.

Ella suspiró. –He tenido muchos novios. Probablemente muchos más que tú.

–Eso no es demasiado difícil. Yo he tenido dos novios serios y dos no muy serios.

Ella toqueteó mi oscuro pelo castaño en mi hombro. –¿Ves? Eso no puedo creerlo. Eres muy guapa. Deben ser las vibraciones que lanzas y alejan a la mayoría de los hombres.

–¡Yo no lanzo vibraciones!

–Sí lo haces. Es una vibración que dice “aléjate de mí, gilipollas”.

Puse los ojos en blanco y continué llenando las estanterías. –Me conoces desde hace tres meses, Taylor. Y han sido tres meses malos en el tema de las citas.

–Y que lo digas.

Aunque ella y mis otros compañeros de trabajo sabían que había roto con Kyle, ninguno sabía que me había puesto un ojo morado. Le eché la culpa a que me había caído de la bicicleta.

–Entonces dime cómo es –dijo Taylor, finalmente cogiendo algunos libros y ayudándome a llenar las estanterías.

–¿Matthew King? –me encogí de hombros. –Guapo, alto, pero no me gustó. Tiene una cierta intensidad en su persona que hace que sea un poco siniestro–. Me mordí el labio. Eso no era justo. También había retirado el pie inmediatamente cuando se lo pedí, y no había intentado entrar. Podría haberlo hecho. –No siniestro, sino... hay algo en él que no puedo definir. Algo diferente. No malo, exactamente, pero que me pone nerviosa. ¿Sabes lo que quiero decir?

–¿Eh? Lo siento, dejé de escuchar después de lo de alto y guapo–. Volvió a sonreír. Yo me reí y sacudí la cabeza.

Terminamos de reponer los libros y luego ella volvió a la oficina de atrás, mientras que yo ayudaba a algunos usuarios en el mostrador de referencias. Un poco después, cuando me relevaron, ella me hizo una señal por encima de su estación de trabajo cerca de la parte de atrás de la oficina.

–Steph, *tienes* que ver esto–. Ella le dio la vuelta a su monitor para que pudiera ver mejor. Su buscador de internet estaba abierto en un artículo del periódico *Roxburg Chronicle*, con fecha de hacía unos dieciocho años atrás. El titular gritaba:

¿SE HA INFILTRADO LA MAFIA EN ROXBURG?

–Eso es un titular para llamar la atención como pocos que he visto –dije. Era un artículo sobre el asesinato al estilo ejecución de un político local. –Está lleno de lenguaje sensacionalista. El *Chronicle* es famoso por este tipo de cosas ahora, y parece que también lo eran hace dieciocho años. ¿Y qué?

–Lee esto–. Señaló una línea cerca del final. –Ed King de King Hardware fue interrogado durante horas para ser liberado más tarde. Fue visto discutiendo con el fallecido poco antes del asesinato.

Leí hasta el final del artículo, pero Ed King no era mencionado de nuevo. –Supongo que ese es el padre de Matthew King.

–Supongo que sí. Encontré otros informes más sobre el asesinato, y resulta que el socio de Ed King fue arrestado y declarado culpable. Murió hace un par de años en prisión.

–¿Y qué hay del tal King?

–No fue arrestado, pero debido a su sociedad circularon rumores durante años de que él estaba implicado con el crimen organizado. Su nombre surgió varias veces en los periódicos.

Me senté en el borde del escritorio y parpadeé ante el monitor. –Pobre hombre.

–¿Por qué?

–Solo porque conocía al asesino fue marcado con la misma etiqueta. No me parece justo.

–Eres muy ingenua, Steph, y siempre ves lo bueno de las personas–. Pinchó en otro artículo. –Según esto, Ed King tenía *varios* socios que estaban relacionados con el crimen organizado.

Mis ojos se abrieron como platos. –¿En serio?

–Probablemente él no fuera el jefe, pero era sospechoso de blanqueo de dinero.

Leí el artículo y parecía que King Hardware se usaba para blanquear dinero. Aunque hubo varias redadas, nada se demostró nunca y “el Rey de la mafia”, como los periodistas le apodaron, nunca fue arrestado. Por aquel entonces King Hardware solo era una tienda, no un imperio como lo es ahora. El hijo del “Rey de la mafia” lo ha llevado de la nada hasta ser una compañía billonaria.

Probablemente usando el dinero blanqueado de su padre.

Me sujeté a los bordes de la mesa hasta que mis doloridos dedos me obligaron a soltarme.

–La tierra a Stephanie. ¿Hola?

–¿Eh? Oh, lo siento, solo estaba pensando–. Me crucé de brazos para controlar el repentino frío.

–Déjame adivinar. Estabas pensando en cómo el tipo que quiere comprar tu propiedad está relacionado con la mafia.

–Su padre lo estaba –la corregí, –no él. Pero sí –añadí calladamente. –Pensaba en eso.

–Y en que quiere tu edificio con desesperación. Muy, pero que muy desesperadamente.

Eso también. Había habido algo en sus ojos. Un brillo desesperado, pánico también. Pero eso no tenía sentido. Hemos estado discutiendo una transacción de negocios, nada más. ¿Por qué quería mi edificio tanto? ¿Y a qué extremos estaba dispuesto a llegar para conseguirlo?

Yo no estaba segura de que Matt King fuera como su padre, pero sospeché que no era el tipo de hombre a quien le gustara no poder poseer algo. Todavía quedaba por ver a qué extremos llegaría.



–Te veo mañana por la noche –dijo Taylor, saludándome con la mano mientras empujaba la puerta de cristal y salía al aparcamiento.

–Sí, nos vemos allí –le dije.

La Fundación para la Alfabetización de Roxburg organizaba una velada de cóctel de etiqueta en el ayuntamiento. El evento anual para recaudar fondos era lo más destacado del año para mí. Era una de las pocas oportunidades en las que podía vestirme de gala y apoyar mi causa favorita, una en la que la biblioteca estaba enormemente implicada. Yo iba a ayudar a preparar el acto durante el día, y luego me marcharía a la peluquería para esperar que ella pudiera hacer un milagro con mi aburrido pelo. El pelo no era lo mío, y por eso me lo dejaba largo. Encontraba más fácil peinármelo en una coleta o simplemente dejarlo suelto, antes que tener que peinarlo cada día.

Siendo la última en marcharme, estaba a punto de apagar las luces cuando el teléfono sobre mi escritorio sonó. Maldita sea. ¿Quién demonios llamaba ahora? Descolgué y respondí con mi educada voz de trabajo.

–Hola, Steph, nena –dijo la familiar voz en el otro extremo.

Se me heló la sangre. Mi cerebro se electrocutó. No sabía qué decir, cómo responder. Solo quería colgar y correr. –No me llames, Kyle –solté. –Ni aquí ni a mi móvil. Simplemente no llames.

–Oh, nena, no seas así. Vamos, te echo de menos. Necesito hablar contigo.

–No quiero hablar contigo nunca más. ¿Me oyes?– Mis palabras gritadas reverberaron por las paredes de cristal. –¡Sal de mi vida!

–No seas así–. Su voz se volvió dura, imposible no notar el tono de acero. – Llamaba para decirte lo mucho que te quiero y te echo de menos, ¿y así es como me tratas?

–No vuelvas a llamarme o llamaré a la policía.

Él se rio con sorna. –Deja de ser imbécil. ¿Qué vas a decirles? ¿Tal vez que el hombre que te ama está siendo demasiado amable, o que no puede cansarte de ti?

–¿Estás loco? Me pegaste, cabrón. Me pusiste un ojo morado.

–Sabes que eso no volverá a suceder. No si vuelves conmigo, entonces no pasará.

La amenaza colgaba en el aire como una burbuja esperando a reventar... Si no volvía con él, podía esperar conseguir otro ojo morado y mucho más.

Colgué. Tener una conversación con Kyle era malo para mi salud mental. Lo que necesitaba era volver a casa y darme un baño.

Cerré y salí, mirando a izquierda y derecha. No me sorprendería que hubiera llamado desde allí fuera y me estuviera esperando. Gracias a Dios era verano y todavía había luz. Docenas de personas estaban fuera, paseando a sus perros, conduciendo sus coches, yendo en bicicleta. Yo estaría bien. Saqué el spray de pimienta del bolso por si acaso.

Comprobaba constantemente mis espejos retrovisores de camino a casa a Old Town Libros para asegurarme de que nadie me seguía. Entré corriendo y examiné la planta baja y la superior con el bate de béisbol en la mano, por si acaso Kyle hubiera sabido mi dirección de algún modo. No había nadie allí.

Entonces me dejé caer sobre la cama, subí las rodillas, y lloré. Cuando Harry saltó junto a mí y me golpeó el brazo con su cabeza, le cogí y le abracé. –¿Me dejará alguna vez en paz ese gilipollas?



El salón de baile del ayuntamiento nunca se había visto tan bien. El comité de la fundación para la alfabetización, de la cual yo era miembro, se había pasado todo el día colgando adornos, reorganizando macetas y trayendo más para darle al salón un toque tropical, y asegurándonos de que los empleados del catering supieran qué hacer. Las invitaciones habían sido enviadas hacía un mes, apuntando a los más ricos de Roxburg al igual que algunos famosos locales para darle glamour a la velada. Todos los miembros de la familia Kavanagh estaban allí. La principal familia de la ciudad siempre donaba generosamente y su presencia aseguraba que la mayoría de la comunidad empresarial de la ciudad asistiera también, así que sabíamos que habría una buena asistencia tan pronto como les viéramos.

–¡Steph! Oh Dios mío, ¡mírate! ¡Estás preciosa!– Mi amiga Emma me envolvió en un abrazo antes de que tuviera la oportunidad de ver su peinado y su ropa. Sabía sin mirar que estaría increíble. Con sus largas piernas y pelo rubio, ella siempre estaba perfecta. No es que ella lo supiera. Era demasiado modesta. – No es que alguna vez te veas fea. Si no pregúntale a cualquier hombre que te conozca.

–Has hecho un trabajo increíble, Em –dije, retrocediendo pero manteniéndola cogida de las manos. –La sala se ve magnífica. Me siento como si estuviera de vacaciones en las Bahamas.

–No he sido solo yo. Tú y el resto del comité ayudaron.

–Ha sido todo tu diseño este año, jefa.

Ella sonrió y un débil rubor tocó sus mejillas. –Solo estoy encantada con la asistencia. ¿Soy solo yo o los Kavanagh se están multiplicando?

Me reí. –Todos tienen esposas ahora, creo, y también parece que han traído a algunos amigos. Esperemos que sus bolsillos sean igual de profundos.

–Intenta averiguar quien vino con quien para poder darle las gracias a los Kavanagh correctos por las personas extra.

–Pues deja que te vea–. Le eché un buen vistazo a mi amiga y ella hizo lo mismo conmigo. Ambas llevábamos vestidos que abrazaban nuestras figuras, pero el de Emma era color plata y el mío era principalmente negro con un poco de verde jade.

–Me encanta como te queda ese color –dijo ella. –Combina con tus ojos.

–¿El negro?

–Verde, idiota. Joder, no mires ahora, pero unos chicos sexis se están acercando. Rápido, dame una copa para darme coraje–. Ella cogió dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasaba y me tendió una.

–No te pases con las burbujas –le dije. –Necesitas dar un discurso después.

Ella le sonrió a los dos hombres que se nos acercaron y ellos devolvieron la sonrisa, sin duda hipnotizados por su belleza y encantados por su abierta simpatía. Esa era Emma, la preferida de todo el mundo.

Charlamos con los dos hombres durante un rato hasta que una pequeña crisis con el equipo audiovisual nos envió a Emma y a mí en direcciones opuestas. Para cuando terminé con el genio de la tecnología, el número de personas en la sala había crecido de nuevo. Sonreí. No pude evitarlo. La subasta de esta noche iba a ser enorme.

–¿Está usted en el comité?– La profunda voz hizo que me girara en redondo para mirar al hombre que había hablado. Era alto, de hombros anchos, con una perezosa sonrisa en los labios y ojos ardientes debajo de párpados semi-cerrados. También era guapo, con mechones de pelo castaño derramándose sobre su frente y una fácil sonrisa que hizo que mis entrañas dieran un vuelco.

–Sí –dije, alargando la mano. –Soy Stephanie Prescott.

Él tomó mi mano y le dio un firme apretón de negocios como si fuera algo que hiciera todo el tiempo. –Adam Lyon.

–Encantada de conocerle, señor Lyon. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

–Sí. Quiero darle mi dinero.

–Oh–. Me reí, pero él se había puesto serio. La sonrisa se desvaneció y sus ojos se aclararon de repente. Donde antes parecía un señorito depravado que había tomado demasiado champán, ahora estaba totalmente concentrado en los negocios. Ya no estaba segura de cómo le había confundido por otra cosa. –Hay una subasta más tarde. Siéntase libre de gastar tanto dinero como quiera. En la parte de atrás de su programa están enumerados todos los artículos.

–Lo que quiero no está en la parte de atrás del programa.

–¿Oh?

La multitud cercana se apartó y una imponente figura se abrió camino y colocó una mano sobre el hombro de Adam Lyon. Matt King. *Ugh*. Gruñó silenciosamente, pero sospechaba que parte de mi desagrado debía haber aparecido en mi rostro, porque Matt se envaró y la boca de Adam formó una curiosa sonrisa mientras nos miraba a los dos.

–King –dijo suavemente. –¿Qué quieres?

–Quiero hablar con la señorita Prescott –dijo Matt sin quitarme la vista de encima. Bajo la tenue iluminación de la sala, parecía más oscura y más intensa que nunca.

–¿No estás aquí para verme? –Adam se llevó una mano al corazón. –Me siento herido.

–¿La está molestando, Stephanie?– El uso de Matt de mi nombre de pila, y su implícita preocupación, me sobresaltaron.

Le miré parpadeando. –No, pero usted sí.

Adam se rio. No se había sacudido de encima la mano de Matt, y Matt no la había retirado. Entonces eran amigos, aunque parecía que a Adam le gustaba burlarse de Matt. –Deja que adivine –dijo Adam, cruzándose de brazos. –Ella tiene algo que tú quieres, y ella no te lo da. ¿Tengo razón?

Matt retiró la mano y le lanzó a su amigo una mirada furiosa que habría hecho retroceder a la mayoría de los hombres. Adam solo sonrió con esa perezosa sonrisa traviesa suya. Me estaba empezando a gustar. –Stephanie y yo estamos negociando los términos de venta de su edificio –dijo Matt.

–No, eso no es así –salté. –Usted me está ofreciendo obscenas cantidades de dinero, y yo me estoy negando a vender.

–¿Eso es cierto? –chapurreó Adam.

–Tengo una idea para usted, señor King. Si quiere dar dinero, compre algo en la subasta más tarde. Será una causa digna.

–Buena idea –dijo Adam. –Eso es lo que planeo hacer yo. Discúlpeme, Stephanie, ha sido agradable hablar con usted, pero tengo que buscar otra cara bonita con la que hablar–. Su mirada pasó a la de Matt. –Una que no haya llamado ya la atención de mis amigos.

Las aletas de la nariz de Matt se dilataron pero no dijo nada. Solo me quedé bufar con indignación para luego escupir: –Tiene que estar de broma.

Adam solo sonrió y le dio una palmada a su amigo en el hombro. –Juega limpio, King. No molestes a la encantadora señorita Stephanie Prescott o me veré obligado a sacarte. Y en realidad no estoy vestido para un duelo esta noche.

Se alejó y fue rápidamente tragado por la multitud. Me quedé a solas con Matt King, el hombre que quería mi edificio con tanta desesperación que había

empezado a acosarme. El hombre vinculado con la mafia a través de su padre. El hombre que hacía que la sangre me corriera helada y ardiendo al mismo tiempo, y que mi piel cosquilleara con esa intensa mirada suya.

Tragué el resto de mi champán y me pregunté si debería marcharme ahora, antes de caerme dentro de esos hermosos ojos. El problema era que yo casi quería caerme dentro de ellos.

T

odavía estaba considerando mi huida cuando Matt habló. –¿Otra copa? – preguntó cuando cogió una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba. La intercambió por mi copa vacía antes de que pudiera detenerle.

–Parece que no tengo opción–. Le di un sorbo, agradecida por tener algo que hacer y a lo que sujetarme, ya que parecía que mi voluntad me había abandonado de repente. Con Adam Lyon me había sentido cómoda, pero Matt King me ponía ansiosa. Tenía que darle las gracias por ello al artículo del periódico.

–Mis disculpas–. Bajó la mirada hasta su propia copa de vino tinto. –Me han dicho que algunas veces puedo ser un poco dominante.

–Un poco –musité en mi copa.

–Estoy acostumbrado a tomar decisiones en nombre de otros–. Se aclaró la garganta. –Estoy intentando rectificar eso.

–Eso suena como si hubiera pedido la cena por su novia demasiadas veces y ella se hubiera hartado finalmente.

–No mi novia. Actualmente estoy soltero.

–Vaya, me pregunto por qué–. Volví a darle un sorbo al champán y le observé por encima del borde de mi copa. Por primera vez desde que llegara no me estaba mirando. Me dio la oportunidad de ver el débil rubor que corría desde su cuello hasta sus mejillas, y de maravillarme por como desterraba algo de su crueldad. También me permitió tiempo para admirar lo guapo que era. ¿Cómo podía ser que este hombre no tuviera novia? No importaba que fuera dominante. Con seguridad las chicas debían estar lanzándose a su cuello. Yo ya había pillado a varias mujeres haciéndole ojitos, pero él no parecía verlas.

–Si no quiere el champán... –dijo.

–No, lo quiero, pero más me vale no tomar demasiado. Estoy en el comité –añadí, obligándome a callarme y dejar de parlotear.

–Lo sé.

Mi corazón se paralizó. La sangre se me paró en las venas. –¿Lo... sabe?

Él hizo una mueca y parecía genuinamente dolorido. –Lo siento. He vuelto a hacerlo, ¿verdad?– Ante mi encogimiento de hombros, él añadió: –He resultado ser demasiado intenso. Debe pensar que la estoy acosando.

–Nunca se me cruzó por la mente –dije con más frivolidad de la que sentía. Por alguna razón, su admisión y disculpa hicieron que me relajara un poco. – Unos hombres desconocidos aparecen en mi casa y montan numeritos todo el tiempo. También conocen mi aspecto antes de conocerme porque han hecho que

alguien me tome fotos, y conocen las organizaciones benéficas que apoyo. Así que no, la palabra acosador *nunca* entró en mi cabeza.

El asombro en su rostro no tenía precio. –No me extraña que me odie.

–No le odio. Apenas le conozco.

Él hizo una pausa y luego dijo: –Eso no siempre detiene a los que me odian.

No tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo, y aunque me sentía curiosa, no le pedí que se explicara. Matt King no era alguien a quien quisiera conocer mejor. Yo quería mantener nuestra relación estrictamente comercial. No, ni siquiera eso, ya que yo no estaba planeando hacer cualquier tipo de negocio con él. –Estoy segura de que un gran tipo malo como usted puede manejar a unos cuantos detractores.

Él sorbió su vino y volvió a observarme con esos hermosos ojos suyos. –Stephanie, lo siento. Siento haberme impuesto con demasiada fuerza el otro día en su casa. Me han dicho que mi comportamiento bordeaba lo siniestro y quería disculparme por ello.

Mis cejas casi se escaparon de mi frente. ¡Se estaba disculpando! Quizás no fuera tan malo después de todo. –¿Peter Fiorenti le llamó siniestro? Tiene gracia viniendo del agente inmobiliario más sórdido que he conocido nunca, lo cual ya es decir algo considerando que hay un montón de agentes inmobiliarios ruines en esta ciudad.

Su rostro se ensombreció. –¿Qué hizo Fiorenti?

–Nada específico, simplemente... –me estremecí. –Fue raro–. No podía explicar que mi radar de pervertidos estaba trabajando de más desde que abandonara a Kyle, así que quizás Fiorenti no había sido tan malo como había imaginado. No quería pasar por lo mismo con Matt.

–Me libraré de él.

Me atraganté con el champán y empecé a toser. Matt se acercó más y me dio golpecitos en la espalda suavemente. Cuando se calmó mi tos, las palmaditas se convirtieron en una caricia. Tenía manos cálidas. Manos grandes. Su tacto sobre mi piel desnuda me hizo estremecer, pero de un buen modo. Un modo muy bueno.

Pero él retiró su mano y salió de mi espacio personal. –¿Mejor?

–Gracias.

–Cuando dije que me libraría de Fiorenti me refería a que rompería mi contrato con él, no... cualquier cosa horrenda que esté pensando.

–Oh, vale –volví a toser. –Por supuesto. Sabía a qué se refería.

Me observó por encima del borde de su copa mientras sorbía. No había forma de que creyera mi excusa. En ese momento me di cuenta de que él sabía que yo sabía lo de la conexión de su padre con el crimen organizado. Y ojalá no

lo supiera. La decepción en sus ojos era palpable. Tragué saliva con fuerza y desvié la mirada.

Era estúpido por mi parte sentir lástima por él. Este hombre era mega rico, enormemente exitoso y poderoso. Él no necesitaba mi lástima.

Aún así le compadecía y no podía explicar por qué.

–En cualquier caso –dijo él, –quería hacerle saber que siento mi comportamiento fuera de su edificio. Es por eso que vine esta noche.

–¿Para disculparse conmigo?

Él asintió y examinó la escena sobre mi cabeza, luego su mirada volvió a mí. Él pareció sobresaltarse al verme observándole. –¿Es eso tan difícil de creer?

–Podría haber enviado una tarjeta.

–Se me dijo que esto sería más valioso para usted.

¿Lo decía en serio? ¿Necesitaba que alguien le señalara esas cosas? Supongo que algunos hombres no son buenos sabiendo esas cosas. Definitivamente Matt no era uno de los naturalmente sensibles. –¿Quién le ha estado diciendo que se disculpe en persona?

–La esposa de un amigo. Ella también me dijo que yo estaba actuando como un acosador siniestro y necesitaba retirarme. No estoy seguro de que le gustara verme hablar con usted ahora, de hecho.

–¿Por qué no?

–Ella cree que yo podría asustarla completamente y hacerla llamar a la policía para denunciarme.

–Todavía es una posibilidad.

Sus ojos se abrieron mucho.

–No se preocupe, esta noche no. No a menos que me siga a casa.

–No lo haré.

Me reí ante su honestidad. –Bien. ¿Y quién es esta mujer? ¿Está aquí esta noche? Debería darle las gracias.

–Becky Kavanagh, la esposa de Damon. Es un buen amigo mío.

–Ah, el hermano rebelde. He leído sobre él en los periódicos.

–No crea todo lo que lee. Los periódicos informan de muchas cosas de forma errónea. Él es un buen tipo. Uno de los mejores.

Asentí, no muy segura de qué decir al enfrentarme a tal lealtad. Me sentía como una zorra por haber llamado a Damon Kavanagh rebelde, aunque los periodistas le hayan llamado cosas mucho peores durante su juicio.

Me vi salvada de musitar una disculpa por Taylor. Ella pareció salir de la nada y cargó contra mí, casi derribándome de mis tacones. Yo la sujeté justo cuando Matt me sujetó a mí. Su brazo alrededor de mi cintura me situó a nivel de su pecho, pero no fue eso lo que hizo que me quedara sin aliento. Fue el

modo en que sus músculos se movían por debajo de su traje. Parecían bandas de acero y tenía más que unos cuantos.

–¡Steph! –gritó Taylor, alejándome de Matt. –Te vi hablando con este gilipollas desde allí. Vamos, ven conmigo.

Gruñí y miré a Matt. Los músculos de su rostro se endurecieron y sus labios formaron una línea. –Eh, no, gracias, Taylor –dije. –Estoy bien aquí.

–No lo estás. Tú eres tu peor enemigo–. Sus palabras se juntaron al chapurrear y parecía inestable sobre sus tacones. –He venido a rescatarte.

–No necesito que me rescaten–. Señalé con la cabeza el vaso en su mano. El contenido parecía agua con gas, pero debía estar mezclada con algo más fuerte. –¿Qué estás bebiendo?

Ella alejó el vaso de mí e ignoró mi pregunta. –¡Necesitas que te rescaten! Ese es Matt King. Ya sabes, el Rey de la Mafia.

Oh, mierda. Volví a mirarle. Sus párpados se cerraron y un músculo de su mandíbula se tensó. Estudió su vino. Intenté pensar en algo que decir, pero las palabras se me escapaban.

–Vamos, Steph, mezclémonos por ahí–. Taylor enganchó su brazo con el mío y me alejó.

Me resistí y me giré en redondo, solo para descubrir que Matt había desaparecido completamente entre la multitud. Suspiré y fui con Taylor.



Tan pronto como Taylor se dio cuenta de que Matt se había ido, ella también desapareció. Me relacioné con la gente durante un rato e incluso conocí al cuarto hermano Kavanagh y a su encantadora esposa. Eran una pareja tan simpática y encantadora que el tiempo pasó rápidamente. Antes de darme cuenta, Emma acudió a mí presa del pánico y dijo que era la hora.

–Te necesito para que me prestes apoyo moral durante mi discurso –dijo ella mientras me guiaba hacia el escenario delante de la sala. –Estoy muy nerviosa.

Apreté su mano. –Estarás fantástica. Solo dilo como lo has ensayado y finge que solo me estás hablando a mí.

–Te colocarás junto a mí, ¿verdad?

–Me quedaré un poco a un lado. Este es *tu* momento, Em–. La abracé cerca de los escalones hacia el escenario. –Ahora sube ahí y exige su atención. Y su dinero.

Ella se rio y subió los escalones. Unos minutos más tarde les tenía comiendo de su mano, como yo sabía que haría.

Me coloqué en los escalones cerca de la cortina y me descubrí examinando la multitud en busca de rostros que conociera.

¿A quién estaba engañando? Estaba buscando un rostro en particular: el de Matt King. Finalmente le encontré en el centro, de pie con un hombre que se parecía mucho a los Kavanagh, quien tenía su brazo alrededor de una hermosa mujer vestida de rosa. Adam Lyon estaba al otro lado de Matt. Cuando me vio mirando en su dirección, sonrió y saludó con la mano. Matt le miró con el ceño fruncido y se cruzó de brazos. Sostenía una paleta con un número. Así que planeaba pujar esta noche.

Emma agradeció al público en medio de un fuerte aplauso, y luego les pidió que abrieran sus carteras y pujaran generosamente. Dejó espacio para el subastador y la subasta comenzó.

–¿Vas a pujar por algo esta noche? –me preguntó Emma cuando ella cogió su propia paleta y el programa. Pasó la vista por la lista de artículos y señaló a uno cerca del final: un fin de semana para dos personas en una casita reclusa en primera línea de playa. –Quiero esto.

–Se ve divino. ¿Con quién irías?

Ella se encogió de hombros. –El apostante que tenga éxito dispone de un año para usarlo, así que con suerte estaré con el hombre de mis sueños para entonces.

Sonreí, pero no lo hice con ganas. Emma era un poco como yo, siempre enamorándose del hombre equivocado y resultando lastimada. Solo que ella era más soñadora. Ella creía que su príncipe azul estaba esperándola justo al volver la esquina, mientras que yo era más realista estos días. El príncipe azul no existía. Kyle me había sacado de golpe ese sueño de la cabeza... literalmente.

–¿Y si no le has conocido para entonces? –pregunté, esperando que no pensara que estaba siendo una zorra por explotar su burbuja.

–Pues te llevaré a ti–. Me dio un codazo y sonrió.

Me vi aliviada de ver que no había herido sus sentimientos, pero debería haber sabido que Emma no era tan delicada. Tenía voluntad de acero cuando lo necesitaba.

–Tú deberías pujar por la cena para dos–. Señaló en el listado una cena en el restaurante Georgio's.

–¿Para poder llevarte a ti?

Ella se rio. –Estaba pensando más en el tipo con el que te vi hablando antes.

Mi sonrisa se desvaneció. –No, gracias. No es mi tipo. Demasiado intenso.

Ella hizo una mueca. –Maldita sea. Una lástima, porque es sexi y no podía quitarte los ojos de encima.

–Esa sería la parte intensa.

–Eso no le convierte en intenso; solo le hace estar interesado en ti.

–No hay diferencia.

Ella suspiró. –Steph, no todos los hombres resultan ser como Kyle.

Simplemente me encogí de hombros. Yo no quería arruinar la noche pensando en él, y mucho menos gastar saliva hablando de él. Era una pérdida de tiempo en todos los sentidos.

–Uno de estos días le voy a cortar los huevos como venganza por el modo en que te ha tratado –dijo Emma casualmente mientras continuaba leyendo la lista. Ella era la única que sabía la verdad sobre mi ojo morado. Ni siquiera se lo había contado a mi madre.

La rodeé con el brazo y la abracé. –Solo llámame para poder ir a mirar. No quiero perderme eso.

Ella sonrió y me devolvió el abrazo. –Que se joda. Vayámonos juntas el fin de semana siguiente. Olvídate de esperar a Don Perfecto. Probablemente me divertiré más contigo de todos modos.

–Primero tienes que ganarlo.

El siguiente artículo era la cena para dos en Georgio's, el restaurante más exclusivo de Roxburg. Al parecer la comida era increíble, y la vista sobre la ciudad arrebatadora. Pero de ninguna manera podía permitirme siquiera la puja de entrada. No con mi salario. Emma y yo nos reímos y ella me dio un codazo cuando subió rápidamente a mil dólares.

–Se dan cuenta de que solo es comida, ¿verdad? –dije, intentando ver quien estaba pujando.

–Es comida preparada por el mismo Georgio –me dijo Emma, sacudiendo el programa delante de mi cara. –Eso no tiene precio. Normalmente sus chefs hacen todo el trabajo, y él simplemente se pavonea entre sus famosos clientes.

El precio saltó a mil quinientos cuando Matt King levantó su paleta. Incluso desde esta distancia podía ver que sus amigos a cada lado se miraban levantando las cejas. Podía jurar que Damon Kavanagh le había preguntado a quien planeaba llevar, entonces la mirada de Adam cayó en mí. La de Damon fue la siguiente. Ambos sonrieron arteramente.

La puja se atascó en mil setecientos, en la puja de Matt. El subastador estaba a punto de adjudicársela cuando Damon levantó su paleta. Su esposa le miró con el ceño fruncido hasta que él susurró algo en su oído y señaló con la cabeza... ¿a mí?

Su mirada se deslizó desde Matt hacia la mí y luego a él otra vez. Ella alargó la mano por delante de su marido y levantó la paleta por él. Esta vez Adam pujó también, pero Matt lo hizo a continuación, sin ayuda de Becky Kavanagh. Los

tres empezaron una guerra de pujas, que solo uno de ellos parecía tomarse en serio. Tanto Adam como Damon no podían dejar de sonreír, hasta que finalmente se encogieron de hombros y dejaron que su amigo hiciera la puja ganadora de cinco mil dólares.

Casi dejé de respirar cuando oí el precio. –Más vale que Georgio ponga pepitas de oro en la salsa por ese precio.

Emma apenas me oyó. La escapada de fin de semana era el siguiente artículo y ella estaba prácticamente saltando de excitación. Pujó hasta su límite, solo para ver su puja superada por la mujer que había sido la única otra pujante. –Maldita sea –musitó. –Parece que tendremos que tomarnos los cócteles en la biblioteca.

–Alguien está pujando contra ella –dije cuando el subastador continuó. Ambas miramos para ver a Adam Lyon con su paleta levantada. Unas cuantas pujas más tarde y las vacaciones de fin de semana fueron suyas. Se veía jodidamente complacido por ello también.

Fruncí el ceño mientras le observaba hablar con Matt, quien también le estaba mirando con el ceño fruncido. Con un encogimiento de hombros y una sonrisa perezosa que podía jurar estaba dirigida directamente a Emma, Adam se marchó. Matt le siguió.

La banda subió al escenario y la zona delantera fue despejada para bailar. Emma y yo fuimos las primeras en empezar a bailar, pero ella pronto fue llamada aparte y luego a mí también me llamaron... Matt. Me sonrió desde el borde de la pista de baile y de repente me sentí avergonzada. Yo no era la mejor bailarina del mundo.

–¿Puedo ayudarle? –pregunté, acercándome a él a zancadas.

–Yo quería preguntarle cómo puedo devolver la cena a la fundación.

Le miré fijamente. –¡No puede hacerlo!

–No quiero recuperar mi dinero. Pensé que podría darle la cena a un par de miembros del comité que han trabajado duro esta noche. A usted, por ejemplo.

–¿Por qué no quiere usarlo?

Levantó un hombro.

–No devuelva la donación. Disfrute de una noche fuera con... alguien.

–Esa es la cosa. No tengo a nadie a quien llevar y odio cenar solo.

Oh cielos. Tenía la sensación de que sabía lo que venía a continuación y *no* iba a caer en la trampa. De ninguna manera. No con él. –Lleve a Adam Lyon.

Él se rio. –Cielos, no.

–Entonces pídaselo a alguna mujer aquí–. Barrí la sala con mi mano, abarcando a todas las personas que bailaban, principalmente mujeres, en la pista de baile. –Estoy segura de que muchas de las mujeres que están aquí esta noche

se alegrarán de tener una cita con usted. He oído que es el soltero más cotizado de la ciudad desde que los Kavanagh se casaron.

Sus párpados cayeron. –Se burla de mí.

–¡No! No me atrevería. Es la persona menos chistosa que he conocido nunca.

–Esa palabra no es muy correcta.

–Denúncieme a la policía de las letras.

Un lado de su boca subió en una sonrisa. –Así que cualquier mujer de esta sala estaría contenta de salir conmigo, ¿verdad? En ese caso, ¿qué noche está usted libre?

–De ninguna manera. Yo no. No vamos a salir a cenar juntos.

–¿Por qué no?

–Porque no quiero pasarme toda la noche diciéndole que no voy a vender la tienda.

Él levantó las manos, rindiéndose. –¿Y si no se lo pido? Prometo no mencionar el edificio en toda la noche.

Entrecerré la mirada. –No confío en usted. Está siendo demasiado amable.

–¿No cree que soy amable?

–Tengo serias dudas.

–Duele –se llevó una mano al corazón. –Ni siquiera me conoce y...– Su rostro cayó y me decepcionó verle tan serio de repente. –Vale, lo entiendo ahora. Si cree que así es como soy, entonces veo que tengo una batalla perdida por delante.

–¿De qué está hablando?

–Su amiga me llamó rey de la mafia. Reconocí esa línea de un antiguo artículo del periódico sobre mi padre–. Su boca se convirtió en una mueca de odio. –Por eso no quiere salir conmigo. Cree que estoy implicado en el crimen organizado.

–¡No quiero salir con usted porque está intentando comprar mi librería y yo no quiero venderla! Y apenas le conozco. ¿Qué tipo de mujer en su sano juicio sale a una cita con un tipo al que apenas conoce?

–Para eso son las primeras citas. ¿Cómo se supone que va a llegar a conocer a nadie sin salir primero? ¿O se le ha olvidado para qué son las primeras citas, ya que ha pasado tanto tiempo desde su primera cita con su último ex?

Solté una exclamación. –¿Sabe cuánto tiempo hace que empecé a ver a Kyle?

Se cruzó de brazos y desvió la mirada, dándome la respuesta. –Mi detective fue más concienzudo de lo que había esperado.

–Oh Dios mío. ¡No puedo creerlo! ¿Hay algo que usted no sepa sobre mí?

Él soltó un suspiro y se pasó la mano por el pelo, despeinando los mechones cuidadosamente peinados y creando un atrayente y sexi desastre.

“Concéntrate, Steph, no le mires el pelo. O los ojos. Tiene preciosos ojos marrones.”

–Vale, admito que sé más sobre usted de lo que debería –dijo él. –También admitiré que en parte quería llegar a conocerla mejor para poder averiguar lo que la emociona.

–Con la esperanza de descubrir algo que me obligaría a vender –terminé por él. –Cabrón–. Fui a marcharme con rabia, pero él me cogió del brazo.

Me acercó a su cuerpo y se inclinó. Su aliento calentó mi frente y pude oler el sutil aroma picante de su loción de afeitar. –Sí... y no. Usted me intriga, Stephanie. Quiero conocer lo que la emociona, y no solo porque quiera negociar lo del edificio. Quiero llegar a conocerla mejor porque... porque quiero. Usted es sexi y enérgica, inteligente y divertida, y no he sido capaz de quitarle los ojos de encima en toda la noche. No he sido capaz de sacarla de mi cabeza desde que la conocí –ronroneó. –Así que, por favor, permítame invitarla a cenar. Pasemos una noche agradable en compañía del otro, sin ataduras.

¿Cómo podía una mujer pensar con él mirándola como si quisiera que *ella* fuera el primer plato? ¿Cómo podía una mujer siquiera respirar? ¿Y cómo podía una mujer decir que no?

Asentí rápidamente antes de cambiar de idea. Yo no *quería* cambiar de idea, y eso daba mucho puto miedo.

–Pero es justo que la advierta –dijo con una voz profunda y aterciopelada que se deslizó por mi piel. –No voy a renunciar a la librería. Quiero ese edificio y siempre consigo lo que quiero.

Me soltó y se alejó. Se había ido antes de que yo recuperara el equilibrio. Mi corazón todavía seguía golpeando con fuerza cuando algunos amigos se acercaron a despedirse de mí.

Durante el resto de la noche me descubrí buscando a Matt en cada oportunidad que tenía, pero cuando la multitud se fue aclarando, quedó claro que se había marchado.

Me quedé hasta el final y luego me marché con Emma. Estábamos en la acera, esperando un taxi, cuando una figura vestida con una sudadera negra con capucha salió de la nada y me cogió del brazo, fuerte.

–¡Ya era hora de que salieras! –gritó Kyle. –He estado esperando durante horas.

—Suéltame, Kyle —gruñí en voz baja. No tenía miedo, posiblemente porque tenía a Emma conmigo, o quizás porque había otras personas cerca esperando un taxi, o quizás porque había bebido suficiente champán como para darme valor.

—No hasta que prometas volver a casa conmigo.

—¡Suéltala! —saltó Emma, sacando su teléfono. —O llamo a la policía.

Él la ignoró. —Ven a casa conmigo, nena. No seas así. Te echo de menos. Te quiero. Tú sabes que también me quieres. Arreglaremos las cosas y...

Liberé mi brazo de un tirón. —Eres un mierda, Kyle, y no quiero tener nada que ver contigo. Vete.

Dos hombres vestidos de traje se acercaron a nosotros. —¿Va todo bien por aquí? —preguntó uno de ellos mientras el otro hacía crujir sus nudillos. ¿Quién habría pensado que hombres de mediana edad vestidos con traje formal podían ser tan amenazadores?

Kyle levantó las manos. —Vale, no queremos otro accidente como el de la última vez—. Sus fríos ojos se clavaron en los míos. —¿Verdad, nena?

Un taxi se acercó y uno de los caballeros abrió la puerta y me metió dentro. Emma me siguió. —Gracias —les dije mientras nos alejábamos.

Lo último que vi de Kyle fue como se escabullía entre las sombras con los puños metidos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Muy bien, chica —dijo Emma, dándome un codazo. —Has estado increíble.

—Apenas—. Ahora que todo había terminado, yo había empezado a temblar. Pues vaya con mi valentía. —Gracias, Em. Siento que te hayas visto implicada.

—No te disculpes—. Ella me abrazó. —Simplemente me alegro de que estés a salvo. ¿Pero cuánto tiempo vas a darle antes de denunciarlo a la policía?

—No sabe donde vivo. Estaré bien.

—Pero sabe donde trabajas. Ten cuidado, vale. No te conviertas en una estadística más de esta locura.

Le devolví el abrazo y le prometí no hacerlo.



El fin de semana se pasó volando, principalmente porque encontré un gran libro y me sumergí en sus páginas. Era tan bueno que me olvidé de Kyle durante unas cuantas horas, y no pensé mucho en mi cita con Matt. Solo cuando dejé de leer se colaron en mi mente los pensamientos sobre él, y los nervios también. ¿En qué había estado pensando para aceptar tener una cita con él? Debí haber bebido más champán del que debía. Él iba a convencerme como fuera a vender la

tienda, de eso estaba segura. Así es como los empresarios implacables como él actúan, y él era uno de los más implacables que existían. Tenía que serlo para haber construido el imperio de King Hardware desde una sola tienda a casi cien en unos pocos años.

Para cuando llegó el domingo por la tarde, yo empezaba a esperar que se hubiera olvidado o que hubiera cambiado de idea. No había contactado conmigo con los detalles de la cita. Yo no le había dado mi número, pero estaba bastante segura de que ya lo sabría gracias a su muy concienzudo investigador. Ahí estaba otra razón para no salir con él. Sabía demasiado sobre mí teniendo en cuenta que nos acabábamos de conocer.

Para mi sorpresa, llamó más tarde el domingo por la noche. –Hola –dijo, sin molestarse de anunciarse. No es que hiciera falta. Conocía esa voz. Tenía la misma cualidad que un chocolate rico y decadente, y tenía el poder de convertirme en un charco. –Siento no haber llamado antes.

–No estaba esperando que lo hiciera–. Me senté con mis piernas debajo de mí, para disgusto de Harry. Me fulminó con la mirada y luego se recolocó sobre mi regazo.

–Sé que es una excusa barata, pero he estado yendo de aeropuerto en aeropuerto la mayor parte del fin de semana.

–Oh, sí, yo también. Estoy tan harta de los aeropuertos. Y cuando no estoy volando estoy hablando con mi gerente. Ya sabe como va todo eso.

Él se rio. –Esta vez sé que se está burlando de mí.

–No me atrevería.

–Es usted más valiente de lo que cree, Stephanie. Y debería añadir que mucho más intimidante.

–¿Intimidante? ¡Tengo la mitad de su tamaño!

–Sí, pero tiene una forma de fulminar a la gente con su mirada que los doblega. Y luego están esas armas que usted llevaba sujetas a sus pies el viernes por la noche.

Tardé un momento en darme cuenta de que se estaba refiriendo a mis zapatos de tacón. –Tuvo suerte de no bailar conmigo. Tengo dos pies izquierdos.

–No, no los tiene. Me gustó verla bailar–. El modo en que lo dijo hizo que mis entrañas dieran un vuelco y que me ardiera la piel.

Clavé mis dedos entre el pelaje de Harry, provocando su ronroneo más profundo y alto.

–Tiene un gato –dijo Matt. –Puedo oírle.

–¿Le gustan los gatos?

–No lo sé. Nunca he tenido uno.

–¿Un perro?

–No. Ninguna mascota de ninguna especie. A mis padres no les gustaban mucho los animales. Mi padre decía que simplemente era otra boca que alimentar.

–Oh. Lo siento.

–No lo sienta. Eso fue hace mucho tiempo. Quizás me plantee conseguirme una mascota. De todos modos, no es como si no hubiera vivido solo durante años.

–Podría no ser muy buena idea si usted viaja mucho.

–Cierto.

–Como sabe donde vivo, debería decirme donde vive usted.

Le oigo sonreír, aún cuando no estuvo acompañado de una risa. Me preguntaba si él también podría oír mi sonrisa a través de la línea. Recitó de un tirón la dirección de un apartamento en la mejor parte de la ciudad, donde todos los solteros ricos vivían, y luego me dio su número de teléfono.

–Lo ha escrito, ¿verdad? –preguntó.

–Quizás lo he memorizado.

–Aunque no dudo que su memoria sea excelente, me sentiría mejor si lo escribiera en alguna parte. De ese modo no tendrá excusa para no llamarme cada vez que quiera.

–¿Como cuando cambie de opinión y decida vender? –dije con un bufido. – Va a estar esperando mucho tiempo.

–No, Stephanie, no es por eso por lo que quiero que usted tenga mi número. Solo quiero que me llame cada vez que sienta que quiere hacerlo—. Él sonaba genuinamente herido y me mordí el labio, sintiéndome de nuevo como una bruja.

–Ya está en los contactos de mi móvil –le dije.

–Bien. Entonces cuénteme cómo terminó la noche de la recaudación de fondos. ¿Me perdí algo?

Por un momento pensé que debía haber averiguado lo de Kyle agarrándome en la acera y estaba intentando averiguar más detalles. Si ese fuera el caso, ¿por qué no lo preguntaba directamente? No, debía haber sido una simple pregunta inocua.

Nunca habría pensado que fuera posible, pero Matt y yo hablamos durante una hora por teléfono. Nos dimos hasta el más mínimo detalle sobre temas neutrales como la familia, los amigos, y el trabajo. No discutimos sobre el edificio o su padre. Todo fue muy normal. Seguro. Al final habíamos hecho planes para cenar en Georgio's el miércoles por la noche.

Colgué, sintiéndome como si estuviera flotando en una nube.

Luego caí de golpe a la tierra cuando le eché un vistazo a un viejo artículo de periódico de unas semanas atrás y que había usado para cubrir con la arena para

gatos de Harry. Resultó que la arena para gatos estaba encima de la cara de Matt King y de la mujer cogida a su brazo. Ella era tan hermosa como él, alta y morena con mejillas afiladas como cuchillas. Ella se veía increíble con su ajustado vestido blanco, su enorme busto apenas contenido dentro. *Ella* era el tipo de mujer con la que Matt King solía salir, no con bibliotecarias apocadas. Ellos eran una pareja perfecta.

Fue un claro recordatorio de que él no iba detrás de mí, sino de mi edificio. No había otra razón por la que él pasaría tanto tiempo hablando con alguien como yo. Y más me valía no olvidarlo.

Terminé de vaciar la bandeja de Harry justo encima de la cara de Matt y luego formé una bola con el periódico. Sentía un peso sobre el corazón, pero estaba decidida a no dejar que mis emociones se apoderaran de mí. Que le dieran por saco. Dos podían jugar al mismo juego. Yo iba a disfrutar de mi cena con un encantador, rico, y guapo hombre que estaba totalmente fuera de mi alcance, para luego volver a rechazar su oferta de comprar Old Town Libros. E iba a hacerlo con una sonrisa en la cara.



A pesar de mis convicciones, yo iba oscilando entre pensar que Matt estaba representando un papel para conseguir mi edificio y esperar que yo realmente le gustara por lo que soy. Tuve un buen lío en mi cabeza hasta el miércoles. Hasta tal punto que tuve dificultades para decidir qué ponerme para la cena. ¿Algo sexi para poder restregárselo por la cara cuando le rechazara? ¿O algo aún más sexi para animarle a besarme?

Al final me decidí por unos pantalones blancos que ceñían mis caderas, y un top blanco y negro que revelaba mis hombros y algo de escote, pero no demasiado. Con el pelo recogido en una coleta alta y lisa, le recibí en la puerta cuando él llamó ligeramente.

Sus ojos se caldearon brevemente mientras su mirada recorría mi longitud. Luego sonrió. Me derretí ante esa visión. Maldita sea, era un hombre muy guapo.

–Hola –dijo él. –¿Preparada?

–Claro, solo deja que coja mi bolso. Pasa.

–Está bien. Esperaré aquí fuera.

–No, en serio, pasa. Harry no muerde.

–No tiene nada que ver con tu gato.

–¿No quieres inspeccionar el lugar que estás intentando comprar con tantas ganas?– Había pretendido que fuera un chiste, pero él no sonrió.

–Esperaré junto al coche–. Se dio media vuelta y se encaminó a zancadas hacia el coche deportivo negro que estaba aparcado en la acera. Se apoyó contra la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho, y esperó.

Suspiré. Este no era un buen comienzo. Cogí mi bolso, le revolví el pelaje a Harry, y luego cerré la puerta con llave. Matt abrió la puerta por mí y, un momento después, íbamos acelerando por las calles de Roxburg. Su frialdad duró hasta que llegamos al restaurante y el mismísimo Georgio nos llevó hasta una mesa en la esquina. Estaba apartada, separada de la zona principal del restaurante, y la baja iluminación hacía que pareciera que estábamos solos.

–Este lugar es increíble –dije, absorbiendo la vista que me ofrecía la ventana de las luces de la ciudad y el puerto al fondo.

–Espera a probar la comida.

Georgio les dio la bienvenida a su establecimiento y saludó a Matt como si fuera un viejo amigo. Luego nos dio sus recomendaciones personales para cada plato. Con una inclinación de cabeza, nos dejó con nuestro sumiller para la velada y luego desapareció.

Matt sacudió la cabeza hacia el sumiller cuando fue a darle el menú de vinos, y luego se lo pensó mejor. –La señorita Prescott podría querer elegir.

El sumiller me dio el menú. –¿No te gusta el vino? –le pregunté a Matt.

–Me gusta el vino, pero como forma parte de mi plan ser menos controlador, pensé que te gustaría elegirlo.

–¿Es esto de nuevo influencia de Becky Kavanagh?

–Al cien por cien.

Sonreí. –Pero estuviste a punto de rechazar la lista de vinos. ¿Por qué? ¿Por qué si normalmente lo eliges?

–Normalmente elijo el mismo vino. No necesito el menú.

–Oh, entonces si hay un vino que te gusta, tomaremos ese.

–Quiero que tú elijas algo esta noche. Un cambio me vendrá bien–. Señaló el menú con la cabeza. –Sorpréndeme.

Reconocí la mayoría de las marcas, pero no todas, así que iba a ser algo así como una apuesta a ciegas. –¿Te parece bien que sea blanco?

–Perfecto.

En un restaurante como Georgio's, el sumiller debería saber un par de cosas sobre vinos. –¿Nos recomienda el James Valley Pinot Gris o el Bramble Creek Chenin Blanc? –le pregunté.

–Ambos son excelentes elecciones, señora, pero el Pinot Gris es mi favorito–. Se lanzó a enumerar una larga lista de razones de por qué hasta que le interrumpí.

–Gracias. Tomaremos el Pinot Gris, por favor.

Él hizo una inclinación de cabeza, cogió el menú, y se marchó con rápidos y ligeros pasos.

–No le habría pedido su opinión si hubiera sabido que nos iba a dar una conferencia –dije.

Matt sonrió. –A Oliver le gusta alardear de sus conocimientos cada vez que le resulta posible. Normalmente no le doy la oportunidad de hacerlo, así que probablemente pensó que aprovecharía al máximo esta oportunidad.

Me reí. –Pobre Oliver. Deberías permitirle al hombre un momento para brillar la próxima vez. A todo el mundo le gusta sentirse valorado.

Él asintió pensativamente y pareció abstraerse por un momento.

–¿Todo va bien? –pregunté.

Él parpadeó y volvió al presente conmigo. –Solo estaba pensando en un problema de personal que estoy teniendo en una de mis tiendas. Quizás me hayas dado una pista para solucionarlo. El gerente de la tienda necesita demostrar más que valora a sus empleados. Simplemente no sé cómo hacerlo.

–Cuéntamelo –dije. –Quizás podamos llegar a una solución.

–No quiero aburrirte.

–No es aburrido. Vale, las ferreterías son un poco aburridas, pero la parte personal no lo será. Así que háblame de ello. Solucionemos esto.

Me dio todos los detalles y juntos discutimos algunas posibles soluciones hasta que él decidió que una de ellas funcionaría mejor para esa tienda. La conversación cambió conforme pasaba la noche. Me contó como había estado decidido a levantar la compañía después de que su padre le pasara las riendas del negocio, y como Damon Kavanaugh le había prestado el capital para la expansión inicial.

Hicimos una pausa solo cuando el camarero nos tendió los menús, y luego otra vez cuando nuestra comida llegó. La comida era deliciosa de verdad y pasaron varios minutos antes de que continuáramos la conversación mientras yo devoraba mi comida.

–Tú y Damon parecéis estar muy unidos –dije. –Hasta el punto de que su esposa te está dando consejos sobre como ser más sociable.

–Becky es algo así como una fuerza poderosa a la que tener en cuenta. Pero sí, Damon y yo nos conocemos desde hace mucho. Adam Lyon también, y algunos más. Hemos estado muy unidos desde nuestra época de estudiantes, y la mayoría de nosotros hemos permanecido siendo amigos íntimos. Somos como una segunda familia para los demás. Probablemente mejor que una familia porque nos ofrecemos apoyo sin los sermones.

–Es tarea de los padres sermonear a los hijos.

–Hay sermones, y luego hay gritos y un simple rechazo a dejar que tus hijos hagan nada por sí mismos. Mi padre era un tipo dominante, y si crees que yo soy malo, él era diez veces peor.

–No creo que seas demasiado malo. Al menos eres consciente de ello y estás intentando corregirte.

Él me dedicó una sonrisa plana. –Gracias.

–Pues háblame de tus padres–. Tan pronto como las palabras estuvieron fuera de mi boca, me arrepentí. Él ya sabía que yo pensaba que su padre estaba en la mafia. Debía pensar que yo estaba buscando conocer detalles.

Cogió su copa de vino y musitó: –Prefiero no hacerlo.

Asentí y continué comiendo en silencio.

–Lo siento –dijo. –Es solo que no me gusta hablar de mis padres. Papá no está y mi madre está... no está bien.

–Oh, siento oír eso.

Se encogió de hombros.

–Mi padre también está muerto –dije, esperando animarle un poco. –Ataque al corazón. Mamá vive en Nueva York, viviendo la vida con la que siempre soñó.

Él hizo una pausa con el tenedor a medio camino de su boca. –Aún a riesgo de volver a sonar siniestro, debería decirte que ya sé todo eso.

–Vaaale.

–Tus padres se divorciaron cuando eras pequeña, tenían la custodia compartida de su única hija, y tu abuelo materno te dejó la librería a ti, no a su hija.

–Mi vida en pocas palabras.

–Solo los datos y nada de la esencia. ¿Ves mucho a tu madre?

–No. Ella apenas viene a casa. No le gustan Roxburg y la librería tanto como a mí. El abuelo me dejó la tienda a mí porque mamá no aprecia los libros. Ella te la habría vendido después de la primera oferta.

Él masticó despacio, con la mirada fija en su plato. Cuando terminó, tomó un largo sorbo de vino como si necesitara tomar fuerzas, luego clavó esa enervante mirada en mí. –No lo lamento, Stephanie. Me alegra que seas tú con quien tengo que tratar.

Tragué saliva y me concentré en mi comida.

–Tú no estás... muy contenta –dijo él.

–No, no lo estoy. Es solo que... no has mencionado rendirte. Todavía sigues planeando perseguir la propiedad.

–Pues sí–. Su rodilla tocó la mía por debajo de la mesa. Él no se alejó. Ni yo tampoco. –No me rindo fácilmente. Cuando quiero algo, voy tras ello hasta que

lo consigo. Y siempre lo consigo, antes o después—. Su voz tronó, una indiscutible promesa en ella. Promesa, no amenaza.

Cogí mi copa y le miré a los ojos. Si yo quería jugar en su terreno de juego, necesitaba esforzarme por mejorar y no ser una cobarde. Pero yo necesitaba recordar que este hombre era implacable y esta noche bien podría ser parte de su plan para hacerme vender. —Y tú quieres mi edificio.

—Eso no es todo lo que quiero—. Su voz se había vuelto baja, pero aún así consiguió que retumbara a través del espacio entre nosotros y que enviara diminutos escalofríos por toda mi espalda.

Oh cielos. —¿Qué más quieres, Matt?

—¿No es obvio?

—Me gustaría oírtelo decir—. Cielo santo, estaba canalizando a una arpía. Y disfrutaba de cada segundo del modo que me hacía sentir: poderosa, deseable, y sexi.

Y me encantaba ver el calor acumularse en sus ojos y la traviesa curva de sus labios. —Te quiero *a ti*, Stephanie. Quiero hacerte el amor toda la noche. Quiero ver como se te eriza la piel y como se sonrojan tus mejillas. Quiero oírte susurrar mi nombre—. Cogió su copa pero no bebió de ella.

—Sí —me oí decir. —Yo también quiero eso.

Él exhaló despacio, como si hubiera estado conteniendo el aliento por demasiado tiempo. —Entonces saldremos de aquí tan pronto como hayas terminado.

Dejé mi tenedor y mi cuchillo cruzados sobre mi plato. —¿Dónde está Georgio?

Matt se rio y le pidió al camarero que fuera a buscar a Georgio.

Diez minutos más tarde íbamos conduciendo a través de las brillantes luces de la ciudad en silencio. Parte de mí estaba gritando que necesitábamos frenar, pero no el coche, sino nosotros. Yo. Esto iba demasiado deprisa, y ni siquiera estaba segura de que no fuera todo una mentira y que él solo quisiera conseguir mi edificio.

Pero a la otra parte de mí no le importaba. Yo era *consciente* de lo que él quería, de lo implacable que podía ser, y yo no iba a ceder, sin importar lo bueno que fuera el orgasmo. Yo era una mujer adulta y las mujeres adultas podían tener sexo sin compromiso si querían, y luego marcharse sin que hirieran sus sentimientos si resultaba que yo tenía razón.

Él aparcó en el aparcamiento subterráneo y subimos hasta su ático. Sí, el ático. Era todo lo que había imaginado que sería un ático. Espacioso con increíbles vistas a la bahía en una dirección y a la ciudad en la otra, limpio hasta

el punto de la esterilidad, y aún así hogareño gracias a las coloridas obras de arte en las paredes.

Admiré todo eso hasta que Matt me cogió por los hombros y estampó su boca contra la mía. El urgente y feroz beso eliminó cualquier pensamiento sensato de mi cabeza. No había forma de que pudiera pensar por encima del golpeteo de la sangre bombeando por mis venas, o el latido de mi corazón contra mis costillas. Todo lo que sabía era que estaba entre los brazos de un hombre guapísimo que no conseguía saciarse de mí, si es que su concienzudo beso indicaba algo.

Me envolvió entre sus brazos y luego me cogió en volandas sin romper el beso. Me sostuvo contra su duro cuerpo para poder sentir cada movimiento de sus músculos, cada contorno de su cuerpo, cada latido de su corazón. Sonaba errático, laborioso, como el mío.

Acuné su cabeza y le presioné contra mí, no dejándole escapar, y le devolví el beso con toda la pasión acumulada dentro de mí. Mi ardiente piel estaba plagada de escalofríos, y cada parte de mí era consciente de cada parte de él.

Pero el beso no era suficiente. Yo quería más.

–Tómame –murmuré contra sus labios. –Muéstrame lo mucho que me deseas.

Le sentí sonreír. –Como ordenes.

M

att me tumbó en la cama y luego se retiró para admirarme. Yo todavía estaba completamente vestida, así que fui a desabrocharme la blusa, pero él me ordenó que parase.

–Permíteme–. Él estaba siendo dominante otra vez, pero no me importaba. Siempre y cuando fuera igual de bueno aceptando órdenes que dándolas, ya me llegaría el turno.

Se quitó los zapatos, y luego se quitó la camisa y los pantalones. Quizás yo no necesitaría dar órdenes si él podía leer mi mente. Me apoyé sobre los codos y observé el espectáculo, incapaz de desviar la mirada. Él tenía el tipo de cuerpo que debería estar en un calendario. Abdominales definidos, un duro pecho con un remolino de pelo negro atravesándolo, y hombros anchos diseñados para coger a mujeres en brazos y llevarlas a la cama. No podía esperar a clavarle el diente a ese cuerpo, pero todavía no.

Él fue a arrodillarse sobre la cama, pero negué con la cabeza. –No, no. Calzoncillos fuera, y solo cuando estés completamente desnudo puedes venir a unirme a mí.

Él sonrió. –Veo que a la bibliotecaria le gusta tomar el mando.

–No dejes que este exterior apocado te engañe.

–No hay nada apocado en ti, Stephanie. Eres toda una leona–. Se quitó los calzoncillos con un rápido movimiento y los alejó de una patada. Su pene se balanceó con aprobación al ser liberado. Era largo y grueso y duro. Preparado. Una gota rezumaba de la punta de la suave cabeza.

En vez de unirse a mí en la cama, se quedó de pie con las manos sobre las caderas como para que yo pudiera admirarle, ni un poco avergonzado por estar desnudo y yo no. De hecho, fui yo quien terminó ruborizándose. Era tan jodidamente sexi, tan jodidamente *masculino*, que una pequeña sombra de duda empezó a colarse en mi subconsciente.

¿Qué demonios estaba haciendo este tío *conmigo*?

Oh sí. Ya me acordaba: mi edificio.

–Oh no, no lo hagas –rugió, gateando sobre la cama hacia mí.

Mis ojos se abrieron como platos cuando se cernió sobre mí, sus manos sobre el colchón a cada lado de mi cabeza. –¿Que no haga qué? –chillé.

–No cambies de idea.

–No lo hago.

–Pero lo estás pensando.

–¿No puede pensar una mujer?

–No ahora, no cuando estás en mi cama. Ahora es hora de *sentir*, Stephanie, no de pensar. Solo sentir–. Apoyándose sobre un antebrazo, desabrochó los botones de mi blusa y abarcó mi pecho con su mano dentro de mi sujetador. Su pulgar acarició mi pezón e inhalé aire entre mis dientes cuando sentí una punzada justo entre mis muslos.

Él volvió a rozarlo, y esta vez gruñí y mis párpados se cerraron. Sus labios tocaron los míos en un beso que fue más suave que nuestro beso frenético del salón. Saboreaba y exploraba y provocaba, volviéndome loca porque era demasiado delicado y quería más.

Tomé su rostro entre mis manos y profundicé el beso. Nuestras lenguas chocaron, y mi piel estaba tan caliente que pensé que me moriría. Gracias a Dios que él rompió el beso para permitirme la oportunidad de recuperar el aliento y sosegarme.

Me ayudó a quitarme la blusa y luego desabrochó mis pantalones, deslizándolos despacio por mis piernas, revelando mi piel centímetro a centímetro. Creó con besos un camino bajando por mi pierna derecha, siguiendo a mis pantalones hasta que me los quitó por completo, consiguiéndolo sin quitarme los zapatos.

Entonces cogió mis manos de repente y me ayudó a ponerme de pie. –Quiero mirarte –dijo con voz ronca. –Quiero admirarte.

Alargué los brazos hacia atrás para quitarme el sujetador, pero él sacudió la cabeza. –Déjate puesto por ahora. El tanga también, y los zapatos. Definitivamente los zapatos.

Mis tacones de tiras hacían que mis piernas parecieran más largas, más delgadas, así que no iba a decir que no a esa petición.

–Estás pensando de nuevo –dijo él cuando otro rubor subió por mi garganta. –Para.

–Es el modo en que me estás mirando –dije. –Me hace sentir avergonzada.

Él cerró el espacio entre nosotros y colocó ambas manos en la base de mi espalda. Mis pechos presionaban contra sus costillas más bajas, y tuve que mirar hacia arriba para ver su rostro, aún cuando él bajó su cabeza. –Eres condenadamente sexi, Stephanie –murmuró. –Si no lo fueras, yo no estaría así–. Me cogió la mano y suavemente la bajó entre nosotros hasta que toqué su erección. Él contuvo el aliento y dijo: –No estaría así si no te encontrara sexi.

Esa obvia verdad impulsó mi confianza de nuevo. Así que quizás él me encontraba sexi. Cosas más extrañas habían pasado.

No tuve tiempo para pensar, sin embargo, mientras volvía a besarme. Fue más tierno que cualquier otro beso hasta ahora, y consiguió aumentar mi deseo más que cualquier cantidad de desnudez había podido.

Cogió mis nalgas en sus manos, luego metió la mano dentro de mi tanga y tanteó con sus dedos en mi humedad. Cuando acarició mi clítoris, todo mi cuerpo se sacudió. Gruñí en voz alta como protesta cuando no lo repitió.

–¿Eso te gusta? –murmuró.

–Sí.

–¿Quieres que lo haga de nuevo?

–Sí.

–Entonces pídelo.

Me reí. –Por favor, tócame otra vez–. Me retiré para mirarle a los ojos. –Haz que me corra en tus dedos.

Le llegó el turno de gruñir mientras volvía a besarme, con fuerza, con ganas. Mis palabras parecían volverle loco. Me tomó en sus manos y frotó su palma sobre mi pubis, contra mi sensible clítoris. Jadeé y empujé sobre su mano, queriendo que me acariciase hasta llevarme al final. Cada pase de su palma hacía que estuviera más cerca, tensando las entrañas en mi interior hasta que estuve tan excitada que pensé que me iba a romper.

–Sssssí –siseé, removiéndome contra su mano. Calor y presión crecieron dentro de mí hasta que estuve a punto de explotar.

Y entonces metió un dedo lo más profundo que pudo.

Mi interior se desató. Cálidas olas me golpearon, inundándome, volviendo a dejarme caer. Convulsioné alrededor de su dedo y me agarré a él, clavando mis dedos en sus hombros, sujetándome mientras mi orgasmo me dominaba.

Él no me dio la oportunidad de calmarme. Sacó su dedo y, sin decir palabra, me ayudó a quitarme el tanga y el sujetador, pero no los zapatos. Abrió de un tirón el cajón superior de su mesilla de noche y sacó un paquete de condones. Lo abrió con los dientes y se puso un condón, luego se acercó de nuevo a mí. Su mandíbula se había suavizado un poco, pero sus ojos eran remolinos oscuros. No había duda de su deseo.

–Intentaré ir despacio –dijo con voz ronca.

–No tienes por qué hacerlo. No esta vez.

Sus ojos brillaron muy brevemente. ¿Por mi deseo de darle lo que quería, duro y rápido? ¿O por mi promesa implícita de que íbamos a hacer esto otra vez?

Me rodeó la cintura con las manos y me arrastró contra él, levantándome en vilo para que nuestras caderas estuvieran a la misma altura. Nuestros cuerpos se unieron cuando deslizó su polla dentro de mi humedad. Su beso se tragó mi jadeo ante su tamaño, y él dudó, a medio camino dentro de mí.

Pero yo no quería dudas. Yo le quería a él. Todo él. Y le quería ahora.

No había modo de que pudiera haberle dicho aquello con mi respiración saliendo a borbotones irregulares, así que simplemente se lo mostré. Le rodeé la

cintura con mis piernas y me clavé sobre su pene hasta que estuvo enterrado hasta el fondo.

Su bajo gruñido llenó la habitación, llenándome tan concienzudamente como su polla lo estaba haciendo. Me sostuvo allí por un momento, sin moverse, ni siquiera besándome más. Solo nuestros corazones se movían, al igual que nuestros pechos con nuestra respiración laboriosa.

Y entonces se retiró un poco para poder mirarme y movió sus caderas suavemente al ritmo de mi pulsante sangre. Aquellos intensos ojos suyos se clavaron en los míos, me bebieron, me tragaron entera. Hacía que mi vagina palpitara y mi corazón se hinchara, y eso era todo lo que hizo falta para llevarle al borde del orgasmo.

Él embistió con más fuerza, y con más fuerza aún, como si necesitara llegar más hondo, pero no podía ir más adentro. La cabeza de su polla golpeaba algo en lo más profundo dentro de mí que me hizo sacudirme y casi tener otro orgasmo. Un profundo rubor inundó mi garganta y mis mejillas, y luego sus párpados se cerraron con un aleteo. Un bajo rugido primitivo subió desde su pecho y salió de su garganta. Con un empujón final, me besó mientras se corría.

Le abracé y le besé hasta que su orgasmo remitió, y nos dejamos caer sobre la cama en un lío de miembros sudorosos. Se quitó el condón y lo tiró en el cuarto de baño anexo, y luego volvió a la cama. Me atrajo entre sus brazos y me acunó contra su pecho. Mi cabeza encajaba perfectamente debajo de su barbilla y él acariciaba mi pelo mientras yo escuchaba el latido de su corazón.

Mis dedos trazaban círculos perezosos en su muslo y alrededor del delicioso hoyuelo en sus nalgas, donde planeaba lamerle más tarde. Sus propios dedos continuaron acariciando mi pelo y mi hombro, adormeciéndome. Pero no me dormí, y sabía que él tampoco estaba dormido.

Pero ninguno de los dos habló. Yo casi quería darle las gracias por darme el mejor orgasmo de mi vida, pero sonaría patético. Al final, *él* me dio las gracias a *mí*.

–No necesitas darme las gracias por tener sexo contigo, Matt. Yo también me lo he pasado jodidamente bien.

Él se rio suavemente. –Me he dado cuenta–. Me besó en la cabeza. Todavía no nos habíamos mirado desde el momento de su orgasmo. –Pero sé que puedo resultar demasiado fuerte, demasiado exigente, y tú no te asustaste.

–No fuiste *tan* exigente. Nada de ello ha sido pervertido.

–¿Y si lo fuera?

–¿Qué tienes en mente?

Le sentí encogerse de hombros. –Todavía no estoy seguro. Nada que no quieras hacer.

Me acurruqué contra él, sin preocuparme lo más mínimo. Yo confiaba plenamente en que él mantuviera su palabra y no me obligara a hacer algo que yo no quisiera hacer. No podía explicar por qué. –Quizás descubras que yo soy la perversa –dije. –Quizás yo quiera hacer cosas raras contigo.

Él se rio calladamente. –¿Cuándo podemos empezar?

Metí la mano entre los dos y rodeé su pene con mis dedos. Ya estaba mostrando señales de estar preparado. –Pronto. Muy pronto.

Él me hizo rodar hasta estar acostada de espaldas y él se estiró junto a mí, apoyándose sobre su codo. Rodeó mi pecho con la punta de sus dedos, abriéndose camino despacio hacia el pezón. Se puso erecto sin que lo tocara directamente y no podía apartar la vista de él.

–Eres preciosa –dijo roncamente. –Tus pechos son increíbles–. Cerró la boca sobre el pezón, arrancándome un jadeo.

Cerré los ojos y disfruté de la sensación de su cálida lengua, de sus suaves labios. Cubrió el pecho con su mano, levantándolo, y se metió tanto en la boca como le cupo.

Me quedé sin aliento una y otra vez. Eso fue suficiente para animarle. Devolvió su atención a mi otro pecho y lamió mi pezón hasta que también estuvo como una piedra.

–Haces que duelan –dije. –Te desean. Te deseo.

–Ya sabes las cosas adecuadas que tienes que decir–. Él maniobró hasta que estuvo medio encima de mí y suavemente levantó mis manos por encima de mi cabeza. Sostuvo mis muñecas en una de sus manos y sonrió. –Debe ser que toda esa investigación que haces en la biblioteca te está volviendo lista.

Me reí. –O quizás eres simplemente fácil y cualquier mínima cosa que te diga para animarte te excitará.

–Mmm, quizás. Lo que sea que digas, simplemente no dejes que sea no. Por favor. Estoy disfrutando demasiado de esto como para parar ya.

Quise acariciar su rostro cuando se volvió serio, pero él seguía sujetando mis manos y yo quería ver qué haría a continuación conmigo en esa posición. –Yo también –dije simplemente mientras le miraba a los ojos. –Yo también.

Me besó suavemente, con ternura, como si yo fuera algo precioso y quisiera adorarme. La sensación era totalmente nueva para mí, y muy embriagante. Mi corazón estaba preparada para explotar de felicidad. Eso asustaba a una parte de mí, pero fui capaz de alejar los miedos. O, más concretamente, Matt fue capaz de alejar mi miedo con su beso, y luego con su mano mientras recorría mi cuerpo, prestando particular atención a mis pechos.

Con mis nervios de punta, me hizo rodar sin soltar mis manos todavía, y dejó un reguero de besos por mi espalda. Frotó su polla entre mis nalgas, pero no

intentó entrar. Empujé hacia atrás contra él, ganándome un gruñido por mis esfuerzos, y solté mis muñecas para poder usar ambas manos para masajear mi espalda y hombros.

–Quiero verte –le dije. –Quiero ver como me haces el amor.

Él volvió a darme la vuelta y nuestras miradas se unieron brevemente antes de que se separara para coger otro condón. Una vez estuvo enfundado, no me penetró inmediatamente. Besó mi vientre, mi cadera, y bajó por mis muslos y alrededor de mis pliegues. Jadeé ante el primer lametazo de mi clítoris y abrí las piernas para él. Lamía y succionaba hasta que estuve cerca del orgasmo, a punto de derrumbarme, cayendo hacia el abismo.

Me sostuvo mientras volvía a mi ser y se situó encima de mí. Levanté las piernas y uní mis pies detrás de su cabeza. Él apoyó su pene contra mi entrada. Dolorida, queriendo más, le tomé en mi mano y le guie dentro.

Él inhaló aire entre sus dientes apretados y lanzó la cabeza hacia atrás. –Stephanie –gruñó. –Ah, Steph.

Le cogí la cara y atraje su cabeza hasta colocarla a nivel con la mía para poder observarle, y para verle observarme.

Hicimos el amor despacio y apasionadamente. El tiempo dejó de existir. Estuvimos perdidos el uno en el otro durante minutos o horas, no importaba. Hasta ese momento en que ambos decidimos que era demasiado lento. Se chupó el pulgar y lo frotó contra mi expuesto clítoris mientras empujaba más fuerte, más profundo. Convulsioné ante el contacto.

Me sujeté a sus brazos y arqueé la espalda, corriéndome sobre su pulgar y alrededor de su polla. Su cuerpo se sacudió con el esfuerzo de contenerse, pero no funcionó. Él también se corrió, enterrado hasta el fondo.

Después, con mi cuerpo temblando por diminutos orgasmos, me tumbé encima de él y él me envolvió entre sus brazos. Acarició mi hombro con su pulgar, las caricias volviéndose más ligeras hasta que pararon del todo. Estaba dormido.

Cerré los ojos, pero no dormí. Ni tampoco quería hacerlo. Tenía que trabajar por la mañana y no quería ir directamente desde la casa de Matt. Necesitaba ducharme, cambiarme, y lavarme los dientes.

Ojalá hubiera dicho algo antes de que él se durmiera. Me sentía mal porque al moverme le despertaría, pero me moví de todos modos.

–¿A dónde vas? –murmuró mientras me dirigía hacia el cuarto de baño. –Vuelve.

–Tengo que irme –le dije, cerrando la puerta.

Cuando salí, él estaba allí de pie, esperándome. Estaba completamente despierto. Y todavía desnudo. –No tienes por qué irte –dijo.

–Sí. Tengo que trabajar por la mañana.

Él lo pensó y luego dijo: –Di que estás enferma.

–No. De todos modos es solo medio día. Tengo libres los jueves por la tarde.

Oh, espera, probablemente ya lo sabías.

Mi tono debe haber sonado más acusador de lo que pretendía, porque se cruzó de brazos y pareció avergonzado.

Me puse de puntillas y le besé para demostrarle que no estaba enfadada con él. Me envolvió en un abrazo y rompió el beso.

–No te vayas todavía –dijo. –Quédate.

–No puedo. Es tarde y estoy al mando los jueves por la mañana. Tengo que irme.

Suspiró y me soltó. –Quiero que salgamos después del trabajo.

–Eh, vale. ¿A dónde?

Se encogió de hombros. –Te lo haré saber cuando te recoja.

Casi le dije que estaba peligrosamente cerca de ser dominante otra vez, pero me contuve. Puede que hayamos tenido sexo estupendo, pero no éramos una pareja. Todavía éramos casi extraños, y eso no era algo que un extraño le dijera a otro.

–Dame un minuto para cambiarme –dijo, entrando en el cuarto de baño. –Te llevaré a casa.

–No pasa nada, cogeré un taxi.

–De ninguna manera –dijo él. –No en mitad de la noche. O bien te llevo a casa o te quedas a pasar la noche.

Pues vale entonces.

Diez minutos más tarde íbamos de nuevo a toda prisa por las calles de Roxburg hacia Old Town, donde las casas eran más pequeñas y más bonitas, y las farolas donde la librería de mi abuelo estaba localizada parecían lámparas de gas victorianas.

Matt me acompañó hasta la puerta. –¿Quieres entrar a tomar una última copa? –pregunté, rodeándole la cintura con mis brazos. –¿Y quizás un polvo rapidito?

Sus labios formaron una línea. Miró la puerta y sacudió la cabeza. –Tengo que irme.

Me separé de él, un poco dolida por su rechazo. ¿Era así como empezaría? Esta noche él no quería entrar para tener sexo, y luego mañana me llamaría y me diría que estaba demasiado ocupado para salir como habíamos planeado. Luego no volvería a saber de él nunca más, excepto a través de Peter Fiorenti.

Sabía que esto pasaría. Incluso me había preparado para ello. Aunque... yo pensaba que había disfrutado de mi compañía. Pensé que habíamos conectado

durante el sexo. ¿Cómo podía haberme equivocado tanto?

–Oye–. Tocó mi barbilla y acarició mi labio inferior con su pulgar. –Sé lo que estás pensando, Steph, y no va a ser así. Lo prometo.

–Claro. Vale–. Me alejé. –¿Entonces por qué no quieres entrar?

Se pasó una mano por el pelo y suspiró. –No... no es algo de lo que quiera hablar contigo ahora mismo.

Me di la vuelta para ocultar las lágrimas que se agolpaban a mis ojos. Abrí la puerta. –Claro. Como quieras.

Sus brazos rodearon mi cintura desde atrás, deteniéndome. –Me lo he pasado genial esta noche–. Su cálido aliento revolvió mi pelo y su melódica voz vibró por toda mi piel. –Sé que crees que tengo motivos ocultos para salir contigo, pero no es así. No era así–. Chasqueó la lengua y presionó su frente contra mi nuca. –Vale, un poco sí, pero... no ahora. Ya no.

Me giré en sus brazos y tomé su rostro entre mis manos. Se apoyó en mis manos y sonrió. –¿Entonces ya no quieres comprar la librería?

Su sonrisa se desvaneció. Se retiró y desvió la mirada.

–Eso pensaba –musité. –No voy a vender, Matt. No puedo. No este lugar. Nunca.

Esperé a que él dijera algo, quizás que preguntara por qué estaba tan en contra de vender, pero no lo hizo. Simplemente se cruzó de brazos y tensó la mandíbula, la imagen de la pura terquedad.

–Buenas noches, Matt –dije calladamente mientras las lágrimas se volvían a agolpar. Entré y cerré la puerta. Esperé, deseando que llamara y pidiera entrar.

Pero un momento después oí cerrarse la puerta de su coche y alejarse. Me limpié las húmedas mejillas y subí las escaleras para lanzarme sobre mi cama y preguntarme cómo demonios me había permitido enamorarme de ese hombre.

L

a mañana fue interminable en el trabajo. Taylor se comportó de su habitual modo chispeante, pero incluso ella vio que yo no estaba de humor para cháchara. Por suerte yo estaba ocupada, así que no tuve mucho tiempo para pensar en Matt y en como él había prometido que saldríamos esa tarde. Yo ya no esperaba que mantuviera su promesa.

Así que fue una enorme sorpresa cuando apareció en la librería a las dos en punto, rosas rojas en la mano, y una expresión preocupada en sus ojos.

–Quiero disculparme –dijo, tendiéndome las flores.

Mantuve la puerta abierta con mi pie y las cogí. Olían divinas. La señora Mopp de la casa de al lado estaba en la acera, sirviéndole té a dos clientas sentadas bajo la sombrilla. Ella guiñó un ojo y sacudió la cabeza en dirección a Matt mientras volvía dentro. Claramente no sabía que era el hombre que recientemente había comprado su tetería.

–¿Por qué te estás disculpando? –le pregunté a Matt.

Se mordió el labio. –¿Es una pregunta trampa?

–No, es genuina curiosidad. ¿Te estás disculpando por querer comprar mi edificio?

Él parecía confuso y un poco preocupado. –Supongo.

–¿O por tener sexo conmigo para que bajara mis defensas y obligarme a vender?

Las clientas de la señora Mopp soltaron una exclamación y luego inclinaron sus cabezas canosas para susurrar.

–Entra –le solté a Matt.

Dio un paso adelante pero no entró. Miró dentro por encima de mi hombro y luego mantuvo la puerta abierta. –Me quedaré aquí. Y no, Steph, no es por eso por lo que me acosté contigo. Me acosté contigo porque te encuentro increíble y sexi, y porque quería hacerlo, joder. No hay ninguna conspiración aquí. Sí, quiero tu edificio, pero no voy a pasarte por encima para conseguirlo. Lo que quiero de verdad es volver a hacer el amor contigo.

Tragué saliva. Su pequeño discurso había vuelto a destrozarme mis defensas de nuevo. Pues vaya con mi determinación de no dejarle que me afectara. –Entra y subiremos a mi habitación –le reté. –O simplemente lo podemos hacer aquí en el suelo.

Las ancianas habían dejado de parecer asombradas y ahora parecían estar inclinándose hacia nosotros, esforzándose por escuchar.

–No quiero entrar–. Se inclinó más hacia mí. Tenía esa intensa expresión en sus ojos otra vez, la que hacía que me cayera dentro de ellos. –Quiero que salgamos esta tarde, luego volver a mi casa, y quitarte la ropa.

Sonaba genial, y aún así... –Matt, ¿por qué sigues negándote a entrar? No soy una friki del orden, pero el lugar no está tan mal.

Dio un paso atrás. –Esperaré aquí fuera.

Suspiré y me encogí de hombros mirando a las dos ancianas. Ellas me devolvieron el gesto y me dedicaron sonrisas de lástima.

Cogí mi bolso, le di una palmadita de despedida a Harry, y salí. Matt sostuvo la puerta por mí y luego se dirigió hacia el lado del conductor. –¿A dónde vamos? –pregunté.

–A la feria.

–¿En serio? Eso es inesperado.

Arrancó el coche pero no lo separó de la acera. –¿Estás segura de que te parece bien esto?

–Sí, Don Mandón, podría ser divertido. No he estado en la Feria de Verano desde que era niña, y hace un hermoso día.

Él sonrió y sus hombros se relajaron. –Bien–. Empezó a conducir. –¿Entonces no estás enfadada conmigo?

–Yo... –suspiré. –No sé como estoy. Confundida, principalmente.

–¿Todavía no te crees que me gustas? ¿O que quiero salir contigo?

–Me estoy esforzando por reconciliar eso con la idea de que quieres comprar mi propiedad. Pareces muy decidido a conseguirlo, y me temo que esa determinación te está haciendo hacer cosas que normalmente no harías. Como acostarte conmigo. Estoy segura de que no es tu modo habitual de hacer negocios, pero quizás esta vez... –me interrumpí. Mi teoría sonaba fría, egoísta, incluso para mí.

Él condujo en silencio durante un rato, sus nudillos blancos sobre el volante. –Entonces de verdad piensas que soy todo un cabrón –dijo finalmente. –Incluso después de anoche–. La amargura en su voz me hizo sentirme abominable.

–No consigo decidirme –dije calladamente. –Quiero creer que estás disfrutando de mi compañía y que no tiene nada que ver con el edificio, pero mi cabeza me dice que todo es una mentira. En realidad, me está gritando.

Se le abrieron las aletas de la nariz y ajustó las manos sobre el volante. Los nudillos permanecieron blancos. –Supongo que es inevitable teniendo en cuenta como nos conocimos.

Esperé a que él me contara por qué necesitaba mi edificio con tanta desesperación, pero él no ofreció más explicaciones. No podía soportarlo por más tiempo.

–Anoche prometimos no hablar de la tienda –dije. –Fracasamos un poco al final, pero aún así no hice algunas preguntas que quería hacer. Hoy no he hecho la misma promesa. Hoy voy a preguntar.

–Pregunta. Pero no te enfades si no respondo.

–¿Por qué mi edificio? ¿Por qué ese bloque?

–Tengo mis razones.

Solté un bufido. –Vale, dijiste que no ibas a responder. Entonces deja que te lo explique al detalle. Los edificios son buenos bloques. Serían buenos apartamentos, solo que tendrías que recalificarlos como zona residencial. ¿Es por eso por lo que los quieres? ¿Para convertirlos en apartamentos?

–Quiero usar la localización para una ferretería.

Le miré parpadeando. Era la respuesta que había estado deseando oír, pero no la que había esperado. Entonces, ¿por qué no contármelo antes si eso era todo? ¿Por qué el misterio? –Pero tienes una megatienda no muy lejos de allí. ¿Por qué otra? ¿Y por qué en ese lugar específicamente?

Esta vez él no respondió para nada.

No tenía sentido. Cuanto más pensaba en ello más escéptica me volvía. King Hardware tenía una gran tienda cerca, en una calle mejor en un edificio más nuevo. Él no necesitaba otra tan cerca. Yo no era empresaria, pero incluso yo sabía eso.

Le observé por el rabillo del ojo. Estaba tan tieso como un palo, sus ojos mirando fijamente la carretera. Sabía que no conseguiría sacarle nada. No con preguntas directas. Quizás pasar más tiempo con él me ayudaría a averiguarlo. A descifrarle *a él*. Además, quería pasar más tiempo con él. Mucho.

¿En qué tipo de idiota me convertía eso? Probablemente en una muy grande.

La feria estaba abarrotada para un jueves por la tarde, principalmente con niños y sus padres, y adolescentes en sus vacaciones de verano. Me sentía un poco tonta mientras nos paseábamos por allí, mirando los puestos y las atracciones. La tensión creció con cada momento que pasaba, y me preguntaba si él lamentaba haberme traído.

Él se detuvo de repente delante del puesto del juego del payaso. –Así no es como quería pasar la tarde –dijo, pasándose la mano por el pelo.

–Yo tampoco.

–¿Podemos volver a empezar?

–¿Quieres volver a empezar, o solo quieres rendirte?

–No quiero que el día termine. Quiero reavivar lo que tuvimos anoche.

–Eso sería raro aquí. Hay demasiados niños por aquí como para ese tipo de espectáculo.

El sonrió esa magnífica sonrisa suya, y la tensión se desvaneció instantáneamente como por arte de magia. –Definitivamente fue solo para adultos–. Me rodeó los hombros con su brazo y besó mi frente.

Me acurruqué contra él para que supiera que quería quedarme con él allí y no irme a casa. Todavía no. El potencial de pasárselo bien era demasiado grande.

–¿Cuál era tu atracción favorita cuando eras niño? –pregunté.

–Nunca vine aquí.

–¿En serio? Pero a ti te criaron en Roxburg, ¿verdad?

–Sí, pero en una familia con cinco críos, un día en la feria se salía del presupuesto familiar–. Levantó la mirada hacia la gigante noria. –Esta es mi primera vez.

–¡Eres virgen!– Me ruboricé cuando una madre cercana me miró con rabia y alejó a unos niños pequeños de nosotros.

Matt sonrió. –Lo soy. Déjame adivinar. Tú eres una veterana experimentada y vas a enseñarme a pasármelo genial.

–Oh, sí, claro que sí–. Le cogí de la mano y le llevé hasta la taquilla de la noria. –Empezaremos aquí. De ese modo puedes tomar perspectiva y puedes planear tu ruta desde arriba. Ahorra tiempo y tener que andar sin rumbo. La feria ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí, así que esto es nuevo para mí también.

–Estoy aprendiendo mucho de ti hoy –dijo después de que compráramos las entradas y nos instaláramos en una vagoneta de la noria.

–¿Como qué?

–Como que eres eficiente y organizada. Yo no habría pensado en realizar una vista a ojo de pájaro de la feria primero para ahorrar tiempo.

–¿Tienes un asistente personal que te mantiene organizado?

–Sí. ¿Por qué?

–Porque probablemente ella sea la eficiente en tu relación.

–Cierto. La señora Glendinning es organizada hasta el punto de dar miedo. Incluso alinea mis bolígrafos sobre mi mesa cada mañana. Me siento travieso solo por coger uno y volverlo a dejar en el sitio incorrecto. Casi espero que ella me dé un golpe en los nudillos y me ponga en un rincón castigado.

Me reí. –¿No llamas a tu asistente por su nombre de pila?

–No me atrevería.

–Ese rincón de los castigos debe ser un jodido mal lugar.

Él sonrió mientras nuestra vagoneta se acercaba a la cima del circuito. Me rodeó con su brazo y me acurruqué más cerca, mirando las vistas. Roxburg brillaba como una caja llena de joyas. El sol se reflejaba en las ventanas de la torre de negocios y la cristalina agua de la bahía. La feria se extendía por toda la

banda costera debajo de nosotros en un colorido despliegue, las diminutas banderitas ondeando en la brisa.

–Me encanta esta ciudad –dije. Levanté la vista para ver en qué dirección la vista había llamado su atención, pero él no estaba mirando las vistas.

Me estaba mirando a mí.

Me besó tiernamente pero a conciencia. No hubo nada de la vacilante exploración de la noche anterior, o del feroz calor urgente. Esta vez era una afirmación: yo era suya y él era mío.

Cuando abrí los ojos, descubrí que nuestra vagoneta había vuelto a llegar al fondo de nuevo, donde la gente hacía cola para esperar su turno. El encargado me sonrió y luego volvió a mirar cuando su mirada se deslizó hacia Matt. Frunció el ceño un poco, como si intentara localizar una cara familiar.

Nuestro beso fue más que una afirmación entre dos personas, me di cuenta. Era una declaración pública. Como alguien que regularmente aparecía en las páginas de negocios y cotilleos de los periódicos, Matt acababa de informar a la ciudad que éramos una pareja.

La idea me emocionó. Se me olvidó la librería y el tema de su venta. Él se convencería antes o después si yo le importaba lo suficiente. Y estaba empezando a pensar que bien podría hacerlo. Esto era real. Más real que cualquier otra relación que hubiera tenido nunca.

Nuestra vagoneta dio otra vuelta antes de que se nos acabara el viaje. Paseamos por la feria y disfrutamos de más atracciones. Gané para él un pequeño delfín de juguete en el puesto de los aros, y él me ganó un gato blanco y negro gigante en el tiro al blanco, y un tigre en el martillo de fuerza.

–Se parece a Harry –dije, metiéndome el gato debajo del brazo.

Él sujetó el tigre por mí y metí el delfín dentro de mi bolso, dejando la cabeza por fuera. Tomamos helados en el carrusel y luego paseamos hacia la playa, donde la brisa marina nos refrescó.

–Este ha sido un gran día, Matt. Gracias–. Me puse de puntillas y le besé ligeramente en los labios.

–Todavía no ha terminado.

–¿Tienes más planes?

–Sí–. Se estiró a mi lado, apoyándose en su codo. –Cena aquí abajo en uno de los restaurantes, seguido de una sesión desnudos en mi casa. Si estás de acuerdo, por supuesto.

–Mmm, no creo que lo esté.

Se incorporó. La expresión preocupada en su rostro me hizo sonreír. –¿Por qué no?

–Relájate, vaquero, conseguirás todo lo que quieres y más–. Me incliné hacia él y le besé con lengua. –Solo que en un orden diferente.

Él sonrió contra mi boca. –Me gusta como piensas–. Me cogió de la mano y me ayudó a ponerme de pie.

–¿Tienes prisa?

–Sí –dijo con voz ronca. –Van a dar las cinco. El tráfico nos retrasaría de camino a mi casa si no nos damos prisa.

–Mi casa está más cerca.

Él cogió el tigre, le sacudió la arena, y me cogió de la mano. –Vámonos.

Condujimos de vuelta a su apartamento lo más rápido nos permitía el tráfico, lo cual no parecía ser suficientemente rápido para Matt. Llegamos tan lejos como el salón antes de tirar el tigre a un lado y cogermme por ambos brazos. Nos besamos de nuevo, un ardiente beso que me abrasó por dentro y por fuera.

Me soltó, pero apenas tuve oportunidad de recuperar el aliento antes de que se quitara la ropa y me ayudara a desnudarme. Me apoyó contra la parte de atrás del sofá y se arrodilló delante de mí. Su primer lametón me hizo arder. Varios más y ya estaba de puntillas, empujando mi vagina contra su cara.

Nos dirigimos hacia el dormitorio porque allí era donde estaban los condones, e hicimos el amor frenéticamente en la cama. Después le hice tumbarse boca abajo y masajeeé sus hombros y su espalda, bajando hasta su culo. Él gimió y abrió las piernas para mí. Pasé un dedo por toda la delicada piel, por debajo de sus caderas, hasta su polla. Sonreí cuando sentí que estaba bien preparado de nuevo.

–¿Eso te gusta? –murmuré.

–Dios, sí –susurró él, levantando las caderas para facilitarme el acceso. –No pares.

Pensé en chantajearle para que desistiera de comprar mi edificio, pero decidí no hacerlo. No quería arruinar el momento. Eso solo me negaría el placer de verle correrse.

–Date la vuelta –ordené.

Lo hizo. Me miró desde abajo con los ojos medio cerrados, su rostro encendido de deseo. Alargó la mano para tocar mis pechos, pero me retiré.

–No no. Nada de tocarme. Manos detrás de la cabeza.

–Sí, señora–. Hizo lo que le decía.

–Ahora abre las piernas.

Trabajé en su pene, sus testículos, y fui bajando hacia su trasero, tomando nota mental de los lugares que hacían que contuviera el aliento, o que su cuerpo temblara, y que su polla palpitara. Goteaba humedad de su hendidura, y la

extendí alrededor de su cabeza hasta que la tuvo tan dura y su piel estaba tan tensa que pensé que explotaría en cualquier segundo.

–No más, Steph –rugió. –O me correré.

–Ese es el objetivo.

–Quiero besarte. Quiero correrme dentro de ti.

–No llevas condón puesto.

–Entonces coge uno–. Él sonaba frustrado, y muy muy cerca del clímax.

–No. Esto va de ti. Yo quiero mirar.

–Eres una mujer malvada.

Se la bombeo con fuerza. Él arqueó su espalda y exhaló aire entre sus dientes. Entonces, con un gruñido, se corrió sobre mi mano, su estómago, y su pecho.



–¿Todavía no tienes hambre? –preguntó, trazando círculos sobre mi cadera con la punta de sus dedos.

–Sí, pero prefiero comer aquí. Salir significa vestirse y casi me gusta verte desnudo.

Él se rio. –Me gusta como piensas. Entonces pediremos comida. El restaurante tailandés del final de la calle tiene una comida increíble.

–Me encanta la comida tailandesa. ¿Reparten a domicilio?

–Solo a sus clientes favoritos. Pero no le cuentes eso a mi amigo Ryan. Vive en este edificio y ha estado intentando que le repartan la comida desde que se mudó aquí hace seis meses.

–Ni siquiera conozco a Ryan, así que no será un problema.

–Le conocerás. Conocerás a todos mis amigos antes o después.

Le miré mientras él salía de la habitación, y me vi momentáneamente distraída por su prieto trasero. Cuando su trasero estuvo fuera de mi línea de visión, sus palabras calaron en mí. Él planeaba que yo conociera a sus amigos. Eso implicaba un futuro juntos.

Me tumbé en la cama y le sonreí al techo. Esto estaba pasando de verdad.

–Casi se me olvida –dijo, interrumpiendo mis pensamientos. Caminó descalzo hacia la cama con el teléfono en una mano y el menú en la otra. Sonrió mientras se sentaba junto a mí. –¿A qué le estás sonriendo?

–A tu trasero. Es una buena obra de arte.

Él soltó una risotada y me tendió el menú. –Estaba a punto de pedir lo de siempre, pero tú podrías querer algo diferente.

–Vaya, eres todo un hombre del siglo veintiuno.

Me dio un golpe en la cabeza con el menú antes de que yo lo cogiera. Lo examiné y le dije mi pedido. –¿Qué tal va eso con tu pedido de siempre?

–Perfectamente–. Marcó el número y pidió la comida.

Unos diez minutos más tarde, el timbre de la puerta sonó. –Qué rapidez – dije, esforzándome por encontrar ropa.

Matt se puso sus calzoncillos y fue a abrirle la puerta al repartidor. Pero la mujer que estaba en la puerta cuando Matt la abrió no llevaba comida.

–¡Mamá!– Él me miró por encima del hombro. –¿Qué estás haciendo aquí?

¡Su madre! La mujer de pie en la puerta parecía tener más de setenta años, con un mapa de arrugas en su pálida cara y fino pelo canoso colgando en mechones desgredados. Él había mencionado que ella estaba enferma, así que quizás eso la hacía parecer más vieja de lo que era. Parecía estar entrada en los setenta, lo cual significaba que ella debía haber dado a luz a Matt cuando ya había cumplido los cuarenta.

–¿Ya lo has hecho?– Ella se agarró a sus brazos y le sacudió. Sus ojos muy abiertos examinaban su rostro. –¿Lo tienes?

Él me miró de nuevo cuando me acerqué más. Ella no pareció verme. Su concentración estaba centrada únicamente en su hijo.

–Mamá, ahora no. Entra. Hay alguien que quiero que conozcas.

Sus nublados ojos grises miraron más allá de él hacia mí. Le sonreí y le dije: –Hola. Soy Stephanie Pres...

–Stephanie y yo estamos saliendo –dijo Matt rápidamente, hablando por encima de mí. –Steph, esta es mi madre, Judy.

–Encantada de conocerla, señora King–. Le ofrecí mi mano.

Ella la miró fijamente y luego me la estrechó blandamente. –Encantada de conocerte también–. Su vehemencia de antes se había desvanecido, y la expresión salvaje de sus ojos se había evaporado. Se tocó el pelo de forma cohibida y agachó la cabeza. –No sabía que Matthew tenía una nueva novia. Él no me cuenta estas cosas.

–Te lo habría contado cuando fuera a verte –dijo él.

–¿Y cuándo será eso? ¿Eh?

–Mañana. Siempre voy los viernes, ¿te acuerdas?

Ella se mordió el labio. –Oh. ¿Ya es viernes mañana? El tiempo vuela. De verdad que no sé a donde va el tiempo.

–Yo pierdo la noción de los días todo el tiempo también –dije, sonriéndole en un intento por hacerla sentirse más cómoda. Ella parecía confundida y muy frágil. –A ver, no puedo creer que ya haga una semana desde que conocí a Matt.

–¿Una semana? ¿Y ya te llama su novia?– Ella le miró con el ceño fruncido. –Debe ser serio.

–Mamá –musitó él.

Me reí. –¿Sus novias no duran normalmente una semana entera?

–Tienen suerte si les da dos días –dijo Judy.

–No puedo creerme esto –musitó, pasándose una mano por el pelo.

–Entre y siéntese–. Le tendí mi mano para usarla como apoyo. Ella no parecía muy segura sobre sus pies y me preguntaba cómo había llegado hasta el ático por sí misma.

–Gracias, Stephanie. Eres una chica dulce. Espero que se quede contigo.

–Sí –dije calladamente para que solo ella pudiera oírme. –Eso estaría bien.

Matt cerró la puerta y luego se unió a nosotras en el salón. –Mamá, ¿cómo has llegado aquí?

–Cogí un taxi.

–¿Te dejaron salir?

Vacilo asombrada. ¿Salir de dónde?

Judy vio mi reacción y asintió. –Suenas a que estoy en prisión, ¿verdad? A veces creo que lo estoy. No me dejan hacer nada en ese lugar.

–Mamá, es un hogar muy agradable. Los empleados son geniales, el establecimiento es muy extenso, y tienes amigas allí. Deja de hacer que suena como si lo odieras. Sé que no lo odias.

Ella suspiró. –Supongo que no está demasiado mal, pero a veces necesito salir por ahí y a ellos no les gusta eso–. Alisó su falda con las manos y ladeó la barbilla de un modo que me recordaba a Matt.

–Eres muy terca –musitó él, alargando la mano hacia el teléfono. –Les llamaré y les diré que estás aquí.

–Le dijo la sartén al cazo, ¿no te parece? –me dijo Judy.

Me reí y ella me devolvió la sonrisa. –Me gustas. ¿Cuál decías que era tu nombre?

–Stephanie. Stephanie Prescott.

–Prescott. Ese nombre me suena–. Frunció el ceño con tanta fuerza que las arrugas de su frente se unieron formando una. –Simplemente no puedo recordar...

Matt colgó. –Estaban todos como locos buscándote –dijo. –Les dije que te llevaría de vuelta. Pero más vale que te comportes desde ahora, mamá, o te pondrán en una zona de mayor seguridad con el resto de los pacientes de demencia.

–¡Demencia! Yo no tengo eso. Eso es para los ancianos. Yo cumplí cincuenta y cinco la semana pasada.

Los labios de Matt formaron una línea y me miró por encima de la cabeza de su madre. –Mamá, tienes setenta y tres años.

–Estás diciendo tonterías, Ed.

Ed era el nombre de su padre. Miré a Matt y él debe haber pensado que le estaba preguntando de quién estaba hablando, porque gesticuló diciendo *Mi padre*. Debe habersele olvidado que Taylor y yo habíamos leído el artículo sobre lo de que su padre era el rey de la mafia.

–Pero tú siempre has estado lleno de tonterías –continuó diciendo Judy. –Tú y tus grandes planes, tus grandes planes–. Ella sacudió la cabeza tristemente y lágrimas humedecieron sus ojos. –Te metieron en líos esta vez, Ed. Más líos de los que podrías manejar–. Ella se enjugó los ojos con su rosado dedo.

–Mamá, para –dijo Matt calladamente. –Estás confusa. Papá no está aquí. Soy yo, Matthew. Tu hijo.

–¿Matthew? Ed, es Matthew. Él se asegurará de que todo vaya bien. Él arreglará el desastre en el que te has metido, no te preocupes. No hace falta hacer nada drástico. Matt está aquí–. Ella le dio palmaditas a la mano de Matt. –Él siempre arregla las cosas.

El timbre sonó. Esta vez debía de ser la cena. –Yo abriré –le dije a Matt. –Quédate con tu madre.

–Gracias, Steph. Coge el dinero de mi cartera–. Sonaba como si el peso de mil años presionara sobre sus hombros. Le besé en la cabeza cuando pasé junto a él y me dedicó una triste sonrisa a cambio. –Mamá, tenemos que hablar.

No oí el resto de su conversación. Le pagué al repartidor y llevé la comida a la cocina. Matt había llevado a su madre hasta la ventana y hablaban en susurros mientras él sostenía las manos de ella en las suyas. Entonces, de repente, su madre alejó sus manos.

–¡No! –exclamó. –Me dijiste que tú te encargarías de todo.

Matt me miró, tragó saliva, luego volvió a mirar a su madre. Le habló calladamente de nuevo, pero ella sacudió la cabeza. Ella pareció haber recuperado la cordura una vez más mientras discutía con él.

–¡Me dijiste que te librarías de él! Dijiste que era lo que tú querías también.

Él asintió y volvió a mirar en mi dirección. Fruncí el ceño pero él sacudió la cabeza. No podía distinguir las silenciosas palabras que le decía a su madre, pero ella pareció calmarse.

Se limpió los ojos con un pañuelo de papel y luego le dio una palmadita en la mejilla a Matt. Él la abrazó y luego la ayudó a ponerse de pie.

–Voy a llevar a mamá a casa –me dijo. –Quédate aquí. No tardaré mucho.

Me contuve de decirle que estaba siendo dominante otra vez. Parecía muy disgustado por su conversación y supongo que era un rasgo que le salía cuando no estaba pensando.

Judy me miró con los ojos entrecerrados. –¿Cuál dijiste que era tu nombre?

–Es Stephanie –dijo Matt antes de que yo pudiera responder.

–¿Stephanie qué?

Abrí la boca para decírselo, pero él me interrumpió otra vez. –No importa.

–¿No importa? –repitió Judy. –Por supuesto que importa si de verdad te gusta.

Resulta que yo estaba de acuerdo. Quise transmitirle mi disgusto con una mirada fulminante, pero Matt no me miraba. Él parecía estar evitándome. Cogió las llaves de su coche y la hizo salir.

Suspiré mirando la comida tailandesa. Bien podría comer algo mientras todavía estaba caliente.

Comí en el sofá y vi la televisión hasta que Matt regresó. Le saludé con una sonrisa, pero no me la devolvió. Parecía estresado. Sus ojos pasaron por mi rostro y luego bajaron a la alfombra. Soltó un bufido, y luego otro.

–Matt, ¿estás bien?

Su boca formó una triste línea. Soltó otro suspiro, como si eso le ayudara a tomar la decisión sobre algo. Luego dijo: –Me casaré contigo si me vendes el edificio.

M

iré fijamente a Matt con lo que debía haber sido una expresión muy estúpida en mi rostro. Me *sentía* estúpida, como si me hubiera saltado una página en un libro. Más bien un capítulo entero.

–¿Qué cojones? –dije, levantándome. –Matt...– No sabía por donde empezar. ¿Preguntarle si lo decía en serio? ¿Decir que sí? ¿Que no? ¿Decirle que estaba loco?

Me cogió por los hombros y bajó la cabeza hasta que me miró a los ojos. El brillo en sus ojos me puso de los nervios. Intenté recular, pero me sostenía demasiado fuerte. El aleteo en mi estómago sonaba a advertencia. –Stephanie, lo digo en serio. Esto podría funcionar perfectamente. Piensa en ello. Compraremos una casa juntos para que no tengas que vivir allí más. Te compraré una librería si quieres. Y conseguiré tu edificio para poder derribarlo. Deshacerme de él. Los dos ganamos.

Examiné su rostro, pero estaba mortalmente serio. Mi corazón se detuvo. Mi sangre se heló. Intenté soltar sus dedos de mis hombros, pero me sujetaba demasiado fuerte.

–Vamos, Steph, ¿qué me dices?

–Me conoces de hace una semana –dije entrecortadamente. –No voy a mudarme con nadie después de solo una semana, y mucho menos casarme con él–. Había conocido a Kyle durante tres meses y mira como había terminado.

Kyle, quien había actuado loco y posesivo como esto más de una vez hasta que me pegó. Quizás Matt era diferente. Quizás no se pondría violento.

Quizás no era suficientemente bueno.

–Suéltame –salté.

Sus dedos me soltaron de golpe. –Lo siento –musitó, pasándose las manos por el pelo. –Tienes razón. Esto es... es demasiado pronto. No estaba pensando...

Se sentó en el sofá y enterró la cabeza entre sus manos. Mi corazón se hinchó hasta explotar al verle tan infeliz y vulnerable. Casi me rendí a la profunda urgencia de acunarle entre mis brazos, pero me resistí. Necesitaba alejarme de él durante un tiempo para explorar mis propios sentimientos. La semana pasada había sido intensa, pero ahora ambos necesitábamos algo de espacio para ordenar nuestros pensamientos.

Cogí mi bolso, me puse los zapatos, y me marché. Él no me llamó para que volviera, y yo no miré por encima de mi hombro para ver su reacción.

Él debe haber llamado al conserje, porque me informó cuando salí del ascensor que ya me había llamado un taxi.

Cuando llegué a casa, Harry me saludó frotándose contra mis piernas, pero su amor incondicional no era suficiente. No disminuía el dolor en mi corazón. Le alimenté y luego me senté con las piernas cruzadas en el gran viejo sillón del abuelo, en medio de todos los libros, y rompí a llorar.

No podía decidir si yo era estúpida por rechazar la propuesta de Matt, o si era estúpida por tomármela en serio. Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que él solo iba tras de mí por el edificio. La proposición había sido simplemente una forma de conseguir lo que quería. Una forma extrema, sí, pero Matt King no se andaba con medias tintas. Se trataba de alguien que había pagado cinco mil dólares a mi organización benéfica para hacerme tener una cita con él.

–Tengo suerte de haber tenido suficiente sentido para alejarme –le dije a Harry cuando él saltó en mi regazo. –No fue fácil, pero lo hice y fue lo correcto.

¿Entonces por qué me sentía tan desgraciada?

¿Y por qué quería mi edificio con tanta desesperación?



Las rodajas de pepino no ayudan con los ojos hinchados. Eso lo descubrí a la larga. El corrector de ojeras y algunos trucos de maquillaje mejoraron mi aspecto, pero de todas maneras parecía que había estado de fiesta toda la noche o llorando. Le dije a mis compañeros de trabajo que era lo primero. Todos se lo creyeron, aunque yo sospechaba que más de uno adivinó que yo estaba mintiendo.

Sobreviví al día manteniéndome ocupada y hablando de libros con las personas de cuya compañía disfrutaba. Aún así, seguía preguntándome qué estaba haciendo Matt, cómo se sentía, y si me echaría de menos. Había habido algo real en nuestra relación, algo especial. ¿Verdad?

Él no intentó llamarme y yo no intenté llamarle. Quizás mañana, después de que ambos hubiéramos tenido tiempo de calmarnos y pensar. O quizás solo debería dejar que él me llamara.

Suspiré mientras volvía a hundirme en mi silla a las cinco en punto. ¿Cómo se había vuelto mi vida tan rara en un tiempo tan corto? Yo era la chica sensata en el instituto y la universidad. Yo era bibliotecaria, por amor de Dios. No se suponía que debía verme envuelta en relaciones amorosas intensas con billonarios reyes de las herramientas.

A pesar de mi determinación por no pensar en Matt, cuando sonó el teléfono de mi escritorio, salté sobre él. Pero no fue su voz la que me saludó al otro lado de la línea. Fue la de Kyle.

–Nena, hola, ¿qué tal te ha ido? –preguntó, como si fuera un viejo amigo. Colgué. Volvió a sonar y dejé que se agotara la llamada.

–¿Vas a contestar? –preguntó Taylor cuando sonó por tercera vez. Solo quedábamos nosotras dos en la biblioteca para el cierre. Todos los demás, incluidos los usuarios, se habían ido a casa.

–No. Es mi ex.

Ella alargó la mano por delante de mí y descolgó el teléfono.

–Taylor, no –siseé.

Pero ella no me estaba escuchando. –Buenas tardes, Biblioteca Pública de Roxburg, Taylor al habla–. Su voz era completamente almibarada y totalmente falsa. Me guiñó un ojo mientras escuchaba. –Lo siento, ella no está aquí ahora mismo. ¿Quiere dejar un mensaje?

Ella sostuvo el teléfono lejos de su oreja mientras Kyle gritaba al otro lado de la línea. –¡Dile que coja el puto teléfono de una puta vez!

Apoyé los codos en la mesa y bajé la cabeza. ¿Por qué no podía simplemente dejarme en paz? No necesitaba esto aparte de todo lo que me estaba pasando.

–Lo siento, pero ese lenguaje es inaceptable –dijo Taylor con su falsa voz. Entonces su rostro se volvió duro. –Y si no dejas a Steph en paz voy a llamar a la policía y hacerles mirar mientras te arranco las pelotas por la nariz–. Colgó el teléfono con fuerza.

–Gracias, Taylor, pero no tenías por qué hacer eso.

–No, pero me siento mucho mejor. Quizás deberías intentarlo la próxima vez.

La próxima vez. La idea de volver a enfrentarme a Kyle, de esperar que él me asaltara en el aparcamiento, hizo que me recorriera un escalofrío por el cuerpo.

–Te acompaño fuera –dijo ella, claramente pensando lo mismo que yo.

–No pasa nada. No deberías implicarte en mis mierdas.

–Voy a salir contigo –volvió a decir. –Pero primero quiero enseñarte algo. Ven a mi ordenador. He estado investigando un poco.

–¿Sobre qué? –le pregunté, siguiéndola.

Se sentó en su silla y yo me encaramé en la mesa. –Sobre Matt King.

La miré boquiabierta. –¿Por qué?

–Porque sí.

–Porque sí no es una respuesta.

–Suenas como mi madre–. Pinchó con su ratón varias veces, tecleó algo, y le dio al botón de ENTER con el dedo. –Lee eso.

Era otro artículo de un periódico de hacía dieciocho años acerca del político asesinado. Debía haber sido escrito poco después del incidente y antes del otro artículo, porque decía que todavía no tenían pistas sobre el asesino. Sin embargo,

una línea más abajo me hizo soltar una exclamación. Lo volví a leer, pero no era un error.

El asesinato había sucedido en mi edificio.

En el sótano, para ser más precisos. Según el artículo, los cinco edificios compartían un gran espacio de sótano accesible desde todas las tiendas de arriba. Los edificios en la superficie estaban erigidos por gruesas columnas, pero no muros. Los muros habían sido añadidos recientemente porque ahora había cinco sótanos independientes ahí abajo.

Miré fijamente la pantalla. –Yo vivo ahí.

–Sí, lo sé, me lo dijiste. Old Town Libros se menciona, al igual que las demás tiendas en esa manzana.

Solté un suspiro. –Me pregunto si es por eso por lo que Matt quiere mi edificio con desesperación. Porque su padre estaba relacionado con el asesinato y el asesinato sucedió allí—. No, no sonaba correcto. Matt quería mi edificio con firme resolución. Estaba dispuesto a casarse con una mujer a la que conocía desde hacía solo una semana para conseguirlo. ¿Por qué?

–Eso no es todo—. Taylor volvió a los resultados de su búsqueda y cargó el siguiente artículo. Ella le dio un toquecito con el dedo a la pantalla donde el nombre de Ed King me saltó a la vista. –Creo que es por *esto* por lo que quiere tu edificio.

El artículo era mucho más reciente, de hacía solo cinco años. Mencionaba la muerte de Ed King—su suicidio—en mi edificio.

En el sótano.

Seguí leyendo. Parecía que se había colado en la tienda de mi abuelo una noche, había bajado al sótano, y se había pegado un tiro.

Oh Dios mío. Esto era muy sorprendente. Pobre Matt. Pobre Judy y su familia. Debían haber estado devastados. Suicidarse cuando tenía familia numerosa... Ed King debía haber sido un hombre atormentado. Y ahora era obvio por qué: el asesinato del político le había perseguido todo ese tiempo. Tanto si se sentía culpable por haber estado implicado como si la percepción pública de su culpa le había desgastado, no importaba. Él había sufrido, y su familia también. Continuaban sufriendo sin él. Su muerte no había acabado con eso.

–Me pregunto si esta es la razón por la que Matt quiere tu edificio—. La voz de Taylor carecía de su alegría habitual. –Algo así como el fin de un capítulo para él y su familia.

–Sí—dije suavemente. –Quizás lo sea.

–Probablemente lo derribe.

Eliminarlo de la faz de la tierra. Derribar el edificio para que su familia pudiera empezar a curarse. ¿Es de eso de lo que su madre había estado hablando cuando llegó a su casa la noche anterior? Ella le había preguntado a Matt si lo había “conseguido”, y luego más tarde habían discutido. Mi nombre también le resultaba familiar a ella. Quizás él me había mencionado ante ella alguna vez como la propietaria del edificio.

El abuelo nunca me había dicho nada sobre la muerte de Ed King. Volví a pensar en esa época, hacía cinco años. Fue alrededor de esas fechas cuando dijo que iba a desinfectar el edificio de arriba abajo, y me había pedido que me mantuviera alejada por los productos químicos que los limpiadores iban a usar. Él había cerrado la librería y yo no la había visitado.

Tenía que ser el motivo por el que Matt quería mi edificio. También explicaba por qué se negaba a entrar en la tienda. No podía estar cerca del lugar donde su padre se había quitado la vida.

–Gracias, Taylor –dije tristemente.

Ella apagó el ordenador. –Vamos. Te acompañaré fuera.

–Y mi espray de pimienta–. Saqué el bote de mi bolso y caminamos juntas hacia nuestros coches. No había señales de Kyle, gracias a Dios, y volví a meter el espray de pimienta dentro del bolso después de haber asegurado mi puerta.

Conduje hacia mi casa en una nube de confusión. No podía dejar de pensar en Matt y en sus padres. ¿La mala salud de su madre tenía que ver con que él quisiera comprar el edificio ahora? Ella parecía estar presionándole. Pero seguramente parte de la razón era porque *él* también lo quería, no solo ella.

Sacudí la cabeza. Todo era muy triste. De repente quería abrazarle y decirle que lo sabía, decirle que estaría ahí para él si me necesitaba. Decidí llamarle tan pronto como entrara en casa.

Aparqué delante de la tienda y saludé con la mano al señor Jones, quien estaba mirando por la ventana, como hacía normalmente cuando alguien aparcaba delante. Él me devolvió el saludo y luego desapareció.

Abrí la puerta principal y entré. Fui a cerrarla de nuevo, solo para encontrar un pie metido en el hueco. El pie pertenecía a un hombre vestido con vaqueros y una sudadera negra.

–¡Kyle! ¡Sal!– Empujé la puerta, pero él empujó también y la forzó a abrirse. –¡He dicho que te vayas!

Su mano tapó mi boca, amordazando mis gritos. Me empujó hacia atrás y cerró la puerta de un portazo con el pie, luego echó el pestillo. –¡Te tengo! –rugió. –Finalmente he descubierto donde te estabas escondiendo–. Miró alrededor. –Bonito lugar, pero hiede a libros viejos.

Luché contra él, pero me giró en redondo y me atrapó contra él. Su brazo lastimaba mis costillas, y la mano que tapaba mi boca estaba caliente y sudorosa. Apestaba a sudor. Me dio una arcada y empecé a ahogarme. Él soltó un poco su agarre, pero no me soltó del todo.

–No pasa nada, nena. No te asustes. Si te suelto, promete que estarás callada, ¿vale? No quiero lastimarte. Quiero amarte–. Empezó a soltarme despacio.

Le di un puñetazo en la mandíbula. Con un rugido de rabia, me dio un empujón en el pecho. Me tambaleé hacia atrás contra una estantería y me estrellé contra ella. Una lámpara se rompió, y los libros y la estantería hicieron un poderoso ruido cuando se estrellaron contra el suelo.

Gruñí cuando el dolor se extendió por mi espalda, hombros, y cabeza.

Alguien golpeaba la puerta principal. –¿Stephanie?– Era el señor Jones. –Stephanie, he oído un ruido. ¿Va todo bien?

Abrí la boca para gritar, pero Kyle estampó su mano contra mi boca. Le di una patada, golpeándole en la rodilla. Él gruñó pero no me soltó.

–Steph, nena, ahora mira lo que has hecho –dijo. –Estás formando un desastre.

Yo quería gritarle, decirle que era un cabrón y que podía pudrirse en el infierno. Pero apenas podía respirar. Con su peso encima de mí, mis esfuerzos eran inútiles. Todo lo que podía hacer era llorar, pero me negaba a darle esa satisfacción.

Contuve mis lágrimas y luché.

–Stephani, soy la señora Mopp –dijo otra voz. –Por favor, abre la puerta. Estamos preocupados por ti.

Intenté indicarle que necesitaba ayuda, que llamara a la policía, pero no podía proferir ningún sonido. Me revolví e intenté gritar, pero nada funcionaba. Kyle era demasiado fuerte.

Oí voces amortiguadas fuera, y entonces alguien golpeó mi puerta de nuevo. –¿Stephanie! Stephanie, ¿estás bien?– ¡Matt! ¿Estaba aquí?

–¿Quién es ese? –me dijo Kyle. –Esa voz sonaba más joven. ¿Te estás viendo con alguien más?

Volví a intentar gritar, pero eso solo hizo que Kyle me sujetara con más fuerza. La estantería se clavaba en mi omoplato y un libro me apuñalaba en la cadera.

–Dios mío –dijo Kyle, sacudiendo la cabeza una y otra vez. –¿Cómo has podido engañarme con otro? Yo te amaba y pensaba que tú también me querías.

Amaba, tiempo pasado. ¿Significaba eso que estaba al fin aceptando mi rechazo? Dentro de la locura, había un hombre sensato ahí dentro en alguna parte. Él había sido normal justo hasta el final, cuando yo había decidido dejarle.

Solo entonces había perdido los nervios. Con seguridad ese hombre sensible todavía seguía estando ahí. Seguro que él podía ver lo que estaba haciendo y el tipo de problema en el que se estaba metiendo.

Dejé que mi cuerpo se relajara con la esperanza de inducirle a relajarse también. Pareció funcionar, hasta que algo se estrelló contra la puerta principal al otro lado. Kyle se puso rígido y giró unos ojos salvajes y enormes hacia la puerta.

Algo volvió a golpearla. El pestillo traqueteó y la puerta se sacudió en sus bisagras, pero no se rompió.

Kyle volvió a maldecir cuando algo golpeó la puerta al otro lado. Esta vez la puerta se descolgó de sus bisagras y se abrió. Matt entró con furia. Sus ojos oscuros absorbieron la escena. Con dos zancadas gigantes llegó hasta Kyle, le cogió por la parte de atrás de la sudadera, le puso de pie, y le dio un puñetazo.

Kyle gritó de dolor y luego cayó de rodillas cuando Matt le soltó. Brotaba sangre de su nariz y labios, y chorreaba por su barbilla.

La señora Mopp, el señor Jones, y los otros dos propietarios de tiendas abarrotaban la librería y rodeaban a Kyle. –Quédate ahí hasta que llegue la policía –rugió el señor Jones– o te reduciré con mi pistola eléctrica.

Me senté y luego fui levantada por los poderosos brazos de Matt. Me cogió entre sus brazos y me acunó contra su pecho. Yo cogí puñados de su camisa entre mis dedos y me agarré a él. Enterró su rostro en mi pelo y simplemente me sostuvo ahí mientras yo lloraba en silencio.

No sé cuanto tiempo permanecemos así y no me importaba. Yo solo quería que él me abrazara. No hablamos. Las palabras no eran necesarias. Todo lo que él sentía por mí era dicho por el modo en que me sostenía: había estado preocupado y ahora estaba aliviado. Yo le importaba.

La policía llegó finalmente y arrestó a Kyle. Él gritó todo el camino hasta el coche patrulla. Dos mujeres policía se quedaron para tomar declaración de todos los detalles y recoger declaraciones preliminares.

Cuando Matt les dio su nombre, los otros cuatro dueños de las tiendas se envararon. Se miraron entre sí, me miraron a mí, luego salieron de la librería con severos ceños fruncidos. Probablemente me odiaban ahora por confraternizar con el hombre que les había coaccionado a vender.

Me molestaba, pero no tanto como pensé que lo haría. Él les había pagado mucho más de lo que valían sus propiedades, y ellos no tenían por qué haber vendido si no querían hacerlo. El hecho de que sus negocios estuvieran muriendo no era culpa de Matt.

Me alegré de ver que el señor Jones, al menos, no iba a tenerme en cuenta mi relación con Matt como para usarla en mi contra. Volvió con su cuñado, que era

cerrajero, poco tiempo después. Con ayuda de Matt, arreglaron mi puerta para que el lugar volviera a ser seguro cuando cerrara la puerta con llave.

Un paramédico me examinó mientras ellos trabajaban, pero no se podía hacer nada con respecto a los moretones que se estaban formando en mi espalda. Cuando los vio, el rostro de Matt se oscureció. Parecía que quisiera volver a golpear a Kyle una vez más.

Cuando los paramédicos, la policía, el señor Jones y su cuñado se marcharon finalmente, Matt me ordenó que me sentara. Lo hice, sintiéndome de repente demasiado agotada como para estar de pie. –¿Tienes vino? –preguntó.

–Arriba en la cocina. En el armario de arriba.

Él desapareció y le oí moverse por allí arriba. Volvió unos minutos más tarde con una botella de vino tinto y dos copas. Me sirvió y me tendió una copa. Luego dejó la botella en el suelo y se sentó junto a ella. Subió una rodilla y enterró su mano en su pelo.

–Joder, Steph –musitó. –¿Por qué no me dijiste que tu ex era un psicópata?

–¿Para que pudieras evitarme?

Él levantó la vista. –Para poder tenerte a la vista en todo momento–. Posó su mano sobre mi pie y frotó su pulgar sobre el hueso del tobillo. –¿Estás bien?

–Lo estaré. Solo necesitaré unas cuantas veces. Una vez que este lugar esté ordenado...– Miré alrededor y contemplé la tienda. A pesar de los libros caídos y las estanterías derribadas, y la lámpara destrozada, no había muchos daños.

Aún así, empecé a llorar. Las lágrimas brotaban de mis ojos. No podía detenerlas, y no podía dejar que temblara mi cuerpo. Mi hogar, mi refugio... no era lo mismo ahora que había sido violado, y nunca sería lo mismo. Me sentía vulnerable, del mismo modo que me había sentido cuando era pequeña y mis padres siempre estaban discutiendo. ¿Y si no podía volver a sentirme segura nunca más? ¿Y si todo me había sido arrebatado por el cabrón de mi ex?

Matt me atrajo hacia su regazo y metió mi cabeza bajo su barbilla. Sus fuertes brazos me rodearon y su pulgar acariciaba suavemente mi hombro. No habló, no me preguntó por qué estaba llorando otra vez, solo me abrazó. Era exactamente lo que necesitaba, y sentí como me relajaba contra él.

Un poco después me removí. Me preguntaba si él se habría quedado dormido, porque su cuerpo se sacudió. Él miró alrededor y estiró la espalda. ¿Cuánto tiempo habíamos estado en esa posición?

Me puse de pie y alargué la mano hacia él. La cogió y se puso de pie también, y juntos volvimos a examinar los daños. Sin decir palabra, él recogió algunos libros y los apiló cerca. Le ayudé y juntos levantamos las estanterías y relocalizamos los libros. No estaban en el orden apropiado, pero lo solucionaría mañana.

–¿Te apetece una pizza? –preguntó cuando volvió de tirar los trozos de la lámpara rota en el cubo de la basura de atrás.

–Suenan maravillosos.

Subimos al piso y pedimos pizza, luego pusimos platos sobre la mesa de la cocina. Harry se unió a nosotros y se restregó contra mis piernas, y luego pasó su afecto a Matt.

–Le gustan –dije.

–¿Le hacía esto también a Kyle cuando empezasteis a salir?

Le miré con cuidado, buscando señales de celos, pero no las hubo. –En realidad no. Harry principalmente ignoraba a Kyle. Ojalá yo también lo hubiera hecho.

–No es el tipo de hombre con el que te veo saliendo–. Una esquina de su boca se elevó. –Pero claro, el único hombre con el que te veo saliendo soy yo, así que...

–Debería haberte hablado de Kyle –dije torpemente. –No debería haberme implicado contigo cuando todavía estaba metida en ese follón. Siento haberte arrastrado a esto.

–No te disculpes por algo que no es culpa tuya–. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó suavemente. –Kyle no es culpa tuya. Sé que hay gente que puede parecer que son una cosa cuando, mientras tanto, están escondiendo otro lado de su personalidad al resto del mundo. Kyle ya no está y voy a encargarme de que nunca reaparezca en tu vida. ¿Vale?

Dios, como quería creerle. No podía entender como Matt podría hacer algo con respecto a Kyle si no era enviado a prisión, pero era muy dulce por decirlo.

–Gracias, Matt. Estuviste increíble hoy. De verdad, increíble de verdad, y yo...– Me interrumpí antes de decirle que le quería. Así era como las mujeres se veían en líos tan gordos como los de Kyle, al enamorarse demasiado rápido y con demasiada fuerza. –Yo te lo agradezco.

–No necesitas darme las gracias. Solo desearía haber llegado antes.

Llamaron a la puerta principal, y eso hizo que Harry bajara las escaleras y que Matt le siguiera. Ambos regresaron un minuto después, con pizza. Comimos en un cómodo silencio, y después le conté a Matt todo acerca de mi corta pero volátil relación con Kyle.

–Uno pensaría que estar con él me haría dudar antes de lanzarme a otra relación demasiado pronto –dije. –Especialmente en una tan intensa–. Me encogí de hombros. –Parece que no.

Me miró parpadeando. Luego dejó su trozo de pizza en el plato. –Steph... yo no soy como él.

–¡No, no pretendía decir eso! Es solo que... nada... olvídalos. Siento haber insinuado que tú eras como él. No lo eres para nada.

Él continuó comiendo pero se había quedado callado. Podría darme de patadas por decir algo tan estúpido. Él no era para nada como Kyle. Lo sabía ahora después de haber pasado algo de tiempo con él. Solo era la velocidad a la que habíamos acabado juntos lo que me alarmaba, y su proposición de matrimonio también.

Y el modo en que él lo había relacionado con el edificio.

Nos tumbamos en la cama y charlamos después de cenar. Solo charlamos y nos abrazamos. No hicimos nada sexi, aunque Matt se había quitado su camisa, pero de todos modos fue increíblemente íntimo. Hablamos sobre una tonelada de cosas distintas, pero evitamos todos los temas relacionados con nuestras familias o Kyle. Me habló de su negocio, de sus amigos, y hablamos sobre hechos actuales, libros, y películas.

Pero a pesar de hacerlo todo por evitar los temas difíciles, nuestra conversación llegó al final. El peso de la proposición de Matt colgaba pesadamente en el aire. Yo necesitaba aclararlo.

–No puedo decir que sí –le dije.

Sus párpados bajaron y él asintió. Pareció saber de lo que estaba hablando. – Lo sé. Fue una locura preguntarte.

–Entiendes por qué, ¿verdad?

Él levantó un hombro. –¿Demasiado rápido?

Asentí y sonreí. Lo entendía. –Necesito algo de tiempo a solas, para aclarar mi cabeza. Necesito estar fuera de una relación durante un tiempo antes de volver a lanzarme a una. Especialmente en una tan intensa como esta.

Se tensó un músculo en su mandíbula. Bajó la mirada hacia nuestros dedos entrelazados. –¿Hay... hay alguna oportunidad para nosotros?

–¡Por supuesto! Todas las oportunidades. Volveré, Matt, pero después de un respiro.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

Se llevó mi mano a su boca y besó los nudillos, permitiendo que sus labios se entretuvieran allí. –Bien –dijo él con voz cargada. –Puedo esperar.

Le besé en la mejilla porque besarle en la boca nos llevaría por un camino que había jurado no seguir. –Gracias.

–¿Quieres que me quede esta noche? En el sofá, quiero decir, no en tu cama. Sonreí. –No hace falta. Kyle ya no está. Estaré bien.

Él no parecía convencido, pero dijo: –Llámame si me necesitas. Estaré aquí tan rápido como pueda. No te preocupes si piensas que no es nada, solo

llámame.

–Gracias–. Volví a besarle. –Eres mi héroe.

Se sonrojó. –Y tú eres mi...– Se aclaró la garganta. –No importa–. Se levantó de la cama y cogió su camisa.

Le acompañé abajo hasta la puerta principal y la sostuve abierta para él.

–Steph, no te he dicho por qué vine esta tarde.

–Oh. Claro. Nos distrajimos. ¿Va todo bien con tu madre?

–Mamá es... mamá. Empeorará despacio hasta que su mente se haya ido del todo–. Bajó la mirada hacia la moqueta y arrastró un pie. –Pero no es por eso por lo que vine. Quería decirte que ya no quiero el edificio.

Le miré fijamente. Miles de preguntas me pasaban por la cabeza, pero al final no le hice ninguna de ellas. Él no sabía que yo sabía sus secretos familiares y no quería decírselo. Todavía no, no ahora.

–Oh –dije. –Vale.

Me besó, su boca entreteniéndose sobre la mía durante un largo momento tembloroso, luego me dedicó una sonrisa plana y se marchó hacia su coche.

No fue hasta que se alejó que me di cuenta de que él no había tenido ningún problema para entrar en el edificio esta noche. Parecía que su preocupación por mí había ahuyentado a los demonios que todavía mantenía sobre su padre.

L

os libros estaban completamente desordenados. Había biografías metidas entre libros de texto sobre la Segunda Guerra Mundial, y algunas novelas sobre crímenes reales se habían colado en las estanterías de los misterios amables. No importaba. Podía solucionarlo fácilmente y la actividad me mantendría ocupada toda la mañana. Necesitaba la distracción. El sueño me había estado esquivando. Había estado dando vueltas en la cama hasta la madrugada, mi cabeza y mi cuerpo vibrando por los eventos de la noche. Cuando no estaba reviviendo la pelea con Kyle, estaba pensando en Matt y todo lo que nos habíamos dicho.

Pero todo se reducía a lo mismo: él ya no quería el edificio. Al menos eso era lo que él había dicho. Yo sospechaba que él *todavía* lo quería, pero que había renunciado a la caza... por mí.

Me arrodillé en el suelo y miré fijamente el libro en mis manos. No miré el título. No importaba. Colocararlo en la estantería correcta ya no parecía importante. Además, la polvorienta cubierta estaba rasgada en los bordes y el lomo se había descolorido. Comprobé la página del título y vi que fue publicado hacía treinta años. ¡Treinta! El abuelo lo había mantenido en la estantería mucho tiempo.

Hojeé varios otros libros y, aunque algunos de ellos eran nuevos, la mayoría tenían muchos años. No eran antiguos, solo que estaban en la fase intermedia donde el contenido ya no interesaba al público, y en algunos casos simplemente era erróneo. Los libros más recientes habían sustituido las viejas ideas e informaciones, haciendo que esas fueran inútiles. No podía creer que no me hubiera dado cuenta antes.

Fui a buscar algunas cajas, pero solo encontré dos de cuando me había mudado allí. Empecé a colocar algunos de los libros viejos dentro de las cajas, los libros que claramente habían estado en las estanterías demasiado tiempo. Había demasiados, sin embargo, y necesitaba más cajas. Me dirigí a la tienda del señor Jones y a la otra tienda junto a la suya y cogí otras cinco cajas, y luego me reuní con la señora Mopp en su tetería. Estaba ocupada ese día, con un total de tres clientas, todas señoras ancianas sentadas juntas en una mesa.

Ellas me sonrieron y yo les devolví la sonrisa, agradecida de no tener moretones en la cara. Ninguno de mis moretones era visible, gracias a Dios, aunque me dolían la espalda y los hombros cada vez que los movía.

—¿Estás bien hoy, querida? —preguntó la señora Mopp. Era una mujer dulce, de unos cincuenta y tantos años, con mejillas sonrosadas y pelo rubio que se

rizaba por debajo de su nuca. Me recordaba a una ama de casa de los años cincuenta.

–Mejor. Usted, el señor Jones, y los demás estuvieron geniales anoche, y no he tenido oportunidad de darles las gracias de un modo adecuado. Realmente aprecio todo lo que hicieron.

Ella me dio una palmadita en la mano, apoyada en el mostrador. –Eso es lo que hacen los vecinos por los demás. ¿Te apetece una taza de té?

–Quizás más tarde. Ahora mismo necesito cajas. ¿Tiene alguna que me pueda dar?

Se limpió las manos en su floreado delantal. –Claro. ¿Cuántas necesitas?

La seguí hasta la parte de atrás, más allá de su diminuta cocina y atravesando la puerta que llevaba hacia el sótano. Me preguntaba cuánto sabría ella de lo que había pasado allí abajo. –No muchas. Solo estoy clasificando los libros de mi abuelo que nunca se venderán.

–Ya no son los libros de tu abuelo, cariño. Ahora son tuyos.

–Todavía me parece que son suyos, y la tienda también. Por eso me siento mal desechándolos, pero conozco algunas bibliotecas, colegios y universidades que estarían agradecidos de añadir los mejores a sus colecciones.

Ella me sonrió por encima del borde de sus gafas bifocales. –Sé que él lo habría querido así. Lo que sea que decidas hacer, él estaría más que feliz con tu decisión. Estuvo diciendo durante años que tú te quedarías la tienda y que sería tuya para que hicieras lo que quisieras. No creo que él esperara que la mantuvieras exactamente igual.

–Sí –dije calladamente. –Pero apuesto a que nunca le habría gustado verla desaparecer por completo.

–¿Es eso lo que tu señor King quiere hacer? ¿Derribar estos viejos edificios?

–Él no es mi señor King.

–¿Es eso verdad? Anoche parecía que era tuyo–. Se encogió de hombros y desapareció en un pequeño almacén.

–Él es... somos... –suspiré. –Es complicado.

Ella salió y me pasó tres cajas aplanadas. –El amor no tiene por qué serlo. De hecho no debería serlo. Solo es. Acéptalo.

–Solo nos hemos conocido desde hace una semana. Es demasiado pronto para ver si es amor.

–Yo lo supe con el señor Mopp en el momento en que le conocí–. Su sonrisa se volvió melancólica y me preocupó haber abierto viejas heridas. El señor Mopp había muerto hacía diez años, así que el abuelo me lo había contado. La señora Mopp había abierto su tetería poco después con el dinero que él le había dejado.

–Ahora no sé cuales son los planes de Matt acerca de los edificios –le dije mientras volvíamos a la parte delantera de la tetería. –Él quería derribarlos y construir una nueva ferretería en el solar.

Ella volvió a mirarme por encima de las gafas. –Haces que suene como que sus planes han cambiado.

Simplemente me encogí de hombros. Como no podía estar segura de que Matt volviera a cambiar de idea acerca del edificio, yo no quería darle falsas esperanzas a la señora Mopp. Además, él ya era el dueño de su tetería y del apartamento de encima. Incluso si dejara el mío tranquilo, todavía podía hacer lo que le apeteciera con los otros cuatro edificios. Simplemente no podía construir una tienda gigante en todo el solar.

–Espero que los edificios permanezcan –continuó diciendo. –Son interesantes, bonitos. No estoy segura de que una ferretería sea lo que necesita esta calle, pero necesita algo que atraiga de vuelta a los clientes–. Ella suspiró y tamborileó con los dedos sobre el mostrador de madera. –Algo más que una mano de pintura y cortinas nuevas.

Ella tenía razón. Aunque cada tienda definitivamente necesitaba modernizarse, una rehabilitación total era lo que se necesitaba para atraer de nuevo a los clientes. ¿Pero cómo atraías de nuevo a los clientes cuando casi todo lo que podían conseguir en nuestra casa podía comprarse online o en el centro comercial?

Era algo en lo que pensar. Me habría gustado hablarlo con alguien, pero mis vecinos ya no eran los propietarios de sus edificios, así que discutirlo con ellos era inútil, y el tema era demasiado duro como para hablarlo con Matt. Quizás más tarde, después de que hubiera evaluado cómo se sentía acerca de lo de renunciar a comprar la librería. Todavía no estaba segura de si estaba decepcionada o no.

Volví con las cajas a mi casa y empecé a clasificar los libros de la parte delantera de la tienda, cuidadosamente seleccionando cuáles iban a qué lugar. Al final del día estaba cansada y acalorada, pero había clasificado un montón de libros. Algunas estanterías estaban completamente vacías. Necesitaría más cajas.

Me lancé al trabajo en la biblioteca y en la organización benéfica toda la semana y la siguiente. Sentaba bien estar ocupada y ser productiva, y definitivamente ayudaba mantener mi mente alejada de Matt, aunque pensamientos sobre Matt se seguían colando en mi subconsciente por la noche mientras estaba tumbada en la cama.

Le echaba de menos. Echaba de menos nuestras conversaciones y el modo en que se reía de mis chistes malos. Echaba de menos su sonrisa torcida y hermosos

ojos. Echaba de menos el modo en que me hacía sentir segura cuando me rodeaba con sus brazos. Y realmente echaba de menos el sexo.

Pensé en llamarle, pero decidí no hacerlo. Todavía no. Para empezar, yo estaba empezando a sentirme emocionalmente más fuerte de nuevo, y esa fuerza emocional era muy importante para mí. Yo *necesitaba* saber que podía cuidar de mí misma, sin un hombre que me apoyara. Yo quería estar segura de que me gustaba Matt por sí mismo, no porque me hiciera sentir segura.

Me incorporé en la cama y miré alrededor. Qué extraño. La librería solía hacerme sentir así, como si pudiera desaparecer dentro si quisiera y que nunca me encontrarán. Ni mis padres que se peleaban todo el tiempo, ni Kyle.

Pero su intrusión había violado eso. Había destruido mi sentido de seguridad, haciéndolo pedazos. Old Town Libros ya no era mi refugio.

Pero eso podría estar bien. Puede que ya no lo necesite.

—¿Ha contactado contigo? —preguntó Emma. Estábamos sentadas en la tetería de la señora Mopp el siguiente sábado por la mañana. El día iba a ser caluroso y los pájaros ya se habían callado, y todo el tráfico iba en la misma dirección: hacia la playa.

—¿Quién?

Ella puso los ojos en blanco. —Matt King. ¿Quién si no?

Yo le había contado lo de nuestras citas y lo bien que nos lo habíamos pasado Matt y yo juntos, pero también le había contado lo de su madre, su padre, y sus razones para comprar mi edificio. Ella había sido compasiva hasta hacía una semana, pero desde entonces había expresado su preocupación por el hecho de que yo no había contactado con él. Ella entendía por qué necesitaba espacio yo, pero ella no pensaba que él lo entendiera.

—No, no lo ha hecho —dijo. —Ni tampoco espero que lo haga.

—Oh—. Ella le dio un sorbo al café y evitó mi mirada.

—Vamos, escúpelo.

—¡Nada! Pensaba que te habría llamado ya, eso es todo.

—Dejé bastante claro que yo sería quien se pondría en contacto con él cuando estuviera preparada.

—Vale.

Solté mi taza. —Em, todo está bien. Le llamaré pronto.

—Claro. Pero que no te rompan el corazón esta vez, ¿vale?

—Kyle no me rompió el corazón. Él casi rompió mis estanterías y un hueso o dos, pero no mi corazón. Lo que sentía por él no era amor, era dependencia, y no quiero volver a sentirme así nunca más. Por nadie. Ahora conozco la diferencia, gracias a Matt.

—Entonces *díselo*.

–Lo haré.

Ella suspiró. –Ojalá se lo dijeras sin perder más tiempo. Un hombre así no va a estar en el mercado mucho tiempo, Steph. Las chicas ya le van pisando los talones, intentando hincarle el diente.

La miró con las cejas arqueadas. –Eso suena a mujer fatal.

–Él es rico, tiene éxito, es guapo, y es soltero. No puedes culparlas.

Sonreí débilmente. –Supongo que no. ¿Y cómo lo sabes, de todos modos? ¿Está en los periódicos?

–Últimamente no–. A diferencia de mí, Emma leía las páginas de cotilleos de los periódicos. Ella sabía qué tío rico salía con qué modelo, y qué famosa había sido abandonada o se había quedado embarazada. –Lo sé por su amigo, Adam–. Su mirada se deslizó hacia su taza, pero no antes de que la viera sonrojarse.

–¿Adam Lyon? Emma, ¿está pasando algo entre vosotros dos?

–¡No! De ninguna manera–. Ella cogió su tenedor y apuñaló su tarta de queso con él. –No es mi tipo. Es un gilipollas. Totalmente enamorado de él mismo. Sabes que no puedo soportar a los tíos así.

–A mí me pareció bien cuando le conocí.

–Eso es porque no estaba ligando contigo. Sabía que Matt estaba interesado y mantuvo las distancias.

–¿Es eso lo que te dijo?

–Algo así. Lo que sí me dijo fue que te echa la culpa por haberle roto el corazón a Matt.

–¿Yo? Pero si no le he hecho nada a Matt.

–Aparte de tomarte un descanso. Todo el mundo sabe que tomarse un descanso en realidad significa romper la relación.

–No. Eso no es cierto. No es nuestro caso.

–Eso es lo que Adam piensa.

–¿Pero qué piensa Matt? Él dijo que lo entendía. Me dijo que esperaría–. ¿Verdad?

–Vamos a hacer una cosa–. Ella sacó su teléfono móvil del bolso. – Preguntémosle a Adam qué piensa él. Él conoce a Matt mejor que nadie. Le enviaré un mensaje y le pediré quedar con él.

Ella había dado a ENVIAR antes de que yo tuviera la oportunidad de digerir lo que estaba diciendo. Tardé todo un minuto en darme cuenta de que lo de encontrarse con Adam podría no tener nada que ver con Matt y todo que ver con Adam. Escondí mi sonrisa detrás de mi taza. Le seguiría el rollo, aunque solo fuera para verle con ella. No me importaría saber sus pensamientos sobre Matt, de todos modos. Quizás aprendería un par de cosas sobre él. Y después le llamaría.

Ya era hora. Estaba preparada.

Su teléfono sonó unos segundos más tarde. Ella leyó el mensaje, puso los ojos en blanco, y me mostró la pantalla.

Sabía que no permanecerías alejada. Ven. Estoy esperando.

Un emoticono con un guiño terminaba la línea y luego seguía su dirección.

–Él cree que le deseo –dijo Emma. –No puede estar más equivocado.

–¿Por qué no tienes una cita con él? Podría ser divertido.

–No, gracias. Él es demasiado...– Movié una mano en el aire. –Demasiado inmaduro. Quizás cuando madure.

–Es un hombre –dije riéndome. –Nunca maduran.



Adam Lyon vivía en un apartamento Art Deco al volver la esquina del piso de Matt. Me encantaron los estilosos pequeños toques en el amplio vestíbulo, como las motas doradas por todo el suelo de porcelana negra, el elaborado techo de escayola, y los apliques de lámparas en las paredes. No era el tipo de lugar donde esperaba que el listillo de Adam Lyon viviera.

Subimos hasta el ático y él nos recibió delante de las puertas del ascensor cuando estas se deslizaron abiertas. Así que aquí teníamos a otro hombre rico. Estaba empezando a preguntarme si Matt tenía algún amigo con cuentas bancarias pequeñas.

Saludó a Emma con un beso en la mejilla, pero ella se retiró y él terminó dándole un beso al aire.

–Qué dura –dijo él alegremente. Extendió la mano y ella le dio un formal apretón de manos.

Luego fue a estrechar mi mano, pero me incliné y le besé en la mejilla. Él le dedicó a Emma una mirada triunfante. Ella le miró con el ceño fruncido. Cuando él le dio la espalda, ella me miró con rabia.

–Por aquí, señoras–. Mantuvo la puerta abierta para nosotras y luego nos siguió dentro.

El ático tenía más motivos Art Deco, y él lo había amueblado para encajar en el estilo de la época. Podía imaginarme fiestas salvajes teniendo lugar allí en los años veinte, con fuerte música sonando y parejas bailando el foxtrot y el tango. Me pregunté si Adam era del tipo que daba fiestas salvajes hoy en día.

Nos ofreció té helado. Yo acepté, pero Emma lo rechazó. Me sirvió un vaso y luego se sirvió otro para él.

–¿Estás segura de que no quieres nada, Em? –le preguntó.

–No, gracias. Y es Emma.

Él le dio la espalda y puso una cara graciosa para que me riera. Cuando ya no nos estaba mirando a ninguna de las dos, la miré con el ceño fruncido y dije con mímica: “¿Qué estás haciendo?”

Ella me dijo sin voz “nada”.

En vez de sentarnos en el salón, Adam nos llevó hasta la terraza en el tejado. Me sorprendió ver una piscina, un jacuzzi, tumbonas, e incluso una zona con césped rodeada de macetas. Parecía que estuviéramos en un spa, no en mitad de la ciudad.

–Esto es fantástico –dije, sentándome en una silla debajo de la sombrilla. – ¿Puede usarlo todo el mundo en el edificio, o solo tú?

–Es mi propia azotea privada –dijo él. –Pero le doy a algunos inquilinos una llave para acceder aquí. No tiene sentido quedármelo solo para mí.

–Eso es muy generoso por tu parte.

Él simplemente se encogió de hombros y estiró sus pies desnudos. Llevaba pantalones cortos y una camiseta de tirantas, y pillé a Emma admirando su musculoso cuerpo más de una vez por debajo de sus pestañas bajadas. Sospechaba que Adam también se había dado cuenta. El tipo estaba prácticamente pavoneándose.

–Así que quieres saber lo de Matt –dijo él.

–Emma sugirió que viniera a hablar contigo sobre él.

Él la miró con una ceja levantada. –¿Es eso cierto? ¿Qué querías que le contara, Em?

–Lo que quieras. No me importa. Era solo una idea.

¿Por qué estaba Emma actuando tan estirada? No era típico de ella. Aunque ella no era tan chispeante como Taylor, normalmente era amable con todo el mundo. Pero ella se había vuelto positivamente brusca desde que entráramos por la puerta. Considerando que ella había tenido tantas ganas de que yo hablara con Adam, era raro.

–Vale, veamos–. Adam volvió a dar un sorbo a su té mientras pensaba, y estaba empezando a lamentar haber venido. No estaba segura de qué quería conseguir. Debería haber llamado a Matt y haber ido directamente a verle a él, no a su amigo. –¿Sabes que su padre se suicidó?

Asentí. –En el sótano de mi edificio hace unos años.

–Eso es lo que no entiendo –dijo Emma. –¿Por qué querría poseer el lugar donde murió su padre?

–Para ayudarle a borrar el recuerdo –dije encogiéndome de hombros. –Te deshaces del edificio, te deshaces del dolor.

–Lo mitigas, quizás –dijo Adam. –Dudo que nada pueda compensar la pérdida. Su familia ha sufrido, aunque para ser justos ya estaban sufriendo desde

mucho antes de que muriera.

–¿Estás hablando del asesinato de ese político hace dieciocho años? – pregunté. –¿Y de que Ed fuera sospechoso del caso?

–Conoces a tu hombre–. Le dio un sorbo a su bebida y cruzó los tobillos. – Ed King fue acusado de estar implicado en el asesinato, aunque tenía coartada. La policía encontró conexiones entre el político y el crimen organizado, y como Ed había sido el último hombre que le había visto antes del asesinato, le investigaron a conciencia.

–¿Encontraron algo?

–Nada en concreto, solo algunas pistas aquí y allí que le relacionaban con algunos criminales conocidos de los bajos fondos de Roxburg. Pero nada que le enlazara directamente con el asesinato. Arrestaron a alguien más que también era un conocido de Ed, así que los rumores de su implicación continuaron.

–¿*Estaba* implicado? –preguntó Emma, inclinándose hacia delante. Ella parecía estar totalmente concentrada en la historia ahora, y esperaba la respuesta de Adam conteniendo el aliento. Y yo también. –¿Le confesó a su familia antes de su propia muerte?

La mirada de Adam pasó de Emma a mí y luego bajó hacia su vaso. Removió el líquido, mojando todo el contorno.

–¿Adam? –le animé. –¿Mató Ed King a ese hombre?

Él se frotó la frente. –Sí –dijo calladamente. –Lo hizo.

m

e sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Todo mi cuerpo se quedó sin aire. De repente los dedos de mis pies estaban húmedos y me di cuenta de que mi vaso se había ladeado y había derramado algo de té.

–¿Lo... lo hizo? –susurré. –Oh Dios mío–. Estaba enamorada del hijo de un asesino.

La mano de Emma se cerró sobre la mía, sobresaltándome. –¿Estás bien? Tragué saliva. –Creo que sí. Solo estoy haciéndome a la idea.

–Es bastante chocante –dijo Adam, asintiendo. –Sé lo que te está pasando por la cabeza porque es lo mismo que pasó por mi cabeza cuando King nos lo contó.

–¿Nos?

–A mí, a Damon, y a los demás de la hermandad.

–¿La hermandad? –dijimos Emma y yo a la vez.

Él sacudió la mano. –En otro momento–. Se inclinó hacia delante. Su rostro era la pura imagen de la seriedad, nada parecido al Adam Lyon que había visto hasta ahora. –Solo te estoy contando esto porque sé que Matt quiere que lo sepas, a su modo. Él tiene problemas para hablar de ello.

–Es comprensible –dijo Emma.

–Pero sé que él querría que lo supieras, Stephanie. Hace un par de semanas me contó que desearía saber cómo sacar el tema contigo sin asustarte y que huyeras–. Levantó la mano. –Quizás debería haber dejado que él lo explicara, pero para ser sincero me da miedo que la joda y todo suene mal.

–¿Se te dan mejor a ti las palabras? –preguntó Emma, su voz retadora.

–Sí. En lo que respecta a los negocios, King es frío y seguro de sí mismo. Pero en lo que respecta a su vida personal, es un desastre. No tiene ni idea.

En eso tenía razón. Becky Kavanagh le había enseñado algunos trucos, pero él parecía trastabillar con todo lo demás. –Creo que él te perdonará –dije. –Y creo que podrías tener razón. Él quiere que yo lo sepa, pero no sabe como expresarlo con palabras.

–Vale, me rindo –dijo Emma. –Vosotros dos le conocéis mejor. Así que continúa, Adam. Adivino que hay más en esta historia.

–Hace cinco años, Ed King dejó una nota a su familia antes de colarse en la librería de tu abuelo, Steph, y se pegó un tiro en el sótano. La nota confesaba su implicación en el asesinato. Él no apretó el gatillo, pero estaba allí. Su coartada era falsa.

–¿Fue un participante reacio? –pregunté esperanzada.

Él encogió un hombro. –Es difícil de saber ahora. Definitivamente se arrepintió de ello después. Lo dejó muy claro en su nota de suicidio. Escribió que se había visto envuelto en el crimen organizado por mediación de un amigo de la infancia. La ferretería había sido usada para blanquear dinero, y él había sido un matón. Era un hombre grande y sabía como luchar. Judy y los chicos sabían algo de esto, pero no todo. Él nunca admitió el asesinato durante su vida, ni ante ellos ni ante la policía. Dijo en su nota que había querido reformarse después de que pasara. Quería abandonar la mafia. Pero cada vez que intentaba dejarlo, seguía siendo arrastrado de vuelta a la escena criminal.

–No puedo imaginarme que quisieran que alguien se marchara y arriesgarse a que hablara con la policía –dijo Emma.

–¿Estuvo implicado hasta el momento de su muerte? –pregunté.

Adam sacudió la cabeza. –La mayoría de sus amigos murieron en los años que precedieron a su propia muerte. Algunos asesinados, y otros simplemente murieron por causas naturales. Así que supongo que, de algún modo, él lo dejó.

–Pero de todos modos se suicidó.

–No podía vivir con la culpa. Le consumió durante años, o eso me dijo King.

–Supongo que al final fue demasiado para él –murmuré.

Nos quedamos sentados en silencio durante mucho tiempo. No pude evitar contemplar todas las diferentes facetas de la historia. Por un lado, había una víctima asesinada y su familia, quienes debían haber sufrido, pero también había otras víctimas, las que no eran inmediatamente obvias. El mismo Ed King, pero también su esposa e hijos. Ellos también habían perdido a un ser querido, y ahora vivían con el hecho de que su padre era cómplice de asesinato. Era una pesada carga.

–No culpo a Matt por querer derribar tu edificio –dijo Emma. Su compasión me sorprendió. Ella era una mujer práctica, nada dada a respuestas emocionales con mucha frecuencia, y ella no conocía bien a Matt. –Me pregunto si le ayudará a pasar página.

–Podría –dijo Adam.

–¿Pero por qué ahora? ¿Por qué no comprar los edificios hace cinco años tras la muerte de Ed?

–Por Judy. Su salud ha caído en picado muy de repente. Su demencia ha empeorado y a veces piensa que está viviendo de nuevo en la época del asesinato. Se pone histérica, a menudo con Matt, pensando que es Ed. Se parecen mucho—. Él se encogió de hombros. –Los médicos piensan que ella realmente nunca tuvo un cierre para ese capítulo de su vida. Luego se le metió en la cabeza que destruir el edificio donde había sucedido el asesinato la ayudaría a superar el dolor.

–¿Y Matt piensa lo mismo? –preguntó Emma.

–Supongo que sí o no estaría intentando comprarlo. O quizás solo lo esté haciendo por su madre. Él y Judy están muy unidos.

–Él ya no quiere comprar mi edificio –dije calladamente. –Sin el edificio central no puede construir una megatienda en el lugar.

–Y el tuyo también es donde murió su padre–. Emma se mordió el labio y pude ver que se estaba conteniendo para no decir algo que creía no me gustaría.

–Vamos –la animé. –Dilo.

–Solo me estaba preguntando cómo se siente su madre acerca de ello.

Especialmente si sabe que la razón detrás de su renuncia a comprar.

Simplemente odiaría que ella te culpara a ti–. Una expresión dolorida le cruzó el rostro, así que cogí su mano para hacerle saber que no la odiaba por decirlo.

–Yo estaba pensando lo mismo–. Me terminé el té y me puse de pie. – Gracias, Adam. Me alegra haber venido y que hayamos hablado de esto.

–Un placer. Yo también me alegro de que hayas venido–. Su mirada se deslizó hacia Emma, pero ella estaba demasiado ocupada frunciendo el ceño como para darse cuenta. –Me alegro mucho.

–¿Vas a ir a ver a Matt ahora? –preguntó ella.

Asentí. –Ya es hora de que solucionemos algunas cosas–. Y un plan estaba empezando a formarse en mi cabeza. Quería hablar con él antes de que cambiara de idea.

–Eres un gran amigo para Matt –le dije a Adam mientras bajábamos a su apartamento. –Suenas a que él necesita una fuerte red de amistades a su alrededor.

Él levantó una mano. –¿No la necesita todo el mundo?

Emma soltó un bufido. –Tú no pareces el tipo de hombre que tiene problemas. A ver, mira este lugar–. Ella señaló las caras obras de arte en las paredes, las antigüedades, y la vista espectacular. –Vas tirando el dinero como si fuera agua, eres guapo y tienes salud, y nunca te falta una chica con la que salir, o varias.

Intenté mirarla con furia, pero ella no me estaba mirando. De todas las personas, ella sabía que esas cosas no significaban que él estuviera libre de problemas. Parecía que Adam sacaba todo lo peor de Emma. No había forma que ella accediera alguna vez a salir con él. Una lástima. Por el modo en que él la miraba, yo tenía la sensación de que a él le gustaría llegar a conocerla mejor.

Quizás yo necesitaba decirle que ella no era siempre así. Pero no ahora.

–Háblame de esta hermandad que mencionaste antes –dije para distraerles a los dos. –¿Qué es?

–Solo un nombre tonto que pensamos hace años. Somos un puñado de tíos que nos conocemos desde siempre. Estamos unidos. Estamos ahí para los demás

cuando nos necesitan. Conocerás a los demás muy pronto, Steph—. Me dio un abrazo. —Tengo la impresión de que voy a verte mucho.

Le devolví el abrazo. —Eso espero.

Emma se aclaró la garganta. —Tú ve a casa de Matt, Steph. Yo cogeré el autobús de vuelta a casa.

—Yo te llevo —dijo Adam.

—No, gracias.

—Lanza una moneda—. Besé la mejilla de Emma. —Me voy.

Les dejé allí discutiendo, y salí hacia mi coche. Llamé a Matt pero su teléfono fue directamente al buzón de voz. Debía haberlo apagado. Conduje hasta su apartamento, pero el portero me dijo que había salido y aún no había regresado.

Me senté en el sofá del vestíbulo y esperé. Me dio tiempo para pensar, y cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de lo que quería hacer. Amaba a Matt. El tiempo separados había reforzado lo que sentía por él. Solo esperaba que mi instinto fuera correcto y él también me amara.

Mi teléfono sonó después de una hora. El nombre de Matt parpadeaba en la pantalla. Descolgué al segundo tono.

—Hola —dijo él. ¿Era mi imaginación o sonaba aliviado? —Siento haberme perdido tu llamada de antes. Acabo de recibir tu mensaje.

—Estoy en tu casa. ¿Vas a venir?

—Eso depende de para qué quieres verme. Si vas a decirme que ya no quieres que quedemos, entonces me temo que estoy demasiado ocupado ahora mismo, y lo estaré hasta que cambies de opinión. Pero si vas a decirme que quieres hacerle cosas increíbles a mi cuerpo, entonces estaré allí inmediatamente.

Me reí. —En ese caso más vale que traigas ese cuerpo aquí.

Él soltó un suspiro y podía jurar que el motor de su coche rugió de fondo. —Estaré allí en diez minutos.

—No corras.

—Estoy intentando no hacerlo.

—Y ¿Matt?

—¿Sí?

—Es genial oír tu voz.

—Es maravilloso oír la tuya también, Steph.



Diez minutos más tarde, él atravesó la puerta y cruzó el vestíbulo como un hombre que tenía una misión. Se veía delicioso con una camiseta blanca que

mostraba los músculos de sus bíceps a la perfección, y un par de pantalones cortos que le llegaban hasta las rodillas. Esperaba que me ahogara en un abrazo, pero se detuvo de repente. Se metió las manos en sus bolsillos traseros y me dedicó una sonrisa insegura.

–Hola –dijo. –Gracias por venir.

Era como si estuviera hablando con una conocida, no con una amante. Sonaba mal.

–Necesitaba verte –dije. –Necesitamos hablar.

Su sonrisa desapareció y yo me encogí, deseando simplemente haberle ordenado subir al dormitorio y mencionar lo de que teníamos que hablar *después* de que hubiéramos tenido sexo.

Le cogí de la mano y le llevé hasta el ascensor. Una vez dentro y lejos de la curiosa mirada del portero, cogí sus dos manos y le miré con el ceño fruncido. Su piel estaba pálida, como si no hubiera visto el sol desde la última vez que nos vimos, y sus ojos carecían de su chispa habitual.

–Pareces agotado–. Le toqué la mejilla. –¿Algo va mal? ¿Has estado enfermo?

–Es mi madre–. Las puertas se abrieron y entramos juntos en su apartamento, cogidos de la mano. –Acabo de volver de su residencia.

–¿Está enferma?

–Ella... últimamente no lo está pasando muy bien–. No me miró a los ojos mientras me llevaba hacia la cocina. No al dormitorio.

Quizás eso era todo. Claramente estaba disgustado por la mala salud de su madre, y había algo que necesitaba resolver primero.

–¿Has almorzado? –preguntó.

–Todavía no.

Le observé mientras preparaba una ensalada de pollo con las sobras que tenía en el frigorífico, y luego abrió una botella de vino blanco. Comimos en la mesa de comedor que miraba a toda la ciudad abajo. El silencio no era incómodo, pero tampoco era cómodo.

Yo necesitaba romperlo. –Matt, puedes hacer lo que quieras con mi edificio.

Él se detuvo con el tenedor en la boca. Me miró fijamente y luego lo bajó. –No, ya te he dicho que no voy a comprártelo.

–Y no te lo estoy vendiendo. Te lo estoy alquilando. Haremos las modificaciones que se necesiten para que construyas una ferretería, pero no quiero que lo derrumbes completamente.

Él no dijo nada, solo me miraba fijamente.

–Si derribamos las paredes internas entre todas las tiendas, arriba y abajo, puedes tener una ferretería grande–. Me mordí el labio por dentro y le observé

cuidadosamente. –¿Será suficiente?

–¿Suficiente? ¿Para qué?

–Para ayudaros a ti y a tu madre a... a reconciliaros con la idea de la muerte de tu padre.

De repente se sentó más erguido. –¿Lo sabes?

Asentí y volví a morderme el labio. Podría no gustarle que le hubiera investigado sin su conocimiento. Su mirada se agudizó. Sus labios se apretaron.

–Lo siento –dije rápidamente, incapaz de seguir mirándole a sus penetrantes ojos. –Taylor, mi compañera de trabajo, decidió investigarte un poco por mí. Encontró un artículo de un periódico que mencionaba su muerte en mi sótano. No debería haberlo leído –musité.

Se echó hacia delante y apoyó los codos en la mesa. –¿Todo lo que sabes sobre la muerte de mi padre procede de artículos periodísticos?

–También hablé con Adam. No le culpes. Le puse en un aprieto. Es culpa mía.

Él alargó la mano y cogió mi mano en la suya. Finalmente levanté la mirada. –No pasa nada, Steph. No estoy enfadado. Estoy aliviado de que hayas hablado con Adam sobre ello. Al menos de ese modo sé que has oído la historia correcta y no la versión sensacionalista. A los periodistas les encantó el hecho de que mi padre se suicidara en el mismo lugar donde había asesinado a un hombre.

–Él no le asesinó. No directamente.

–Él estaba allí. Es igual de culpable. No tienes que suavizarlo para mí, Steph. Sé lo que hizo mi padre. No era un santo. Finalmente lo admitió al final, aunque solo fuera ante nosotros.

–Debe haber sido una época muy dura para ti y para tu familia.

–Principalmente para mamá. Papá nunca fue un gran padre para nosotros. Al principio sí, pero en sus últimos años a menudo era distante. Ahora sé que probablemente se odiaba a sí mismo tanto por estar implicado en el asesinato que simplemente ya no podía seguir funcionando como un ser humano normal. Se desquitaba con mi madre a puerta cerrada. Podía oírles discutir-. Se aclaró la garganta. –Ella recuerda a la policía y el escrutinio de la prensa después del asesinato muy claramente, mientras que nosotros éramos solo críos. Ella sufrió mucho. La hizo envejecer dramáticamente.

–Todavía la atormenta –dije. –Adam me dijo que ella a veces lo revive.

–La demencia es una cruel enfermedad, especialmente en su caso. La lleva de vuelta a esa época, cuando todo su mundo explotó en un desastre gigante. Podrías decir que ella perdió a papá entonces. Su muerte al final solo fue el epílogo de un horrible libro.

–Oh, Matt–. Rodeé la mesa y fui hacia él. Me sentó en su regazo y apoyó la cabeza en mi hombro. –Por eso voy a alquilarte el edificio. Quiero que hagas lo que quieras con él. Podría ser el final que necesitas, o al menos podría hacer que tu madre fuera un poco más feliz. Se lo merece después de todo lo que ha pasado.

–Ella merece felicidad, pero creo que ahora ya está más allá de todo eso. Fue estúpido por mi parte pensar que derribar las tiendas haría que ella mejorase. O hacerme mejorar. Conocerte, estar contigo... ahora sé que derribar el edificio no iba a cambiar nada. No estaba pensando de manera racional... hasta que apareciste tú.

Acarició con sus nudillos mi mejilla hasta mi barbilla. Luego la sujetó suavemente y me besó. Sus labios temblaban contra los míos cuando el beso ligero como una pluma me estremeció hasta los huesos. Rodeé su cuello con mis brazos y le abracé. Él parecía necesitarlo. Suspiró en mi boca y rompió el beso para enterrar su rostro contra mi garganta. Le abracé con más fuerza y apoyé mi mejilla encima de su cabeza.

Tras un momento él se retiró y me miró con ojos brillantes. –Gracias, Steph. Te lo agradezco de corazón. Pero no lo aceptaré. De ninguna manera voy a arrebatarle tu tienda. Sé lo mucho que significa para ti.

–Pero ya no significa tanto para mí.

Él frunció el ceño e intenté pensar en una forma mejor de explicarlo.

–La librería era un refugio para mí. Esa parte es cierta. Solía encantarme ir allí después de las clases y hundirme en uno de esos grandes sillones a leer. Cuando mis padres se divorciaron, sentía que era el único lugar donde yo encajaba. Pero no era un refugio porque fuera una librería o porque estuviera lejos de papá y mamá. Era mi refugio porque el abuelo estaba allí con sus grandes abrazos y las galletas que horneaba solo para mí. Él era mi roca. Era el abuelo quien me hacía sentir segura y amada, no la librería.

Él asintió despacio. –Creo que lo entiendo.

–Ahora él ya no está y no puedo recrear lo que sentía dejando la tienda exactamente como estaba, de igual modo que no puedes destruir los recuerdos de la muerte de tu padre derribando el edificio. Siempre tendremos nuestros recuerdos, buenos o malos, sin importar nada más. El edificio físico no tiene nada que ver con ello.

–Hermosa y sabia–. Él sonrió pero luego volvió a parecer inseguro. Él me miró parpadeando. –¿Y toda mía?

–Sí. Soy toda tuya. Tú eres mi refugio ahora, Matt, mi roca. Me siento segura contigo, más feliz cuando estoy contigo–. Tomé su rostro entre mis manos y busqué sus ojos. Llenó mi corazón hasta casi reventar ver que las sombras

desaparecían y la chispa volvió a sus profundidades. –Te pertenezco, Matthew King.

Él soltó un suspiro tembloroso y vacilante. –Y yo te pertenezco, Stephanie Prescott.

Él volvió a besarme mientras mi corazón volaba. Me cogió en brazos y me llevó al dormitorio, donde hicimos el amor de forma lenta e intensa mientras nos mirábamos a los ojos.

n

os quedamos en la cama el resto del día, haciendo planes entre sesiones de sexo. La primera decisión que tomamos fue que me mudaría a su apartamento, pero no hasta que yo me sintiera preparada. Él estaba decidido a que fuéramos despacio con nuestra relación, y que yo fuera la que iniciara los cambios cuando quisiera. Él no quería que me sintiera forzada a hacer nada.

Decidí que mudar mis cosas de modo progresivo era una buena forma de empezar. Entonces discutimos algunas ideas para el bloque de tiendas. Él era el propietario de cuatro y yo poseía la de en medio, así que si trabajábamos juntos había una oportunidad de revivir la calle y hacerla genial.

Pero primero quería hablar con su madre. Ella necesitaba saberlo todo sobre mí. Ella me dedicó una mirada vacía cuando la visitamos en la residencia. Matt me presentó de nuevo como si fuera la primera vez que nos hubiéramos visto, y yo le seguí el rollo.

–Stephanie y yo estamos saliendo –le dijo. –Ella es muy especial para mí.

–Me complace mucho –dijo ella con una sonrisa. Parecía que habíamos tenido suficiente suerte para hablar con ella durante uno de sus días más lúcidos, días en los que sabía quien era Matt. –Sabía que finalmente encontrarías a alguien, Matthew. Alguien que te quiera a pesar de tu autoritarismo.

Me reí, pero Matt hizo una mueca. –No es tan mandón –le dije.

–Me alegra oírlo. Entonces háblame de ti, Stephanie. ¿Eres nacida y criada en Roxburg?

–Sí. Vivo en Old Town.

Se puso seria. Me agarré a la mano de Matt y él la apretó. Estaba justo ahí conmigo. Habíamos decidido contárselo todo, si ella era consciente. No podía mentirle. Tanto si se acordaba como si no, no importaba. Yo necesitaba hacer esto, y Matt también.

–Mamá, nos conocimos en casa de Stephanie. Yo estaba intentando comprársela y ella se negó a vender. ¿Recuerdas que te hablé de ello?

–Old Town...– Se pasó una mano arrugada por los ojos. –Odio ese lugar.

–Lo sé. Stephanie lo sabe todo también. Se lo he contado todo. Ella es la dueña del sitio donde papá...– Su voz vaciló cuando su madre se dio la vuelta. Ella miró por la ventana, su rostro desencajado ahora.

–Vamos a dejar el edificio donde está –le dijo. –La librería y las demás tiendas se quedarán. No quiero arruinarlas. Tienen mucho carácter y atractivo para la calle–. Él esperó a que ella hablara, pero no lo hizo. –¿Mamá?

Ella se giró despacio y luego entrecerró los ojos. –¡Ed! ¿Qué estás haciendo en casa tan temprano? Tina, ve a vigilar la cena. Necesito hablar con tu padre a solas.

Ella debía pensar que yo era una de sus hijas. Miré a Matt a los ojos. – Esperaré fuera.

Me besó en la frente y luego se sentó con su madre.

Se reunió conmigo fuera cinco minutos más tarde y nos dirigimos hacia el coche después de hablar con la enfermera de guardia.

–Está empeorando –dijo mientras nos alejábamos.

–¿Crees que ha entendido lo que estabas intentando decirle sobre mí y el edificio?

–No lo sé.

–Matt, lo siento muchísimo. Puedo ver lo difícil que es esto para ti.

–La vida es así, Steph. Es duro verla así, pero al menos tengo tu apoyo. Lo significa todo para mí.

Le toqué la rodilla. –Nos tenemos el uno al otro.



Nuestros planes para las cinco tiendas requerían mucho trabajo y una inyección de capital. Afortunadamente ninguno de nosotros rehuía lo primero, y Matt tenía gran abundancia de lo segundo. Él también tenía grandes ideas. Rápidamente aprendí como había pasado de tener una tienda de herramientas a tener cien, y a aparecer entre los “treinta de menos de treinta” del país: treinta emprendedores de menos de treinta años que se habían hecho un nombre, y un imperio, por sí mismos.

Después de tres meses, yo ya había mudado todas mis cosas a su apartamento... permanentemente. Tras cuatro meses yo estaba trabajando a tiempo parcial en la biblioteca y pasaba la mayoría de mi tiempo libre hablando con arquitectos, diseñadores de jardines, y albañiles. Matt dejó a mi cargo manejar las reparaciones, pero me asistía cada vez que se lo pedía. Y le hacía muchas preguntas. Había mucho que aprender.

Siete meses más tarde, la calle comercial Old Town volvió a inaugurarse con gran éxito. Gracias a los amigos ricos y poderosos de Matt, quienes ayudaron a atraer la atención de los medios a nuestro pequeño imperio comercial, tuvimos un increíble fin de semana de inauguración.

–Les encanta el diseño de la calle –me dijo Emma mientras ponía un brazo sobre mis hombros y me dio un apretón. –Inaugurar en primavera fue una gran idea. Todos los árboles nuevos están florecidos.

Los árboles se veían magníficos. Junto con los arriates y los muebles de exterior, la calle se veía mucho más luminosa. Teníamos planes para el invierno, por supuesto, principalmente con la idea de mantener a la gente dentro y concentrar los asientos alrededor de dos grandes chimeneas. Habíamos instalado una de ellas en el ultramarinos al final, donde los clientes podían acurrucarse mientras saboreaban quesos locales, panes artesanos, vinos, y otras delicias, y otra chimenea donde grandes sillones animaban a los lectores a quedarse un rato y leer parte de los libros antes de comprarlos.

Al derribar los muros internos, habíamos creado un espacio gigante, pero habíamos seccionado las tiendas con muebles, estanterías, y cómodos espacios. Entre el ultramarinos y mi tienda, la tetería de la señora Mopp había sido renovada con una temática retro y un nuevo menú, con la mismísima señora Mopp como gerente. Se animaba a los clientes a disfrutar de sus tés, cafés, y pasteles mientras se sentaban y leían uno de mis libros, y luego pasaban a examinar los elegantes electrodomésticos del señor Jones. Más allá de su tienda habíamos abierto una tienda de ropa de diseño y una tienda de accesorios, que era en parte una galería de arte con cuadros proporcionados por Becky y Cassie Kavanagh. Las joyas eran todas hechas a mano, y se admitían peticiones para diseños customizados.

Emma y yo estábamos en lugares opuestos de la calle, admirando los cinco edificios como si fuera uno solo. –Le hemos devuelto la vida a este lugar –dije, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara.

–Le has dado a tus vecinos una nueva oportunidad en la vida también –dijo Emma. –Estaban muy preocupados después de vender a Matt, pero ha funcionado perfectamente. Las ventas en Roxburg tienen otro punto de referencia.

Le rodeé la cintura con mi brazo. –No va a ser fácil, pero espero que le estemos dando a nuestros clientes una experiencia que no puedan encontrar online o en el centro comercial.

–Lo has conseguido totalmente. Es perfecto.

Matt salió de la librería pero no nos vio. Estaba hablando con Ryan, uno de sus amigos de la hermandad.

–Apuesto a que te pedirá matrimonio pronto–. Emma sonrió y me guiñó el ojo. –Él está absolutamente enamorado de ti.

–Lo dudo. La parte de la proposición, quiero decir–. Yo también estaba segura de que estaba enamorado de mí. Al cien por cien.

–¿Por qué no iba a estarlo? Habéis estado juntos casi un año.

–Porque está esperando a que yo lo haga.

–Eso no suena muy romántico.

–Es el gesto más romántico posible–. Al verla fruncir el ceño, me reí. –Él quiere que llevemos nuestra relación al siguiente nivel cuando yo esté preparada. Él no quiere que me sienta presionada o empujada a hacer algo. Cada paso ha sido marcado por mí hasta ahora.

–Esto tiene algo que ver con Kyle, ¿verdad?

Asentí y miré a Matt en el otro lado de la carretera, todavía charlando con Ryan. Todavía no me había visto. –Va sobre mi tendencia a precipitarme a tener relaciones antes de estar preparada. Pero esta vez me he asegurado de ir despacio. Eso significa que ahora sé exactamente lo que quiero, y lo que quiero es él.

–En ese caso voy a dejaros a vosotros dos–. Me dio un beso en la mejilla y cruzó la carretera.

Matt despidió a Ryan y luego le habló a Emma. Ella me señaló. Él corrió hacia mí y me dio un gran abrazo. –¿Admirando tu imperio? –preguntó con una sonrisa.

–*Nuestro* imperio. En realidad, la mayoría es tuyo.

–No, es tuyo. Voy a ponerlo todo a tu nombre.

Le miré fijamente y luego finalmente solté una protesta. Puso un dedo sobre mis labios.

–Tú hiciste todo el trabajo duro –dijo. –Te lo mereces.

Estaba a punto de decirle que no podía aceptarlo, pero entonces recordé algo. Cogí ambas manos entre las mías y estaba a punto de hablar, pero él lo hizo primero.

–Ryan tenía buenas noticias. Sobre Kyle.

–No hay buenas noticias en lo que se refiere a Kyle–. Él había cumplido una condena de suspensión, pero eso era todo. No se le consideraba una amenaza, lo cual había enfurecido a Matt y me había preocupado. Como condición para la liberación de Kyle, no podía acercarse a mí, aunque yo todavía seguía mirando por encima del hombro cada vez que caminaba sola hasta mi coche.

–Esta vez lo es. No quería decírtelo porque no quería darte esperanzas hasta que se hubiera firmado el acuerdo, pero Ryan acaba de decirme que ha prosperado.

–¿De qué estás hablando?

Él sonrió. Parecía ridículamente feliz y guapo. –Ryan acaba de comprar la emisora de radio donde trabaja Kyle.

–¿En serio? ¿Y ha despedido a Kyle?

–Mejor. Despedir a Kyle solo le dará más tiempo para crear problemas. Está a punto de llamar a Kyle y contarle que va a ser transferido a otra de las emisoras interestatales de Ryan. Está en medio de ninguna parte. Kyle no puede

negarse. Con una condena criminal, él encontraría imposible conseguir otro trabajo, especialmente sin referencias. Kyle tiene que aceptar o quedarse sin trabajo.

Le lancé los brazos al cuello. –Eso *son* buenas noticias. Especialmente por lo de estar en medio de ninguna parte. Kyle odiará eso.

–¿Entonces estás complacida?

–Definitivamente. Llamaré a Ryan más tarde y le daré las gracias. O quizás le invitemos a cenar. Es un amigo fabuloso. Todos lo son.

Me besó profundamente, cogiéndome entre sus brazos y sosteniéndome contra su cuerpo. –¿Eres feliz, Steph? –murmuró cuando se retiró para mirarme.

–Mucho.

Él sonrió. –Bien. Cuando eres feliz, soy feliz.

–Pero hay una cosa–. Fruncí el ceño y me alejé de él.

–¿Qué? –preguntó con un suspiro. –¿Qué pasa? Dímelo y lo arreglaremos.

–Puedes decir que sí.

–Sí–. Tras un momento dijo: –¿Cuál es la pregunta?

Hiné una rodilla en el suelo, incapaz de borrar la sonrisa de mi rostro.

Eché la cabeza hacia atrás y se rio.

–¡Sí! –dijo. –¡Mil veces sí!

–Deja que te lo pregunte primero.

–Lo siento. Continúa.

–Matthew King, ¿me harías el gran honor de ser mi marido?

Él extendió su mano izquierda. Una sonrisa traviesa jugueteaba en sus labios.

–Depende del tamaño del anillo.

Fui a darle un manotazo, pero él cogió mi mano y me puso de pie. Con sus brazos alrededor de mi cintura, me levantó suavemente hasta que estuvimos cara a cara.

–Sí –dijo con voz profunda y grave. –Me casaré contigo y te adoraré y te querré hasta el fin de mis días.

Le pasé los dedos por el pelo y tiré de él hacia mí para darle otro beso. Tras un largo momento durante el cual todo el mundo pareció detenerse para nosotros, me bajó.

–Es una suerte que haya estado llevando esto encima–. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó la caja de un anillo.

La abrí y solté una exclamación. El gran anillo de compromiso de diamantes brillaba bajo el sol. –¿Cuándo compraste esto?

–Hace meses–. Lo sacó de su nido de terciopelo y lo deslizó en mi dedo. –Lo he tenido conmigo todos los días, esperando que lo preguntaras.

–¿Y si no lo hubiera preguntado?

–Sabía que lo harías algún día. Cuando estuvieras preparada–. Me atrajo para darme otro abrazo, pero me descubrí admirando el anillo por encima de su cabeza.

–Oh, estaba preparada –le dije. –De hecho, estoy tan preparada que creo que deberíamos casarnos lo antes posible.

Él acarició mi cabello y lo metió detrás de mi oreja. –Cuando quieras. Estoy completamente a tu disposición.

–En ese caso, ¿cómo de rápido podemos marcharnos y volver a casa? Quiero hacer el amor contigo toda la noche.

Él sonrió. –Olvídate de ir a casa. No creo que pueda esperar tanto. Hay un árbol grande por ahí.

Me reí y me cogió de la mano. Juntos volvimos a nuestras cinco tiendas en una, y a nuestros amigos. El sexo detrás del árbol tendría que esperar hasta que oscureciera más.

FIN

Disponible Ya:

LORD

La Segunda Novela de la Hermandad de los Solteros.

Él es el propietario de un vasto imperio inmobiliario. Es vanidoso, disoluto, y siguiendo un rápido camino de autodestrucción. Entonces la conoce. Emma siempre ha sido una buena chica que gusta a todo el mundo. Ella tiene éxito, tiene un gran corazón, y una familia genial. Su vida es perfecta. Hasta que aparece Adam Lyon y destroza su perfecta vida.

A pesar de que es erróneo de muchas maneras, Emma no puede evitar enamorarse del sexi Adam. Él hace aflorar su lado más travieso durante su rollo de una noche: un lado que resulta capturado por un fotógrafo anónimo. Con un ascenso en juego y las fotos circulando, la vida perfecta de Emma empieza a desmoronarse.

Y ella culpa a Adam.

Descarga **LORD** ahora.

Suscríbete al boletín de Kendra - ¡Consigue historias GRATIS!

Para recibir notificaciones cuando Kendra publique una nueva novela de la Hermandad de los Solteros, suscríbete a su boletín. Todos los suscriptores tendrán acceso exclusivo a 6 historias cortas románticas que no están disponibles en ninguna otra parte. Estas historias no pueden ser compradas, y son un regalo de Kendra para ti. Ve a esta página en su web y rellena el formulario para suscribirte. Se te enviará un enlace donde puedes leer las historias:

<http://www.kendralittle.com/newsletter.html>

LIBROS de Kendra

La Trampa del Novio Billonario

La Proposición del Novio Billonario

La Ganga del Novio Billonario

El Error del Novio Billonario

El Dilema del Novio Billonario

King

Lord

El Chico Malo Billonario

Acostarse con el Billonario

Roto

Sexi de Repente

acerca de la autora

Kendra escribe sensuales y contemporáneos romances interpretados por hombres fuertes y las mujeres que les hacen arrodillarse. Ella está casada y tiene dos hijos, bebe demasiado café, come demasiado chocolate, y cree que las tareas domésticas son para la gente que tiene demasiado tiempo libre. Para leer 6 historias cortas GRATIS, [suscríbete a su boletín](#). Los boletines son enviados cuando publica un nuevo libro.

Para más información

www.kendralittle.com

kendralittle1@gmail.com

Twitter: [@KendraLittle_1](https://twitter.com/KendraLittle_1)

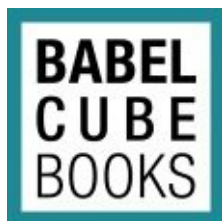
Facebook: www.facebook.com/KendraLittleAuthor

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

^[1] Nota de la Traductora: Juego de palabras con su apellido, que significa rey en inglés.

^[2] Nota de la Traductora: King significa rey en inglés. De ahí el juego de palabras con su nombre.